ORIGENES DEL HOMBRE



Los Primeros Imperios (I)

59

folio

Los Primeros Imperios (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Primeros Imperios (I)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Nicholas Postgate

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A. (14- 9 -95)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0127-1 (volumen 59)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-10694-94
Printed in Spain

Contenido

VOLUMEN I

Introducción 7

Tabla cronológica 8

Capítulo primero:
El contexto de la civilización 9

La escritura y los sellos 28

Capítulo segundo:
El redescubrimiento de la antigua Mesopotamia 35

Las excavaciones de Woolley en Ur 50

Capítulo tercero:
La arqueología de Mesopotamia en el siglo XX 57

Introducción

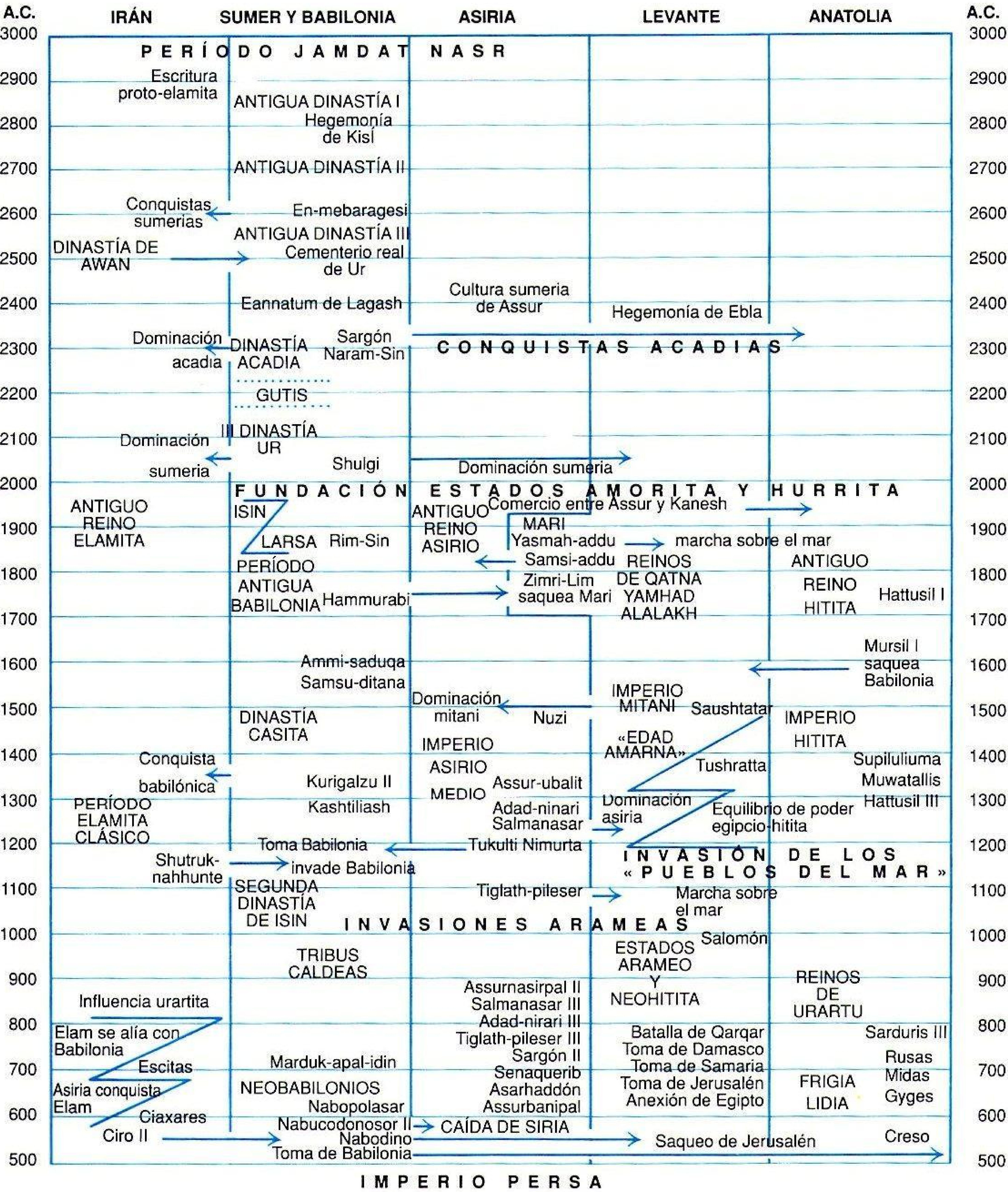
Con frecuencia se han descrito el valle del Tigris y del Éufrates, así como el del Nilo, como las cunas gemelas de la civilización en el Oriente Próximo y es cierto que las tradiciones culturales heredadas del Levante y adaptadas por Grecia y Roma se derivan de esos dos centros. Pero, aunque el nacimiento pueda haber sido más o menos simultáneo, Egipto y Mesopotamia distaban mucho de ser gemelos idénticos. Comparado con el fenómeno monolítico de Egipto –un gobernante, un río, un lenguaje, un pueblo– Mesopotamia albergaba una desconcertante confusión de razas y dinastías. En los albores de la historia del sur del moderno Irak, hacia el 3000 a.C. nos encontramos con que allí residen los sumerios: de origen desconocido y con un lenguaje que ha desafiado todos los intentos de relacionarlo con algún otro, aunque se ha intentado con el vasco, el húngaro y el chino. En el sur, junto con ellos, y remontando el Éufrates, estaban los acadios, otrora, suponemos, nómadas del desierto Arábigo como los beduinos de hoy y hablando, como ellos, un lenguaje semítico. Porque durante toda la historia los pobladores de aquellas tierras habían sostenido una guerra inútil a lo largo de sus fronteras sudoccidentales contra la infiltración de tales tribus: en primer lugar los acadios, antecesores de los asirios y babilonios, después los amoritas, arameos y, finalmente, los árabes, cuyos lenguajes pertenecían al grupo semítico. Con el tiempo, todos fueron absorbidos por la comunidad establecida. Tampoco fueron los únicos en llegar: en el noreste se encontraban los omnipresentes, fieros y –de acuerdo con sus oponentes– bárbaros montañeses. Aunque normalmente se contentaban con reafirmar su independencia, como mínimo en dos ocasiones invadieron y gobernaron el sur: los gutis (h. 2150 a.C.) y los casitas (h. 1500-1150 a.C.). Inmediatamente al este de Sumer estaba también la tierra de Elam con la ciudad de Susa la cual, aunque política y culturalmente superada por sus vecinos, preservó celosamente su individualidad durante los 3.000 años de su coexistencia.

La política interna era igualmente compleja. Durante los primeros siglos el liderazgo fue ejercido por cualquiera de una docena de ciudades-estado, e incluso por las dinastías de Akkad y Ur, cuyos ejércitos marcharon sobre el Mediterráneo y sus reyes, que pasaron a formar parte de la leyenda, no duraron más de uno o dos siglos. No fue hasta la dinastía amorita de Hammurabi que Babilonia emergió como metrópolis cultural y política, si bien sólo mantuvo esta posición durante 1.500 años como resultado de la depresión económica del sur que había socavado el vigor de sus potenciales competidores. Una de las principales fuerzas del cambio fue la inseguridad de los sistemas de regadío alimentados por el Tigris y el Éufrates, pero incluso en el norte de Mesopotamia, donde la agricultura dependía solamente de la lluvia, la escena política cambiaba constantemente. En las llanuras de Asiria, con sus montañas como telón de fondo, la población identificable más antigua son los hurritas, con otro lenguaje inconexo. Por el 1800 a.C. hizo su aparición en la meseta turca un lenguaje indoeuropeo llamado hitita, y las tribus semíticas presionaban constantemente desde el desierto. De forma imprevisible, el destino de Mesopotamia se vio unido al de la pequeña ciudad comercial de Assur, en el Tigris, a partir de la cual creció el imperio asirio, parecido al romano, hasta que dominó desde Egipto hasta el mar Caspio y estableció un patrón de imperio, que fue consumado por Alejandro.

Naturalmente, la geografía que expuso a Mesopotamia a todas estas idas y venidas también favoreció la dirección contraria. Si bien sus estrechos lazos comerciales con el este y el oeste garantizaban la relación con sus vecinos, su exportación más importante fue, sin lugar a dudas, el sistema de escritura cuneiforme. El factor principal que mantuvo unidos los distintos pueblos de Mesopotamia fue su tradición compartida de capacidad de escritura, que hizo que se conservaran durante siglos la historia de sus exponentes más antiguos. La influencia de Mesopotamia en el Levante fue especialmente poderosa, y la escritura cuneiforme –no el igualmente venerable sistema de escritura egipcio– fue la que adoptó el ilustrado Oriente Próximo, de tal manera que incluso el faraón, cuando se dirigía a sus corresponsales palestinos o anatolios, usaba el sistema cuneiforme. Junto con la escritura se difundieron otros conocimientos y ciencias mesopotámicas. Los matemáticos y astrónomos griegos tienen una deuda no reconocida todavía con los sabios de Babilonia, y los adivinos o intérpretes del futuro de Mesopotamia eran famosos en todo el mundo antiguo. Recientes descubrimientos han demostrado que la escritura cuneiforme se usaba en Siria con la misma antigüedad que en el reino de Sargón (h. 2300 a.C.), y, por lo tanto, no es sorprendente encontrar que el Libro del Génesis vuelve a contar historias escritas en sumerio antes de los días de Abraham.

Menos de un siglo y medio más tarde el mundo de Mesopotamia no era más que un recuerdo borroso de los historiadores griegos, y los reyes asirios no eran más que nombres impresionantes del Antiguo Testamento. Hoy en día sabemos que durante quizás más de 2.500 años antes de esto, el valle del Tigris y del Éufrates había albergado una sociedad cuyo alfabetismo la había convertido en el centro de erudición y tecnología de todo el Oriente Próximo y que fue el promotor de métodos mercantiles y de gobierno administrativo que han persistido hasta hoy en día. Gracias a la durabilidad de las tablas de arcilla sobre las que escribían, los escribas de Mesopotamia nos han dejado no sólo sus composiciones literarias y relatos de triunfos militares, sino también los detalles más triviales de su vida diaria. Los arqueólogos tienen, por tanto, la oportunidad incomparable de reconstruir, con la colaboración de especialistas en lenguas antiguas, la estructura y desarrollo de la sociedad que creó la primera civilización urbana alfabetizada.

Tabla cronológica



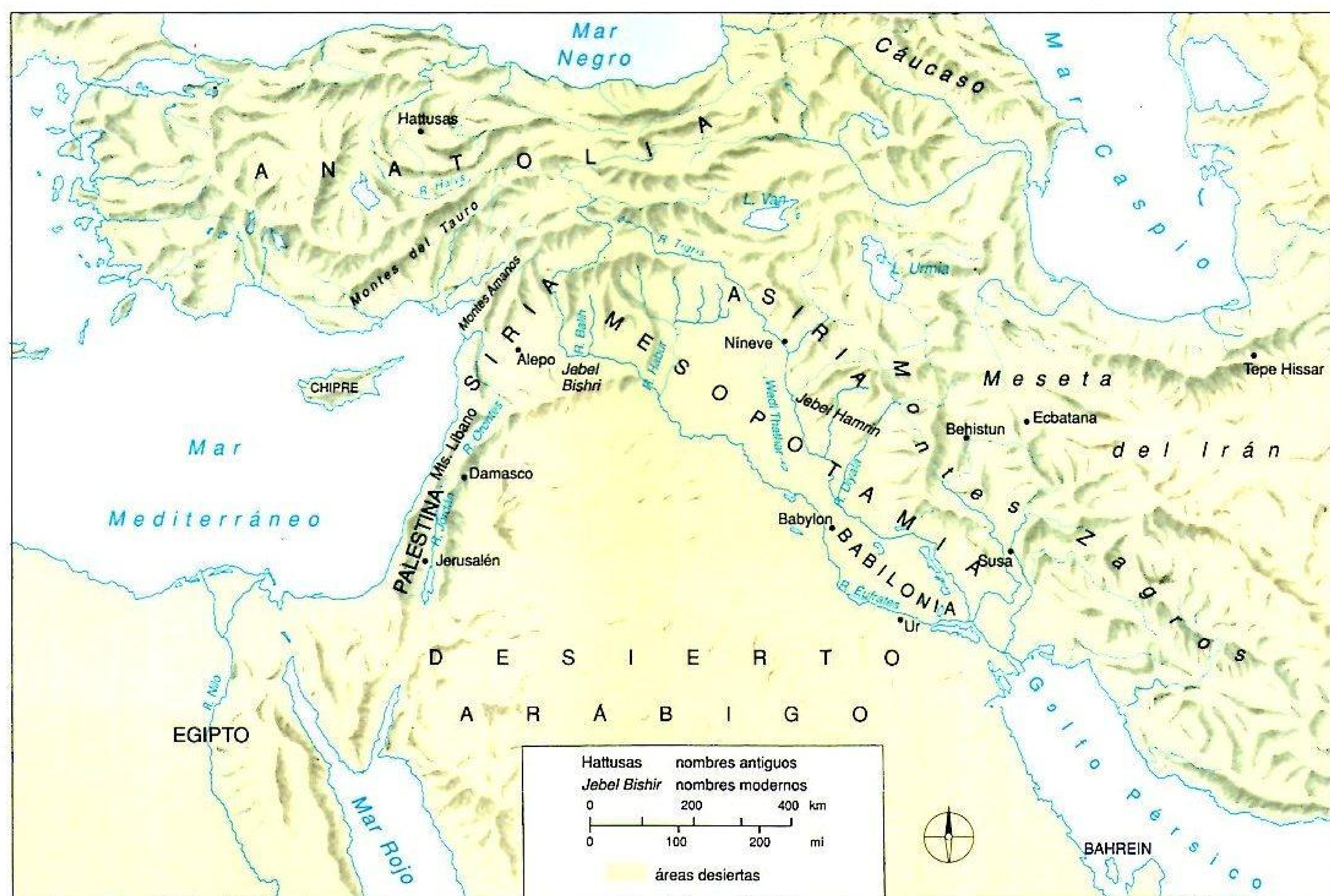
Capítulo primero: El contexto de la civilización



Escena típica de los pantanos del sur del Irak: casas de cañas, y en primer plano alfombras de caña tejidas recientemente.

Si bien las dos grandes civilizaciones del antiguo Oriente Próximo, Egipto y Mesopotamia, se basaron en el regadío, difícilmente podía existir un contraste mayor entre ellas. Para ver las ciudades faraónicas de Egipto hoy en día, casi basta remontar el Nilo y visitar los lugares a medida que se suceden a ambas orillas. Ninguno de los grandes centros históricos de Sumer y Akkad pueden verse desde el Tigris o desde el Éufrates y, sin embargo, en otros tiempos, Kish, Nipur, Uruk y Ur (por nombrar solamente cuatro) estaban en la orilla de grandes canales del Éufrates, hecho del cual se derivaba buena parte de su carácter e importancia. Uno de los ingredientes fundamentales de la civilización mesopotámica, que incluso ahora no se valora completamente, es que los grandes ríos que aportaban al país el agua que les daba vida, no sólo podían producir inundaciones desastrosas o llevar en otras épocas un caudal tan bajo para desespero de los agricultores, sino que también podían alterar su curso tan radicalmente que, en unas cuantas generaciones, una ciudad en tiempos floreciente podía convertirse en solamente una ruina venerada, aislada en el desierto. Era característico que esto ocurriera en épocas en que faltaba la autoridad central para el control de los canales y el mantenimiento de las presas pesqueras y, como precisamente de aquellos tiempos agitados no tenemos documentos escritos, tampoco podemos indicar con precisión, hasta el siglo XIX, ni un solo cambio radical del curso. Sin embargo, los relatos de desplazamientos en barco de hombres y dioses arriba y abajo de los canales de Sumer, nos muestran que en aquellos días un gran curso del Éufrates unía las grandes ciudades de Nipur, Shuruppak, Larsa, Uruk y Ur y, teniendo en cuenta que en las profundas tierras aluviales del sur del Irak entrecruzadas por pequeños canales de irrigación el transporte era predominantemente fluvial, es fácil ver que una apreciación correcta de la historia y de la civilización de nuestra área es imposible sin una buena comprensión del curso de los dos grandes ríos de los cuales Mesopotamia toma su nombre.

Tanto el Tigris como el Éufrates –los modernos Dijle y Firat árabes son más exactos que nuestra traducción clásica de los nombres del sumerio Idiglat y Buranum– nacen en el antiguo Urartu cerca del lago Van. Fluyendo en



El Oriente Próximo

direcciones opuestas, emergen desde la meseta de Anatolia a través de elevadas gargantas y después discurren hasta encontrarse en las llanuras aluviales al sur de la actual Bagdad, antes de que se dispersen hacia la parte alta del golfo Pérsico. La costumbre actual aplica el término Mesopotamia a toda esta área (excepto las altas montañas turcas) y es útil tener una sola palabra para cubrir la cuna de la civilización de Sumer, Akkad, Babilonia y Asiria. Sin embargo, esto no debiera ocultarnos las diferencias de clima y medio ambiente que separan una y otra parte. En el sur de Irak la configuración geográfica, en contraste con el norte, no permite que la agricultura sobreviva sin regadío, y es evidente que durante el período prehistórico de Ubaid se hicieron considerables avances en la ciencia de dirigir las aguas de los dos ríos hacia los campos cómo y cuándo fuera necesario. Evidentemente, la ocupación de las tierras de aluvión coincidió con la disposición de los canales fluviales si bien en alguna área determinada sería difícil decir si fue la existencia de un canal la que atrajo a sus moradores o fue el crecimiento de un poblado lo que hizo necesario un canal. Otro motivo por el cual los principales núcleos de ciudades y pueblos se apretujaban a lo largo y en las cercanías de los ríos se ha mencionado ya: la necesidad de comunicación. Porque, virtualmente, el único recurso natural que Sumer podía ofrecer era un suministro infinito de barro: barro para hacer adobes, arcilla para cerámica e incluso para tablillas de escritura. Esto significaba que todas las piedras y metales, toda la madera, excepto los troncos blandos de las palmeras debían ser importados, incluso en los inicios de la historia está claro que los barcos hacía tiempo que habían alcanzado un desarrollo que los convertía en el principal medio de transporte en esta tierra de canales.

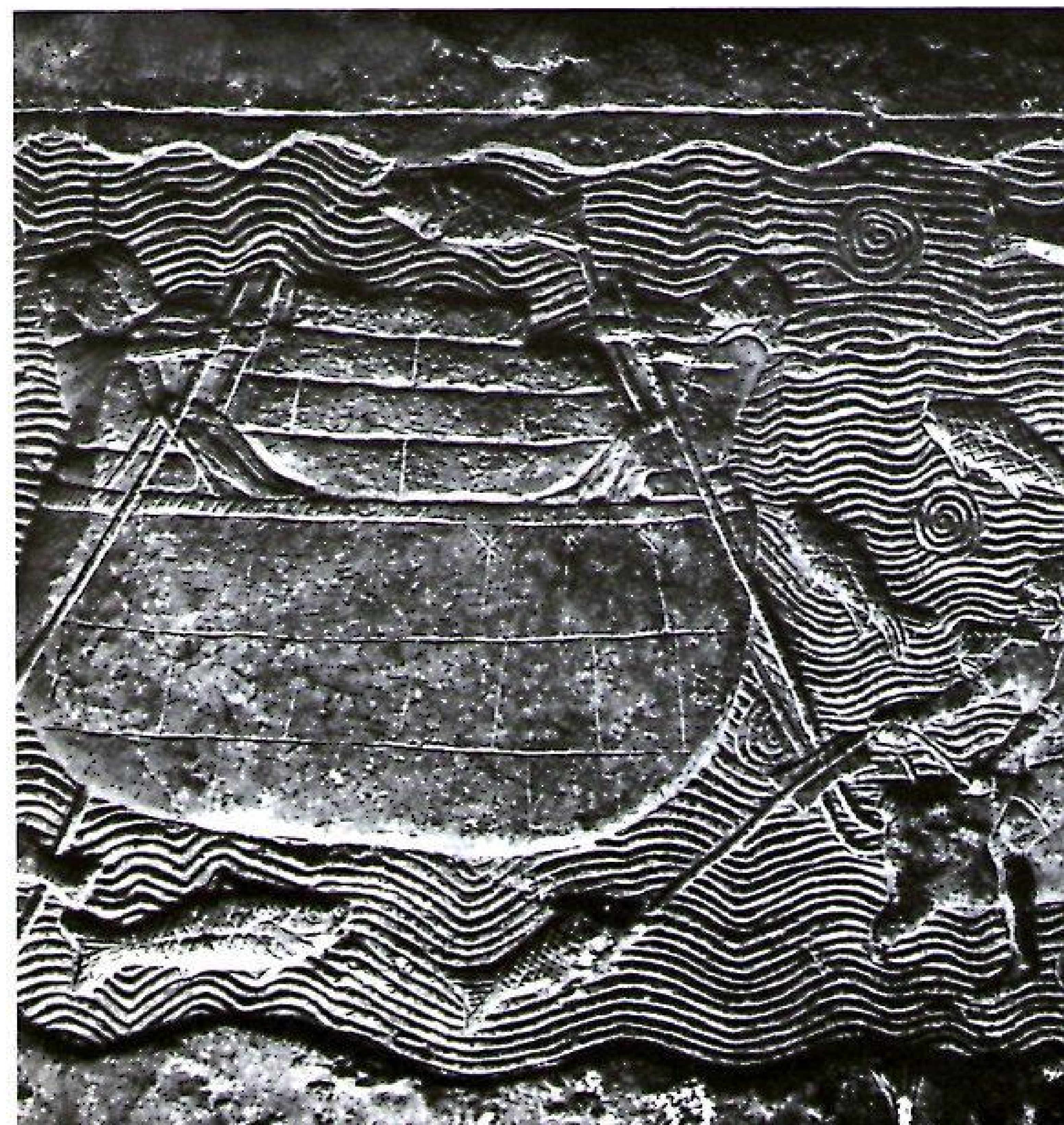
No deseamos dar la impresión de que Sumer no era nada más que unas tierras entrecruzadas por canales, una especie de antigua Holanda. A lo largo de ellos se podían encontrar densos matorrales en los que la deposición de sedimentos durante las inundaciones, combinada con el lanzamiento de tierras por parte de los trabajadores que limpiaban el lecho de los canales, formaban riberas demasiado altas para el regadío y en estas espesuras podían esconderse osos salvajes, gatos monteses o incluso leones, una amenaza constante para el ganado. Cuando las aguas de un canal se desbordaban sobre la tierra llana se forma-



Muchachos árabes cruzando un canal local en una *guffa*, versión moderna de un cesto cubierto con brea.

ban pantanos e incluso lagunas y éstas se juntaban con las aguas saladas del golfo, dando como resultado la formación de grandes marismas como las que existen actualmente, abundantes en pesca y aves acuáticas, que proveían también de uno de los productos necesarios para la vida: los juncos. Porque, a falta de madera, con juncos y hierba se pueden construir no solamente cestos y alfombras sino incluso botes y casas. Tampoco debemos olvidar que los juncos proporcionaban los estiletes con los cuales el escriba imprimía sus signos sobre la arcilla húmeda. Finalmente, una gran proporción de tierra se encontraba fuera del alcance del agua y aquí, incluso entre los dos ríos, se extendía el desierto, interrumpido solamente por dunas de arena o los vestigios de antiguos habitáculos. Por lo tanto, el asentamiento natural de la civilización sumeria se produce en condiciones que no son para nada uniformes: si bien no existen promontorios naturales que constituyan un lugar estratégicamente obvio para una ciudad, debió de producirse la convergencia de circunstancias tanto naturales como hechas por el hombre que favorecieron el crecimiento de una ciudad en un lugar en vez de en otro. Asociados a estas ciudades, con sus atracciones comerciales y políticas crecieron abundantes pueblos, pero,

Dos antiguas formas de transporte fluvial: el cesto de cañas y la piel de cabra inflada (relieve de Senaquerib de Nínive). Museo Británico.



entre el entorno irrigado de una ciudad y el de otra sin duda se extendían espacios abiertos de tierra incultivada e incultivable que podía ser solamente sujeto de disputas por razones estratégicas, que no económicas.

Los nómadas. Sin embargo, fueron estos espacios abiertos los que introdujeron en la civilización mesopotámica uno de sus ingredientes principales. La interacción de las gentes sedentarias urbanas con las tribus nómadas que presionaban constantemente sus fronteras occidentales y con frecuencia penetraban entre las ciudades, es un fenómeno frecuente sin el cual no podemos comprender la historia del área. Al igual que las ciudades-estado de Grecia que se desarrollaron independientemente en buena medida debido a las barreras naturales que las separaban, los espacios de desierto entre las ciudades de Sumer permitieron a cada una de ellas seguir su propio curso; pero esta misma barrera no pudo proporcionar el mismo grado de protección militar que hicieran las montañas y mares de la antigua Grecia y en todo momento fue virtualmente imposible sacar a los nómadas de los ricos pastos de los desiertos del este del Tigris y entre los dos ríos incluso cuando, como sucedió bajo Shulgi de Ur, se construyó con gran esfuerzo una muralla contra ellos.

La historia conoce tres grandes olas de penetración nómada en Mesopotamia: los árabes, de los cuales ya se conoce su existencia desde el siglo VII a.C. a través de los documentos históricos asirios, permanecieron en la periferia de nuestra área durante trece siglos antes de irrumpir, en el más decisivo de estos movimientos. Fueron precedidos por los arameos, que inundaron las áreas pobladas del Oriente Próximo alrededor del 1000 a.C. y crearon una cultura continua desde Persia a Egipto bajo los imperios sucesivos de asirios, neobabilonios y persas, basada en un lenguaje común y en el uso de la escritura alfabética. Las primeras incursiones comprobadas son las de los amoritas, cuyo período de máxima penetración se sitúa unos 1.000 años antes. Sin embargo, se puede suponer con cierta seguridad que anteriormente a ellos penetraron en Mesopotamia grupos nómadas que hablaban acadio: este lenguaje es de la familia semítica, como el árabe, el arameo y el amorita y si bien no hay una conexión mágica entre los lenguajes semíticos y la forma de vida nómada, la simple geografía humana hace probable que también los acadios fueran, en alguna época, intrusos procedentes de los desiertos occidentales. Quizás aún fueran precedidos por olas anteriores pero, de ser así, no lo sabremos nunca ya que los nómadas no figuran en los documentos puramente arqueológicos al no tener un material cultural imperecedero del cual se pueda deducir su presencia.

Aunque podemos señalar ciertos períodos en que la infiltración nómada repentinamente crecía hasta representar una invasión, sería un error considerar que las tierras desérticas estaban vacías en los intervalos. Seguramente siempre hubo restos de una invasión precedente o precursores de una nueva ola para apacentar los rebaños de los ciudadanos o planear incursiones a sus propiedades. Esta exposición continua a los nómadas tuvo una variedad de consecuencias cruciales en la historia de Mesopotamia. Una concierne a las relaciones extranjeras. Debía haber una población agrícola relativamente estable para crear los excedentes alimenticios necesarios para la manutención de las grandes ciudades, pero estas comunidades no son las más características. Tal como veremos, las grandes organizaciones de la ciudad –palacio y templo– mantuvieron las relaciones extranjeras en lo que se refería a la diplomacia y al comercio pero, sin ninguna duda, fueron los componentes nómadas de la sociedad los que establecieron los lazos más fuertes con el mundo exterior, y específicamente con el oeste, y cuyos horizontes se extendieron naturalmente más allá de los confines de los dos grandes ríos.

Abraham, en la Biblia se desplaza de Ur a Caldea, en el extremo sur de Sumer y remonta el Éufrates hasta Nahur, cerca del nacimiento del río Habur y después hacia el sudoeste hasta Palestina, en un itinerario completamente plausible en el contexto de principios del segundo milenio a.C. A través de la historia vemos que las tribus nómadas se desplazaron desde sus lugares de origen en el desierto hacia donde hubiesen tierras atractivas para tomar, no sólo hacia el este sino también al norte hacia la Alta Mesopotamia y Siria y al oeste hacia Palestina. Las consecuencias de ello son especialmente evidentes en la historia política. A. L. Oppenheim observó que estas «ensambladuras», mayores que las ciudades, «eran efectivas solamente cuando y donde ciertos elementos no sedentarios de la población intentaran crear unas estructuras de





Arriba: Nómadas modernos usando la tienda tradicional: el tejado de pelo de cabra negro procede de sus rebaños. El suelo está cubierto con alfombras y una colgadura separa el lugar de las mujeres.

Página anterior: Buen año para los nómadas del desierto: trufas como éstas pueden ser un complemento importante en la dieta de los beduinos.

Abajo: Ejército asirio en el campo de batalla visto en la sección transversal de las tiendas. A la izquierda un guerrero se refresca mientras le preparan la cama. En la tienda siguiente un carnicero desolla un carnero (relieve de Assurbanipal, de Nínive). Vorderasiatisches Museum, Berlín.



poder suprasegmentario con las cuales coaccionaban a quienes se dedicaban a la agricultura y cuyos intereses eran básicamente restringidos». También dice que «la evidencia sugiere que todos los reyes políticamente activos y agresivos probablemente eran de extracción no urbana, cualesquiera que fuesen sus antecedentes lingüísticos». Esto es fácil de comprender: es obvio que la ambición de un líder político que conservara conexiones tribales con el Oriente Próximo difícilmente se sentiría frenado por los límites que el clima imponía a las áreas pobladas del sur de Mesopotamia y, a juzgar por situaciones paralelas posteriores, a los habitantes de las ciudades les faltaban los ideales guerreros y las estructuras sociales que conferían a los nómadas los incentivos más poderosos para la dominación militar.

En contraste con su papel en el desarrollo político de Mesopotamia, el impacto de los nómadas en la cultura fue insignificante. La vida errante no favorece la acumulación de bienes y las sucesivas olas de nómadas, por regla general, se adaptaban rápidamente a las antiguas culturas de las ciudades, incluso si la asimilación de la vida social requería un proceso más largo. Es cierto que eventualmente el acadio se convirtió en el lenguaje literario más importante de

Mesopotamia y que en el primer milenio a.C. fue a su vez desplazado por la escritura alfabética y el lenguaje arameo introducido desde el oeste pero ello es más el reflejo de la historia étnica y lingüística del área que de los cambios culturales. El ejemplo de los amoritas es instructivo: Hammurabi de Babilonia era de extracción amorita y reivindicaba los mismos antepasados que su contemporáneo Samsi-Addu, que gobernaba en el norte de Mesopotamia. Los dos reyes escribían, y sin duda hablaban, acadio, el dialecto de Babilonia, y el lenguaje amorita nos es conocido sólo a través de nombres personales.

Hammurabi fue quien promulgó el famoso código legal, ciertamente uno de los monumentos perdurables de la antigua Mesopotamia y, sin embargo, un par de siglos antes se describía a los amoritas con gran desprecio como los extranjeros bárbaros que «no conocen las casas», «no conocen el grano», «cavan buscando trufas en el desierto» –como hacen los beduinos hoy en día– comen carne cruda y no entierran a sus muertos. La asimilación subsecuente fue tal que aunque los últimos reyes de la dinastía Hammurabi llevan todavía nombres amoritas, una vez extinguida ésta los amoritas no se encuentran nunca más en Mesopotamia (si bien sobrevivió en Siria un reinado amorita). El hecho es que la civilización mesopotámica constituyó una fuerza más poderosa que las partes que la componían. Aunque pudo revitalizarse con el advenimiento de nuevos pueblos con lenguajes, ideales e incluso religiones nuevas, fue sólo la imposición de una civilización completamente extranjera –helenística o iraniana– la que rompe la continuidad.

El hombre de negocios. El núcleo de esta tradición fue, naturalmente, la ciudad. Era la ciudad la que albergaba los templos y servía de depositaria de las tradiciones escritas y de concentración para que las artes del trabajo del metal, de la joyería o de la escultura pudiesen sobrevivir durante los períodos recurrentes de anarquía. Pero, por encima de todo, la ciudad era el medio ambiente del hombre de negocios. Si bien en ocasiones trabajaba como empleado o contratista para el templo o el palacio, con mucha más frecuencia el mercader afortunado era un agente independiente que tenía sus inversiones ampliamente repartidas en su país y en el extranjero. Al mismo tiempo que prestaba y pedía prestado a sus conciudadanos, tenía conexiones fuera de la ciudad: podía prestar a granjeros necesitados en los meses difíciles antes de la cosecha y con frecuencia esta deuda no se liquidaba nunca; en un proceso casi irreversible el granjero tenía que hipotecar sus tierras para pagar los intereses y, a su debido tiempo, se convertía en arrendatario del mercader, que era entonces el dueño de la tierra. Otra inversión eran las ovejas y cabras: un rebaño normalmente crece por impulso propio y habitualmente existía un acuerdo entre el dueño y el pastor que cuidaba los animales. Generalmente, el dueño del rebaño demandaba del pastor una tasa de crecimiento anual fija y aseguraba el interés de su empleado en el cuidado del rebaño permitiéndole criar para sí mismo animales que superasen esta cuota.

Otro componente esencial en la construcción de Mesopotamia era el importante comercio exterior, ya se tratase de mercaderes que operaban a grandes distancias o solamente entre una ciudad y la próxima. Cada país tenía sus relaciones comerciales con el resto del mundo, pero Mesopotamia dependía más de ellas que la mayoría. Necesitaba especialmente materias primas para las industrias en las cuales destacaban sus artesanos y esto requería un intercambio constante con el este, rico en maderas, piedra y minerales, ya fuese por tierra o por mar, a través del golfo Pérsico. Hacia el oeste se encontraba el atractivo de los ricos mercados de la costa mediterránea y desde antes de la historia los mercaderes de Mesopotamia sin duda se abrían camino remontando el Éufrates o a través de las llanuras del norte hasta llegar a Siria y a los puertos de mar con sus mercancías. Tal como veremos, hubo incluso una fase en la que los emprendedores mercaderes de Assur establecieron un comercio lucrativo de estaño con las regiones del interior de Anatolia y los viajantes de Sumer, Akkad y Babilonia fueron más allá, en cualquier dirección, que los victoriosos ejércitos de sus reyes, poniendo en peligro con frecuencia sus mercaderías e incluso sus vidas. En el código de leyes de Hammurabi se prevé el rescate de un mercader que haya sido capturado y esclavizado por un país extranjero –utilizando, si fuera necesario, fondos del templo o del palacio– y no fue nada raro que con la misma fecha dos mercaderes escribieran lastimosamente a la esposa del jefe de la comunidad amorita de Sippar para quejarse de que «el enemigo nos capturó en Ekallatum (una ciudad al norte de Assur) y ahora nos tienen retenidos en el palacio de Kakmum». Las medidas adoptadas por el gobierno de Mesopotamia en apoyo de los mercaderes que comerciaban con el exterior, refleja la importancia que tenían sus actividades para toda la sociedad y el interés del estado en el comercio se pone de relieve incluso más claramente unos cuantos siglos más tarde cuando el rey hitita Tudkhalias IV creyó necesario incluir en su tratado con los estados sirios una cláusula prohibiéndoles que permitiesen la entrada por sus fronteras de mercaderes asirios.

El comercio no se desarrollaba simplemente en una sola dirección. Si bien Mesopotamia tenía que atender a sus

propias necesidades, la existencia de una clase próspera de mercaderes probablemente se debió, en gran medida, a la calidad de su artesanía, que creó la demanda de sus productos. Una de las mayores exportaciones eran los tejidos y hay numerosas pruebas de la selección y gradación de las lanas locales, e incluso de experimentos de reproducción. En otros momentos los mercaderes actuaban como mediadores a lo largo de las grandes rutas comerciales de Asia, como cuando los asirios organizaban las caravanas de asnos que llevaban el estaño desde el lejano este hasta los mercados de Anatolia. Uno de los motivos por los cuales los comerciantes de Mesopotamia podían operar tan lejos y tan ampliamente era su conocimiento de la escritura. Esto no sólo facilitaba el trabajo del viajante, que podía escribir pidiendo nuevas mercaderías sin desplazarse personalmente, sino que hacía posible el establecimiento de colonias permanentes de mercaderes lejos de casa. Y, más importante aún, facilitaba un procedimiento de cálculo muy refinado, de tal manera que hoy encontramos desconcertadamente «modernas» algunas transacciones comerciales flexibles y sofisticadas.

Para equipar y financiar una caravana comercial o fletar un barco se necesitaba invertir un capital considerable. Con frecuencia era proporcionado, directa o indirectamente, por el palacio o por un templo rico, pero también se podía conseguir de hombres de negocios ricos o de un consorcio formado a propósito y normalmente se encargaba y contrataba un agente para que volviese con un beneficio determinado de acuerdo con el capital. Cuando se inició este tipo de asociación había que documentar legalmente la participación de cada socio y se preparaba una tablilla sellada que constituía el contrato entre el viajante y los capitalistas, en el cual se definía la división de ganancias y pérdidas. Es cierto que en algunos períodos la organización del comercio era monopolio del estado o se convirtió en ello como resultado de una depresión del sector privado, pero incluso cuando el palacio o un templo emprendía un negocio, se utilizaban preferentemente contratistas semiindependientes, y todo se realizaba de acuerdo con los hábitos comerciales. Éste fue el caso bajo los reyes de Ur III, en que se dejaba constancia por escrito, en una tablilla sellada por el oficial responsable, de incluso los detalles más pequeños de la administración del estado, y al cabo de poco tiempo un documento escrito era no sólo una ayuda valiosa sino un componente indispensable de la sociedad urbana mesopotámica, de tal manera que queda claramente establecido en el código de

El escriba como contable: anota el botín de una ciudad capturada (relieve de Tiglath-pileser III, Nimrod). Museo Británico.

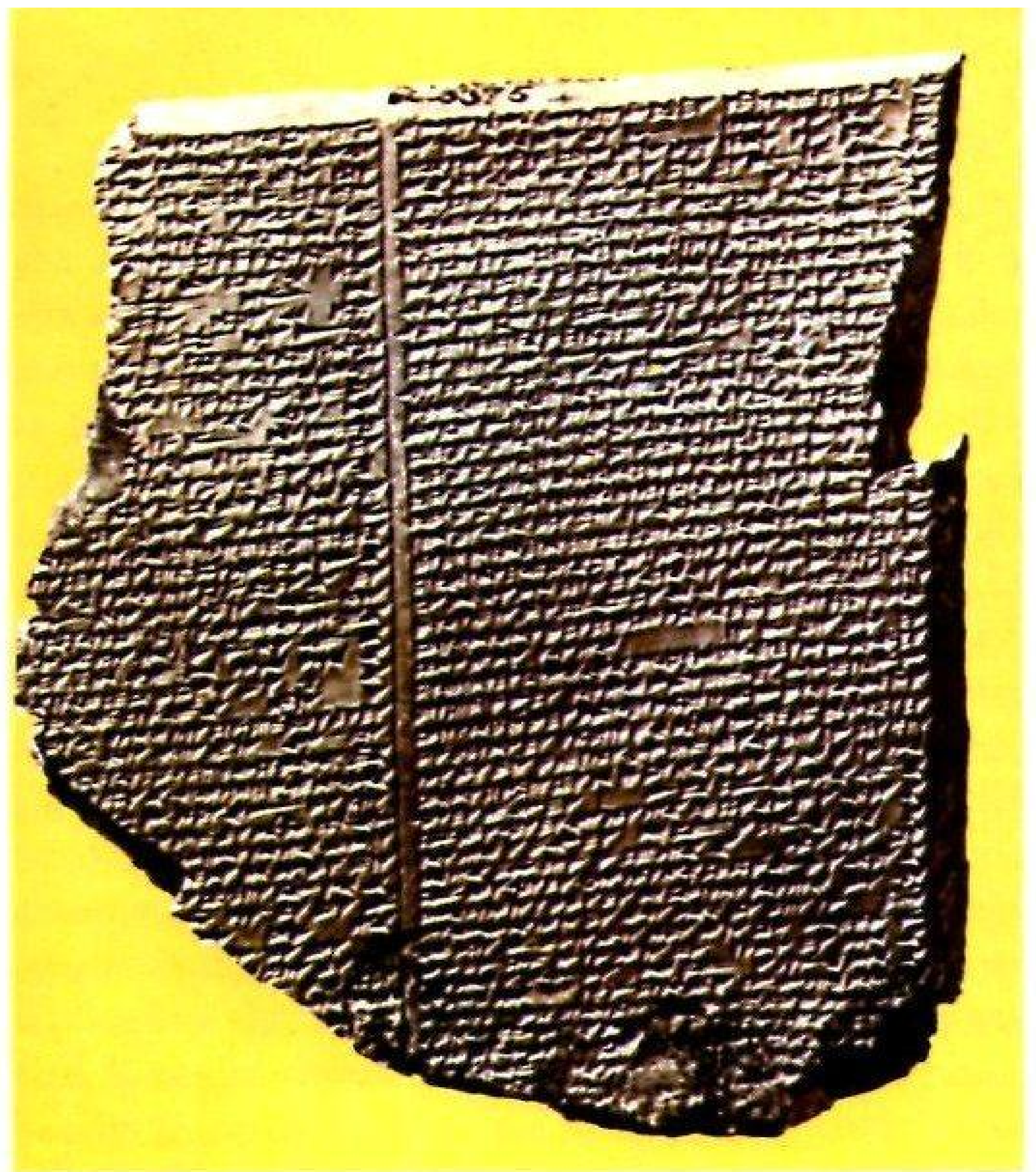


Hammurabi (h. 1800 a.C.) que un contrato matrimonial no era válido si no existía una tablilla legalmente sellada.

El escriba. Sin lugar a dudas, pues, uno de los miembros más importantes de aquella sociedad era el escriba. Para el ciudadano de a pie era quien escribía cartas y extendía los documentos legales cuando prestaban y pedían prestado, compraban y vendían, mientras que las complejas administraciones de templos y palacios confiaban en ellos para mantener sus archivos. Pudo ocurrir que en algunas épocas la alfabetización estuviese relativamente difundida pero, por regla general, la complejidad de la escritura cuneiforme requería un largo aprendizaje antes de llegar a ser un escriba experto. La profesión confería un considerable prestigio: el rey Shulgi es loado en textos literarios por su dominio de la escritura y 1.400 años más tarde, el rey Assurbanipal sabía leer y se sentía orgulloso de ello. Pero eran excepciones; con más frecuencia encontramos que un corresponsal del rey añade una posdata destinada solamente al escriba que descifrará la tablilla.

Los templos organizaban escuelas, pero no tenían el monopolio. En Ur, Woolley encontró una casa que pudo haber pertenecido a un maestro de escuela ya que había sido reformada para acomodar alumnos y dentro se encontraron diseminados ejercicios de escritura. Una «escuela» más sugestiva todavía del período de la antigua Babilonia formaba parte del gran palacio real de Mari. Dos habitaciones que se hallaban entre los apartamentos de los reyes y el alojamiento de los oficiales, tenían filas de bancos construidos con adobes y en el suelo se encontraron ejercicios escolares. La mayor colección de estas «tablillas de ejercicios» se halló en Nipur, donde existió un centro floreciente del arte de la escritura. Muchas de las tablillas eran, sin lugar a dudas, trabajo de aprendices e incluso de absolutos principiantes. Otras revelan los métodos de enseñanza. Éstas están divididas en dos columnas con la «muestra» del maestro en el lado izquierdo. El alumno escribía su versión al lado derecho y esta parte se borraba y se volvía a utilizar. En ocasiones, la parte del alumno había sido rascada tantas veces que finalmente se había desprendido y quedaba solamente al lado izquierdo. Otro método de enseñanza consistía en escribir la muestra en una cara de una tablilla redondeada, dejando la otra cara para el alumno; en este caso, naturalmente, este último no podía copiar directamente los signos, sino que debía volver la tablilla cada vez que necesitaba cotejarlos con el original.

La base de la enseñanza consistía en largas listas de signos y palabras que nosotros llamamos «textos de léxico». Algunas de estas listas pertenecen a la primera fase conocida de la escritura cuneiforme. Originalmente en sumerio, con los años se añadió la traducción acadia, por lo que tenemos una valiosa serie de glosarios especializados con listas en los dos idiomas, de plantas, animales, herramientas, alimentos, etc. Los sumerios eran grandes clasificadores y en sus relaciones se encuentran todos los fenómenos naturales de su mundo, así como los objetos y conceptos del hombre. Buena parte del entrenamiento inicial de los escribas consistía en aprender tales listas de memoria, pero en los últimos años podían progresar hacia materias más especializadas. Había problemas matemáticos y ejercicios de agrimensura y parece que incluso la música se encontraba en el silabario. En el período de la antigua Babilonia todos los ejercicios escolares avanzados estaban escritos en sumerio y el programa de estudios cubría una amplia gama de textos. Especialmente populares eran los proverbios cortos, ya fuera individualmente o en colecciones. Muchos se escapan a nuestra comprensión después de 4.000 años, pero algunos son intemporales: «La amistad dura un día, la familia es para siempre» o «Un escriba cuya mano se mueva con tanta rapidez como su boca, éste es su escriba». Otros temas favoritos eran los himnos en loor de los reyes, cartas escritas a y por los reyes de la última dinastía sumeria (los reyes de la III Dinastía Ur) que parecen ser auténticos documentos históricos y las «disputas». Estas composiciones típicamente sumerias describen una contienda verbal entre rivales; algunas de ellos son



Arriba: Una copia de la 11ª tablilla con la epopeya de Gilgamesh, en que se narra la historia del diluvio. Museo Británico.

Página siguiente: Sello cilíndrico representando los dioses y sus atributos: Shamash se eleva entre Istar (con alas) y Ea (con agua y peces). Museo Británico.



solamente escolares, pero también encontramos disputas entre conceptos personificados como «verano e invierno», «ganado y cereales» o «la azada y el arado».

Para nosotros, sin embargo, lo más fascinante de las escuelas de la antigua Babilonia son los mitos y poemas épicos. Los primeros relatan historias de dioses de Sumer con una mezcla significativa de religión primitiva e invención etiológica deliberada con el propósito de explicar el mundo circundante. Como la mayor parte de pueblos, los sumerios dieron a sus dioses forma humana y algunos de los relatos épicos que glosan las gestas de reyes durante la época heroica de Sumer –Lugalbanda, Enmerkar o Gilgamesh– incluyen en la acción dioses y diosas y tanto del mito como de la epopeya trasciende un tratamiento realista hacia el mundo divino que recuerda los poemas de Homero. Uno de estos mitos es el relato más antiguo que se conoce del diluvio universal, el antecesor del diluvio de Noé de la tradición bíblica. Después de describir la creación del mundo y del hombre junto con las cinco ciudades antediluvianas de Eridu, Bad-Tibira, Larak, Sippar y Shuruppak, el poema refiere el envío del diluvio por decisión de los dioses y la advertencia de Enki, dios de la sabiduría, a Ziusudra, el Noé mesopotámico. Entonces leemos: «después de que el diluvio azotó la tierra durante siete días y siete noches y el fuerte viento había sacudido la gran barca sobre las elevadas aguas, salió el sol, que llevó la luz a cielos y tierras. Ziusudra hizo un agujero en la barca y los rayos del sol penetraron en ella».

Tradiciones posteriores. Tal como veremos, este mismo mito surge de nuevo mucho más tarde de distinta forma pero, aparte del período de la antigua Babilonia, sabemos muy poco del mundo del escriba. Seguramente las dinastías sucesivas debieron propiciar el arte de la escritura ya que, aparte de las necesidades puramente prácticas de su administración los reyes dependían de los escribas para conservar las tradiciones. Los mesopotámicos eran muy conscientes de la longevidad de su civilización, cosa que queda demostrada por las listas de reyes sumerios o asirios. Un rey asirio describirá cómo, al reconstruir un templo, encontró los documentos fundacionales de un rey anterior y los trató con el respeto que le inspiraba la propia inscripción. Removiendo en las ruinas de la antigua Sippar, el último rey babilonio Nabonido encontró media cabeza de una estatua del gran rey Sargón y, en una larga inscripción, explica cómo hizo que sus artesanos restauraran la otra mitad, al tiempo que otras tablillas que relacionan las ofrendas que se hicieron a la estatua de Sargón, nos muestran que realmente se le tributó el debido respeto.

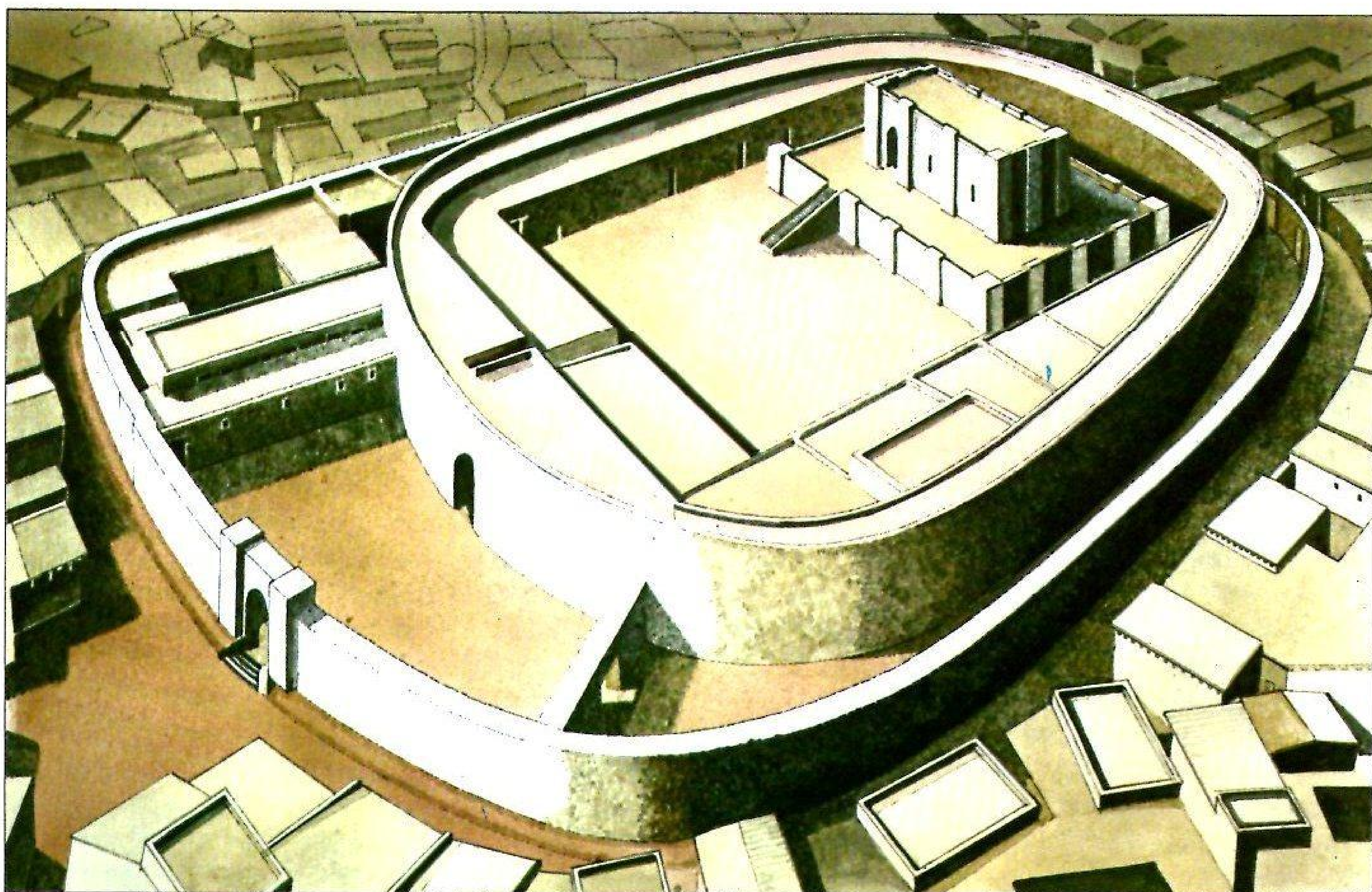
Assurbanipal, el último gran rey asirio, fue también un patrocinador de las letras. En su palacio de Nínive se encontró la gran biblioteca de tablillas cuneiformes coleccionadas o escritas por él y durante varias décadas, constituyó la espina dorsal de nuestro conocimiento de la literatura mesopotámica. Todavía hoy esta biblioteca nos sirve de guía en las tradiciones que se hicieron en escritura cuneiforme durante los 1.000 o más años que han pasado desde la desaparición del sumerio como lengua viva.

Los motivos de Assurbanipal son inciertos: a veces se afirma que una tablilla fue copiada «para mi propia comprobación» y es tentador suponer que pudo sentirse inspirado por un sincero entusiasmo académico hacia las

tablillas por sí mismas. Sin embargo, con frecuencia encontramos la explicación más pragmática de que reunía manuales y trabajos necesarios para que sacerdotes y adivinos se ocupasen del bienestar físico y espiritual del rey, de su corte y de su ejército. Una tablilla que relaciona composiciones literarias hace constar en su colofón (el equivalente al título nuestro, pero situado al final) que: «La sabiduría de Ea (dios de los conjuros), la destreza de los sacerdotes con las lamentaciones, los secretos de los videntes, idóneos para apaciguar el corazón de los grandes dioses, lo he escrito en tablillas de acuerdo con los originales de Asiria y Babilonia, los he comprobado y depositado en la biblioteca de Ezida, del templo de Nabu, en Nínive».

Si bien la mayor parte de la biblioteca de Assurbanipal consistía en tablillas de presagios y otros textos generalmente religiosos, también incluye listas de léxico y algunas composiciones específicamente literarias. A juzgar por su escasez, debían considerarse poco importantes, pero son de un interés absorbente para nosotros. Debemos conceder el primer puesto a la epopeya de Gilgamesh: incluso antes de finalizar el período de la antigua Babilonia, varias leyendas sumerias sobre este gran héroe se habían entrelazado con la historia del diluvio para formar un solo poema épico que ocupaba varias tablillas escritas en acadio vivo. La versión de la biblioteca de Nínive está en 12 tablillas, el lenguaje es mucho más formal y se ha alargado cada episodio. Ésta puede ser una regla para la gran mayoría de textos del repertorio escriba: empezando por el original sumerio, la primera versión acadia fue escrita en el período de la antigua Babilonia y se añadieron nuevos textos cada vez a medida que los acadios relajaban el antiguo lenguaje. Siguió una generación tras otra de copiar, reeditar y recopilar, que alcanzó su cenit en la biblioteca de Assurbanipal, pero no es de sorprender que al final del proceso se hubiese perdido buena parte de la viveza de los textos.

Los escribas del tiempo de Assurbanipal copiaban todavía proverbios utilizados más de 1.000 años antes por alumnos de las escuelas de Babilonia y la inspiración, y con frecuencia las propias palabras de oraciones, himnos y composiciones similares, se congelaron con la caída de la dinastía Hammurabi. Después de esa época apenas se añadió nada significativo al cuerpo literario escriba, si



Templo ovalado de Khafajah: antes de su construcción se excavó el suelo hasta una profundidad de más de 20 pies. El templo está situado en el óvalo interior y la residencia sacerdotal se encuentra entre los muros interior y exterior. Según Darby.

exceptuamos las inscripciones históricas, que raras veces se recopiaban. Teniendo en cuenta el conservadurismo de los escribas de Babilonia y Asiria es interesante comprobar que entre los textos cuneiformes «literarios» encontrados fuera de la propia Mesopotamia hay una inclinación precisamente hacia las composiciones que nos atraen más: Megiddo, en Palestina, escribió una obra con la Epopeya de Gilgamesh y en un lugar tan apartado como El Amarna, en Egipto, se encuentran fragmentos de la leyenda de Adapa y del mito de «Nergal y Ereshkigal». En Bogazköy, la capital hitita, se han encontrado fragmentos de leyendas sobre los reyes de Akkad, Sargón y Naram-Sin, así como también copias de la epopeya de Gilgamesh junto con traducciones al hitita.

El templo y los sacerdotes. La esencia de la sociedad urbana mesopotámica la constituía el templo. Era la expresión del «espíritu comunitario» tanto si servía a una capital, una ciudad o un pueblo. El templo debía su existencia a la comunidad y su suerte crecía o decaía de acuerdo con ello. Esagila, el templo de Marduk, la deidad principal de Babilonia, debió de tener unos orígenes humildes en una pequeña ciudad y crecer en tamaño y riqueza a medida que Babilonia se convirtió primero en una ciudad de provincias, en la capital de un pequeño estado independiente y finalmente en la metrópolis de un gran imperio. Por otro lado, los dioses cuyas ciudades decaían, tendían a desaparecer: parece que la veneración del dios Sud se extinguió con su ciudad, Shuruppak; e incluso la gran diosa del nacimiento, Ninhursag, apenas sobrevivió al abandono de su ciudad de Kesh. Naturalmente, había excepciones: la más importante de ellas es la del dios Enki (Ea en acadio), cuya capilla principal se hallaba en Eridu. Aunque durante la mayor parte del período histórico Eridu era una ruina, nunca perdió su posición especial en el panteón de Mesopotamia como dios de la sabiduría, del agua dulce y de los hechizos.

Cada ciudad tenía su dios principal, aunque no excluía otros. Aparte de la esposa, hijos y sirvientes de esta deidad, cada uno de los cuales podía tener un templo o, con más frecuencia, una capilla, existían otros completamente independientes. En Girsu, durante el período dinástico antiguo, el templo de Bau, la esposa de Ningirsu, estaba dirigido por la esposa del gobernador como una institución completamente separada, y más tarde detectamos en la misma ciudad otro reflejo de acontecimientos políticos en un esfuerzo deliberado por establecer en la propia Girsu capillas individuales para todos los dioses que representaban las diferentes ciudades del estado de Lagash. Porque en los primeros días de Sumer, cuando las ciudades coexistían en términos más o menos de igualdad, cada panteón mantenía su propia identidad aunque dioses y diosas se visitasen mutuamente tanto en el mito como en viajes reales en barco. Sin embargo, con el tiempo las ciudades fueron absorbidas para convertirse en unidades mayores y, por un proceso dual, cada ciudad tenía un templo para su dios en la capital, mientras que muchas de las deidades locales eran asimiladas por sus vecinos más poderosos y apenas se ha vuelto a oír de ellas. Con el transcurso del tiempo este proceso de sincretismo dejó una «lista corta» de unos ocho dioses mayores, con sus esposas, que fueron reconocidos en toda Mesopotamia. Por lo tanto, cuando Sargón (721–705 a.C.) construyó su nueva capital en Khorsabad incluyó en el recinto del palacio templos para Ea, Sin, Shamash, Nabu, Adad y Ninurta junto con sus esposas, mientras los dioses menores tenían templos en la ciudad. En esta lista hay una notable ausencia, la de Assur, principal dios de Asiria, pero ello se debe a que tenía su altar en el propio Assur, al igual que Marduk en Babilonia, y los otros dioses acudían allí a reconocer su supremacía. Al ritual banquete ofrecido con ocasión de su visita, acudieron 246 dioses y diosas, lo cual demuestra que aunque los cultos locales estuvieran ensombrecidos por la predominancia de los «grandes dioses» no estaban, ni mucho menos, olvidados.



Placa de piedra caliza que muestra a Enheduanna, suma sacerdotisa de Nanna, en Ur, asistiendo a una ceremonia de libación frente al zigurat (izquierda). Encontrada por Woolley en Ur. Pennsylvania.

Una de las consecuencias del proceso de coalición fue que las asociaciones locales de cada dios favorecieron gra-

dualmente la «especialización». Aunque de una forma distinta que los conceptos deificados como «fuego» o «sequía», los grandes dioses desarrollaron sus atributos especiales y éste era el motivo por el cual Sargón los necesitaba a todos en su palacio. Cuando había falta de lluvia se invocaba a Adad, dios de la tempestad y Shamash, el dios del sol, era el patrón de la adivinación de los presagios, así como de la justicia. Ea era el dios de los conjuros contra las enfermedades, y Nabu había reemplazado a la diosa sumeria Nisaba como diosa del arte de escribir, por lo que su ciudad, Borsippa, era un reconocido centro de escritura y sus templos acogían la principal biblioteca de la ciudad.

El templo y la sociedad. Aunque los templos importantes pronto acumulaban tierras y posesiones que los hacía autosuficientes, al igual que un monasterio medieval, originalmente fueron la creación de la comunidad secular y estaba reconocido que un templo tenía obligaciones para con aquella comunidad. Las riquezas del templo, acumuladas gracias al buen gobierno y a las aportaciones de su congregación, con frecuencia estaban a disposición de los fieles ya fuese como capital para un negocio o como préstamo a corto plazo –en ocasiones incluso sin intereses– para ayudar a un campesino necesitado en los meses previos a la cosecha. El código legal de Hammurabi reconoce este deber social del templo prescribiendo que si la familia de un mercader que está cautivo en el extranjero no puede reunir por sí misma el precio del rescate, el templo debería hacerlo. Otro servicio público era proporcionar hogar a aquellos que no tuviesen quien se hiciese cargo de ellos: huérfanos, expósitos e hijos de la prostitución religiosa tenían un lugar en la casa del dios, y en épocas de hambre los padres podían aligerar su carga y salvar la vida de un niño dedicándolo a un templo. Al igual que en otros tiempos y lugares, un niño podía incluso ser presentado a un dios en cumplimiento de un voto y el incremento del personal de un templo variaba desde grupos de prisioneros de guerra distribuidos por un rey victorioso hasta miembros de su propia familia, como el caso de su hija en el templo del dios de la luna en Ur.

Un fenómeno curioso restringido prácticamente al período de la antigua Babilonia (del 2000 al 1500 a.C.) podría tener una explicación sociológica, si bien hasta el momento no se ha expuesto ninguna que sea convincente: varios templos, como el de Marduk, en Babilonia, pero especialmente el de Shamash (dios del sol) en Sippar, tenían asociados a ellos una clase de sacerdotisas llamadas *naditum*, nombre que se refiere al hecho de que no parían hijos. Estas damas, algunas de las cuales eran de buena

Página siguiente: Impresión de un sello neoasirio donde se ven figuras sacerdotales con cencerros o cubos saludando el árbol sagrado sobre el que está suspendido en el aire Assur con su «disco alado». Los sacerdotes llevan pieles de pescado como capas. Biblioteca Pierpont Morgan.

Abajo: Esta estatuilla del templo de Istar en Mari muestra a «Ur-Nanshe, el cantante» con las piernas cruzadas sobre un cojín de paja. Aunque parece una dama tiene nombre masculino y hay numerosas pruebas de que los cantores de los templos podían ser eunucos o de dudosa masculinidad. Damasco.





familia –como la hermana y la hija de Hammurabi– vivían juntas en un «claustro» adjunto al templo. No estaban ociosas sino que, como mínimo algunas de ellas, llevaban una activa vida de negocios, dirigiendo propiedades rurales y urbanas al mismo tiempo que se encargaban de los asuntos del claustro. Como se habían separado del sistema patriarcal predominante, la familia concedía a la sacerdotisa una parte del patrimonio equivalente al de un hijo. Normalmente, cuando moría esta participación revertía a los miembros varones, pero su padre tenía el derecho de concederle plena libertad con sus propiedades, por lo que una *naditum* podía adoptar una hija de entre las jóvenes de su orden, la cual la heredaría y la cuidaría en su vejez. Es triste tener que reconocer, aunque quizás no sea tan extraño, que hubo más de un proceso judicial por el cual el hermano de una *naditum* intentaba reclamar, injustamente, la propiedad que se le había escapado de las manos.

Adjunto al gran templo de Nanna (o Sin en acadio), dios de la luna, en Ur había un edificio que en ciertos aspectos se parecía al «claustro», pero que tenía una función completamente distinta. Era el *gipar*, en el cual residían las *en* o sumas sacerdotisas de Nanna. La primera en ocupar aquel lugar, que nosotros sepamos, fue Enheduanna, hija de Sargón de Akkad, y la última la hija de Nabonido fue enviada casi 2.000 años más tarde a un *gipar* restaurado en el emplazamiento original. Otros grandes dioses, como el del sol, de Larsa, tenían sumas sacerdotisas llamadas *en*, que a veces están expresamente descritas como «esposas» del dios. Sólo una oficiaba en una ciudad en un momento determinado, pero diosas menores podían tener sacerdotisas similares que también vivían en una casa adjunta al templo. Las residencias de las sacerdotisas eran tabú, con la intención evidente de evitar que se mezclaran con hombres en circunstancias normales; la prohibición de las relaciones sexuales es el motivo por el cual, en la leyenda del nacimiento de Sargón de Akkad su madre, que era una sacerdotisa *en*, hubo de depositarlo, al igual que a Moisés, en un cesto de mimbre en el río, del cual fue rescatado por un jardinero.

En la versión del diluvio de la antigua Babilonia, el tabú se explica como un medio de limitar la natalidad, pero es virtualmente cierto que las sacerdotisas se escogían para que actuasen como pareja del dios en un acto en el que se realizaba el acoplamiento sexual y que se remonta a los primitivos ritos de fertilidad. No se sabe exactamente quién asumía el papel del dios en estos casos, aunque parece obvio que debía ser el sumo sacerdote. Se conoce un rito similar en el templo de Inanna (Istar) en Uruk, en donde el rey (o en una ocasión su hijo) era el *en* de la diosa, y en los textos del rey hay referencias a su «esposa» que dejan claro que los reyes tomaron parte personalmente en relaciones sexuales rituales en el templo, sin duda con una sacerdotisa que representase a Inanna. En este ritual el rey tomaba el papel del dios Dumuzi (Tammuz) que, de acuerdo con el mito, era humano. Cuando se extinguió la participación del rey, más o menos en la época de Hammurabi, parece que el culto a Tammuz había perdido también su categoría anterior y está prácticamente ausente de la literatura postsumeriana. Sin embargo sobrevivió, junto con la devoción a Inanna/Istar, diosa del amor y de la guerra y está estrechamente relacionado con la creencia en el «dios moribundo», conocido más al oeste como Adonis. De hecho, recientes descubrimientos han aportado un paralelismo mayor ya que sabemos, por un rito sumerio, que Dumuzi está condenado a pasar medio año en el infierno mientras su hermana lo sustituye durante la otra mitad, un tema que se repite en el mito de Deméter y Perséfone.

Aparte de estos ritos de la fertilidad, la clase sacerdotal mesopotámica carece de lo que podríamos llamar senti-

Modelo en arcilla de un hígado dividido en partes, con inscripciones para uso del adivino (Babilonia, período antiguo). Museo Británico.





Incrustaciones de conchas de Mari, muestran el sacrificio de un carnero (III Dinastía Antigua, h. 2400 a.C.). Damasco.

miento religioso, aunque es probable que sea consecuencia de nuestras fuentes de información. Los escribas del templo debían llevar las cuentas de las transacciones diarias del establecimiento y no una descripción de las emociones de los sirvientes de los dioses. Sin embargo, el sumo sacerdote actuaba primordialmente como camarero o mayordomo de la casa de la deidad. Era responsable de la administración de las propiedades y velaba para que su dios o diosa estuviese correctamente alimentado y vestido, porque una de las cosas que destaca claramente en la documentación de los templos que ha llegado a nuestras manos es que se prestaba gran atención al adorno de las imágenes del dios y de su esposa y a proveer su mesa dos veces cada día de comida u «ofrenda regular», que suponemos se redistribuía entre el personal del templo después de que los dioses se hubiesen saciado. Con frecuencia el oficio de sacerdote pasaba de padres a hijos y no hay motivos para creer que se necesitasen unas determinadas cualidades religiosas, si bien podían requerirse ciertas condiciones físicas. El sumo sacerdote de un gran templo fue, en todas las épocas, un personaje importante: en Umma e Isin, en el antiguo período dinástico el sacerdote fue también el gobernador secular de la ciudad-estado y, por otra parte, el rey de Asiria ostentó siempre el título de sumo sacerdote de Assur. La influencia potencial de la clase sacerdotal, especialmente en Babilonia, se refleja en el control que trataban de ejercer sobre ella incluso los reyes más poderosos: en el período neobabilónico los reyes no podían designar los sacerdotes, pero nombraban oficiales reales como supervisores con la intención de frenar el poder de los templos.

El personal de categoría inferior del templo forma un grupo desdibujado después de tantos años. Aparte de ciertos especialistas, como los cantores y los sacerdotes de las lamentaciones, parece que diferían poco de sus iguales de instituciones seculares. En Babilonia muchos, si no todos los puestos de menos responsabilidad, estaban abiertos a todo el mundo, ya que se podían comprar y vender como cualquier otro artículo. El oficio de «carnicero del templo» o «cervecero del templo» conllevaba una variedad de prebendas, y encontramos que en el período de la antigua Babilonia incluso los empleos más humildes, como el de «limpiador del patio» o «portero», se vendían como si fuesen acciones de una empresa. Esta práctica sobrevivió, por

no decir que floreció, hasta los tiempos de los seléucidas, en que nos enteramos que cierto Nanaya-iddin vendió su derecho al puesto de cervecero de los templos de Uruk por la doceava parte de un día, diariamente, desde el primero hasta el treinta de cada mes, por 5/6 de mina de plata en moneda de Antioquía.

Magia y adivinación. Bien separados de la plantilla de personal del templo se hallaban los miembros de dos profesiones, que nosotros podemos clasificar como sacerdotes pero que para sus contemporáneos eran unos científicos expertos: se trata de los «sacerdotes hechiceros» y los «sacerdotes adivinos». Los hechizos eran ensalmos recitados como parte del ritual mágico contra el mal; los rituales eran muy variados y se podían aplicar a casi cualquier situación. La más corriente era la presencia de enfermedades: se concebía cada una de ellas como un tipo de demonio que debía ser persuadido para que abandonase la persona enferma. Uno de los preliminares esenciales del ritual era identificar al demonio que la causaba, sin lo cual no era posible dirigirse a él. Leemos esta descripción de Lamashtu, que ataca al recién nacido: «Anum la creó, Ea la crió; Enlil decretó para ella la cara de un perro; sus manos son delgadas pero sus dedos son largos; sus pezuñas son largas y sus codos están manchados». Estas líneas pertenecen a una tradición en la cual la influencia maligna es identificada dando una «historia resumida». Una de ellas es el ensalmo del dolor de muelas que dice: «Después de que Anum creó el cielo, el cielo creó la tierra, la tierra creó los ríos, los ríos crearon los canales, los canales crearon el barro, el barro creó el gusano, el gusano se presentó ante Shamash llorando y derramó lágrimas frente a Ea: "¿Qué me darás para comer?" "Te daré higos maduros." "¿Qué me importan los higos (replica el gusano)? Yo beberé entre los dientes, ponme en las encías y consumiré la sangre de los dientes y destruiré la médula de las encías."» En ocasiones cabía la posibilidad de que el mal proviniese de un fantasma intranquilo; entonces el exorcista recitaba: «Uno que yace en el desierto sin que lo cubra la tierra, o uno que cayó de una palmera, o uno que se ahogó en su barca...».

A fin de dar validez a los conjuros el exorcista debía llevar a cabo los rituales prescritos. Se pondría un vestido especial de mago, como un sorprendente manto rojo o una prenda que cubriese su cabeza dándole aspecto de pez o de animal. En su mano podía sostener un bastón o una hoja de palmera o un báculo ritual y a veces una imagen u otro símbolo de los dioses invocados para asistir en las ceremonias. Había varios métodos simbolizando la neutralización de los malos influjos: uno de ellos identificaba la persona enferma con un animal que se mataba como substituto, sacrificando «la carne de este lechón por su carne, la sangre de este lechón por su sangre». La purificación por el fuego era especialmente eficaz y un ensalmo típico decía: «De la misma manera que esta cebolla que (el exorcista) pela y arroja al fuego nunca será plantada en un huerto, nunca echará raíces en la tierra, nunca brotará ni verá el sol y nunca será servida a la mesa de un dios o de un rey, pueda la dolencia que afecta mi cuerpo, mi carne y mis venas, ser pelada como esta cebolla y consumida por las llamas y que la maldición se aparte de mí para que yo pueda ver la luz».

No todos los hechizos se hacían para librarse de la enfermedad. Se podía recitar un conjuro para mantener apartados los malos influjos de una acción determinada, y de hecho encontramos ensalmos para tener buena suerte en un viaje, éxito en el amor, etc. Cuando se construía una casa se llevaban a cabo rituales especiales y se hacían figurillas que se creía tenían el poder de proteger contra las malas influencias o la mala suerte, y que se enterraban bajo el suelo, especialmente al lado de las puertas. Se tomaban precauciones similares, si bien más elaboradas, para la protección de un templo o palacio y la misma intención, mantener apartado el mal, se esconde detrás de los grandes animales de piedra que guardaban las puertas de los edificios públicos asirios. Aunque su tamaño es especial, estas figuras, conocidas como «genios buenos» son sólo versiones gigantes de leones y otras figuras mágicas conocidas ya en los templos sumerios y de la antigua Babilonia.

Adivinos. Con la ciencia de la adivinación o la lectura del futuro, los mesopotámicos disponían de otra arma para ahuyentar el mal. Si éste se preveía se podía evitar y, mediante la adivinación, se podían evitar por adelantado los resultados de cualquier acción que se emprendiera. Se utilizaban varias técnicas: la observación de situaciones inesperadas –acontecimientos astronómicos, nacimientos antinaturales, comportamiento animal, etc.– hacía posible la predicción del futuro, pero eran incluso de más utilidad los presagios que podían ser solicitados por el propio adivinador sobre una cuestión determinada. En esta categoría entran los que se deducían de la configuración del humo, del aceite vertido sobre agua o de flechas lanzadas al suelo –que se puede comparar con la lectura de las hojas de té actuales–, pero la técnica adivinatoria por excelencia era la extirpación: la observación de las entrañas de un carnero u otro animal. Los órganos más utilizados eran los pulmones, el corazón y el hígado y una gran parte de la profesión de adivino consistía en aprender los



El rey con gran pompa. El rey asirio Sargón (721-705 a.C.) montado en su carro complementado con toldo y sirvientes que agitan mosqueadores (relieve de Khorsabad). Louvre.

diferentes procesos de cada cual, con nombres especiales como «puerta de palacio», «camino», «llanura» o «río». No sólo de Mesopotamia, sino también de Siria, Anatolia e incluso de un lugar tan alejado como Etruria –donde la práctica quizás se derivara de la influencia anatolia– han sobrevivido figuras de órganos que muestran o bien los nombres de las distintas partes, como un diagrama tridimensional, o el aspecto del órgano de un animal determinado en una sola ocasión. Entre los testimonios escritos

de la lectura del porvenir han sobrevivido una serie de figuras de hígados de este tipo del palacio de Mari, que muestran que la práctica se hallaba ya en pleno apogeo en tiempos de Sargón y Naram-Sin de Akkad, teniendo en cuenta que los reyes eran sujetos de algunos de estos presagios.

Estos «amuletos históricos» que contienen tradiciones históricas fiables, son la minoría. En general el proceso era que, si en una ocasión determinada una señal iba seguida de un acontecimiento como una derrota militar o una sequía, se aplicaba la falacia de *post hoc ergo propter hoc* y se adivinaba una conexión entre los dos. Sobre la base de innumerables observaciones y los acontecimientos subsiguientes, los adivinos recopilaron colecciones de posibles presagios con su significado, ya fuese de ámbito público o privado: «... si el dedo (del hígado) es como la lengua de una vaca, los eunucos matarán a su rey; ... si el dedo está medio formado como la cabeza de una cabra y la parte superior está dividida, el dios personal del hombre lo abandonará por otro...». El esfuerzo que se dedicaba a recopilar todo tipo de presagios parecerá desproporcionado al hombre escéptico actual: algunas de las series de la biblioteca de Assurbanipal comprenden más de 50 grandes tablillas y los textos de predicciones predominan sobre los de cualquier otro tipo.

El procedimiento de extirpación probablemente era muy directo. El adivino se dirigía a los dioses, cuya respuesta debía leerse en el animal, con una corta plegaria. Normalmente se trataba de Adad, dios de la adivinación, y Shamash, como dios de la justicia, debía pronunciar el «sí» o «no» final a la cuestión planteada. Entonces se sacrificaba el animal y se examinaban sus entrañas; si eran favorables y el dios respondía «sí», todo estaba bien. De lo contrario, se podía repetir todo el procedimiento hasta que se consiguiese un resultado favorable. Los particulares consultarían los presagios antes de cualquier decisión importante y se esperaba que el rey también lo hiciese en cuestiones de estado. Asarhaddón consultó el futuro antes de decidir los esponsales de su hija con el rey escita, y desde Gudea a Nabonido no se construyó ningún templo sin obtener primero un presagio favorable. Igualmente estaban sujetas a confirmación las decisiones militares y hay constancia de que en cualquier gran expedición el ejército iba acompañado por un adivino. En los tiempos de la antigua Babilonia, de hecho, actuaba como general, y el gobernador del pequeño estado de Karana (Tell Al-Rimah), Aqba-hammu, era un adivino, miembro de una profesión que tiene sus orígenes en el antediluviano rey de Sippar, Enmeduranki.

El rey. La institución de la monarquía era el componente menos estático de la escena mesopotámica y, por lo tanto, es difícil describirlo con generalizaciones. Si bien es justo decir que, como en la mayor parte de épocas y lugares, el monarca era el líder de su pueblo en la guerra, la religión y las leyes, se han escrito libros sobre la índole de la realeza mesopotámica, sin haber alcanzado el consenso. De acuerdo con la filosofía de la época el éxito de un país en la dominación de otro reflejaba acontecimientos similares en la esfera de los cielos: el prólogo de Hammurabi en su código legal, afirma que «Anum, rey de los dioses y Enlil, señor del cielo y de la tierra, asignaron el gobierno de los pueblos a Marduk» –o sea, Babilonia domina Mesopotamia– y cuando el poeta sumerio lamentaba la destrucción de Akkad, lo imputaba a los pecados de Naram-Sin, que había enojado a Istar, causando que dejase la ciudad sin su protección tutelar. Los mismos principios se aplicaban al plano individual. Hammurabi atribuye la posesión de su reinado a haber sido seleccionado por Marduk, a pesar de que era hijo del rey anterior; y si un usurpador conseguía imponer su gobierno, se aceptaba que su dios personal le había favorecido con la deidad nacional, y los acontecimientos *de facto* sobre la tierra conducían a una reorganización formal del panteón. El resultado era que el derecho divino de los reyes se basaba solamente en la realidad. En una ocasión, cuando el rey de Isin dejó temporalmente vacante su trono para escapar a las consecuencias de un mal presagio y se colocó en su lugar a un substituto, el propio rey murió (nos dicen que de haber ingerido gachas calientes) y el substituto, un jardinero llamado Enlil-bani, encontrándose en el trono, permaneció en él durante 24 años (h. 1860–1837 a.C.).

Si bien el rey gozaba del favor de los dioses, debía cumplir con sus obligaciones hacia ellos y hacia su rebaño; con frecuencia se le llama el «pastor» de su pueblo. Su obligación principal era el servicio del dios nacional o de la ciudad. En Assur el propio rey era sumo sacerdote; fue coronado rey en el templo de Assur con un elaborado ritual durante el cual los altos dignatarios del estado depositaron ante él sus bastones de mando y después de una campaña militar se dirigió a Assur una carta o informe largo para darle cuenta del resultado. Cuando se produjo una desastrosa sequía fue el propio rey quien escribió a todos sus gobernadores para organizar lamentaciones públicas y rogativas de lluvia a Adad, dios de la tempestad. En Babilonia los deberes religiosos del rey eran más estrictos todavía. Ningún rey de Babilonia era reconocido hasta que hubiese «estrechado las manos de Bel (= Marduk)» en una ceremonia anual que formaba parte de las celebraciones del año nuevo en el templo de Marduk. Estas celebra-

ciones eran también la ocasión de recitar la «Epopeya de la Creación», un poema en loor de Marduk que incorporaba el mito de su victoria sobre Tiamat, la figura de un dragón que personificaba las fuerzas del mal. De todos los graves cargos que se atribuyeron contra Nabonido, el enigmático último rey de Babilonia, los principales fueron que había elevado a Sin, dios de la luna, por encima del dios nacional Marduk y que, por su ausencia en Arabia, durante diez años no había «estrechado las manos de Bel», por lo que había privado a la tierra de su principal festival religioso.

Cualquiera que fuese el carácter final del festival del año nuevo en Babilonia debió originarse en un rito tradicional que se remontaba a los primeros tiempos de la ciudad, cuando incluso las ciudades más pequeñas de Sumer y Akkad alardeaban de su panteón propio y con frecuencia también de dinastía local. Tanto si estos gobernantes eran inequívocamente «sacerdotes-reyes» como los *en* de Inanna en Uruk, incluyendo Gilgamesh y Enmerkar, como si ostentaban títulos menos exclusivamente religiosos como *ensi*, podemos estar seguros de que su relación con el dios de la ciudad se encaminaba más a la continuación de la fertilidad y la prosperidad dentro del estado que a la victoria de los ejércitos en el campo de batalla. El ideal militar ocupó un lugar preeminente bajo el imperio acadio, cuando el rey (*lugal*) –un título secular y, por lo tanto, sin connotaciones religiosas– hizo lo que pudo para suprimir las dinastías locales y, o bien asumió o negligió sus funciones religiosas. Es imposible decir si hubo alguna conexión con las afirmaciones de divinidad aparentemente hechas por ciertos reyes, entre los que destacan Naram-Sin y Shulgi; podría ser sólo el resultado de un desmesurado orgullo personal o de alguna función específicamente religiosa, pero en cualquier caso el concepto de rey como un dios, nunca enraizó profundamente en Mesopotamia y, aunque se ha debatido, sigue siendo un enigma.

«Rey de justicia». En la esencia del gobierno el rey era, inevitablemente, el origen de la justicia. Muchos proclaman en sus inscripciones ser «rey de justicia» y el punto de vista habitual se expresa en la primera línea de un panfleto político posterior (h. 700 a.C.) que declara, en la redacción de un texto de predicciones, que «si un rey no imparte justicia, su pueblo será diseminado y su tierra devastada». Naturalmente, el rey no podía atender todos los casos; incluso en un famoso juicio por asesinato llevado ante él en los tiempos de la antigua Babilonia, delega la decisión en la Asamblea de Nipur. Teniendo en cuenta que las instituciones locales generalmente eran vitales, la mayor parte de los casos se podían resolver por el «alcalde» y los ancianos en los pueblos o barrios de una ciudad. Si no se alcanzaba un resultado satisfactorio, el caso podía ser considerado por los jueces reales, por otros oficiales, o por una asamblea ciudadana. Sin embargo, incluso en los días del imperio asirio un ciudadano podía ponerse de pie en la asamblea y apelar directamente al rey –«al césar»– y la correspondencia real nos muestra que estos casos ocurrían.

El papel del rey como juez principal se racionalizaba debidamente en términos religiosos, considerándolo agente de, y responsable hacia, el dios del sol Shamash, quien, con su ojo que lo veía todo, era también dios de la justicia. Sin embargo, en la realidad, el ejercicio de la justicia por el rey se sentía más como una obligación social que religiosa. En Babilonia y en Asiria la monarquía heredaba unos fuertes vínculos con el pasado nómada, en que el jeque era accesible a todos los miembros de la tribu y se esperaba que actuase como un árbitro imparcial. Hammurabi anuncia que le fue dada la corona para que «brillase la justicia en la tierra, para desterrar el mal y la deshonestidad y para que el fuerte no oprimiese al débil». De hecho, parece que con frecuencia se sacrificaban los principios estrictamente comerciales al ideal de la justicia social.

En una tradición que se remonta, como mínimo, hasta Entemena de Lagash (h. 2400 a.C.), el rey proclamaba periódicamente una amnistía de deudas comerciales permitiendo a los prisioneros esclavos de deudas, volver a sus casas como hombres libres. Este tipo de *seisachtheia* persistió hasta los últimos días del imperio asirio y en los tiempos de la antigua Babilonia, cuando era menos corriente la esclavitud por deudas, se extendió a la cancelación de todas las obligaciones financieras, incluyendo deudas a la propia administración real («el palacio») y atrasos en los impuestos. Recientemente se ha descubierto una súplica de aquella época al rey, que revela incluso detalles del procedimiento. Su autor escribe: «Cuando mi señor el rey levantó la antorcha dorada por la ciudad de Sippar y, por lo tanto, entró en vigor la amnistía por el dios Shamash que lo ama... el juez examinó los casos de los ciudadanos de Sippar y leyó las tablillas de compra de terrenos, casas y huertos y se cuidó de que las tablillas que habían quedado anuladas y no vigentes por el edicto fuesen destruidas, pero yo llevé las mías ante la Asamblea y fueron examinadas, pasadas y selladas por los oficiales». Pero algo se escapó, por lo que sus tablillas fueron después destruidas junto con sus derechos, por lo que el autor concluye: «Que el señor mi rey juzgue por mí en el caso de la destrucción de las tablillas sin el permiso de los jueces o del hombre implicado y por lo tanto que todo Sippar vea que mi señor no permite que el débil se someta al fuerte».

Otro procedimiento por el que los reyes intentaban evitar la explotación económica de los pobres, era la fijación de los precios. Un rey de Eshnunna (Tell Asmar) fijó el precio del grano, aceite, manteca, betún, lana, sal, cobre así como el alquiler de barcas, carros y animales y los salarios agrícolas. A veces esto se hacía promulgándolo por separado, pero en esta ocasión la lista de precios se incorporó a un código legal. El deber del rey de promover la justicia se llevaba a cabo tanto por estas medidas de estabilidad económica como por las leyes civiles y criminales que constituyen la mayor parte, tanto de las de Eshnunna como del código más extenso de Hammurabi. Es característico que Ur-Nammu, fundador de la III Dinastía Ur y autor del código legal más antiguo que se conoce, se sintiese orgulloso, tal como leemos en el propio prólogo, de sus esfuerzos por restaurar el comercio marítimo con el golfo Pérsico y por tener medidas de peso estandarizadas en sus dominios. De hecho, el código de Hammurabi se escribió después de que su reinado hubiese alcanzado su mayor extensión, y parece claro que uno de los mayores incentivos para componer un código legal nuevo –cosa no muy frecuente– fue la necesidad administrativa de imponer uniformidad en todos los territorios recién conquistados.

«Gran rey, rey del mundo.» Si hasta ahora nos hemos concentrado en las relaciones religiosas y judiciales entre el rey y su pueblo, es porque fueron relativamente constantes a lo largo del período histórico. Sin embargo, parece que la posición del rey, como gobernante autócrata, se hizo cada vez más extrema a medida que pasaba el tiempo y crecía la extensión de sus dominios. Tradicionalmente, la idea del monarca como líder militar estaba representada por la figura casi legendaria de Sargón de Akkad y no es por casualidad que Sargón de Asiria adoptase el mismo nombre, aunque durante el primer milenio a.C. los reyes asirios en particular se acercasen más al tipo de despotismo oriental, tan aborrecido por los griegos. En los grandes palacios de Nínive y Babilonia el rey se hallaba cada vez más aislado de sus súbditos, rodeado como estaba por cortesanos y eunucos, que también controlaban el, con frecuencia, extenso harén. Las cartas muestran que, como mínimo, algunos de los reyes eran muy activos en la administración diaria de su imperio pero, por pura necesidad, el volumen principal del trabajo de gobierno estaba manejado por un servicio civil eficiente, basado en una pirámide de oficiales, desde gobernador provincial hacia abajo. Como salvaguarda contra las omnipresentes tentaciones situadas en el camino de los gobernantes, el monarca mantenía también una red de sus propios agentes, precursores de los «ojos del rey» persas, a quien informaban directamente de cualquier signo de desafección o intriga. Un eficiente sistema de «caminos reales» facilitaba el control de las enormes zonas afectadas y muchas de las técnicas administrativas que se desarrollaron durante este primer «imperio mundial» pasaron sin duda a los persas y, quizás, más lejos todavía.

Los reyes asirios dejaron profundamente impresionada en el recuerdo de sus contemporáneos la idea de que eran «lobos bajando al aprisco», lo cual no es una imagen completamente falsa. El ejército asirio era la máquina de luchar más eficiente que el mundo haya conocido y, si bien no estaban más sedientos de sangre que la mayoría de sus oponentes, los asirios glorificaban el arte de la guerra y de la caza con detalles sangrientos, ya fuese en palabras o en imágenes. Las fuerzas de choque del ejército eran los carros tirados por caballos, y los informes administrativos de Kalah y Nínive son testimonio de los incesantes esfuerzos por conservar las fuerzas de caballos y carros. Sin embargo, sin hombres no se podía hacer nada y los aurigas y los caballeros eran auténticos asirios que servían en el ejército en cumplimiento de su «servicio nacional», al cual sus familias estaban originalmente ligadas por la propiedad de la tierra.

En circunstancias excepcionales –como cuando Salmanasar III reunió 120.000 hombres para marchar sobre Damasco– se llamaba a filas a todos los hombres capaces de luchar, pero esto perturbaba seriamente la agricultura en la que se basaba la economía asiria y con el transcurso del tiempo se reclutó una fuerza de «auxiliares» profesionales entre ciertas tribus arameas no agrícolas que se organizó como infantería y que se ocupaba de la vigilancia de las fronteras y de pequeños brotes de conflictos. Sin embargo, para grandes campañas, se reclutaban carros y caballería hacia principios de verano para que se reuniesen en uno de los grandes palacios construidos con este fin y con frecuencia el propio rey encabezaría personalmente sus tropas, acompañado por sus estandartes de batalla y por su guardia personal «que no se apartaba de su lado ni en la paz ni en la guerra». Era como comandante de su ejército que el rey se encontraba más a gusto. Se esperaba que demostrase su valor personal y los epítetos laudatorios de las inscripciones reales ponían el acento en su valor y en el miedo que inspiraba a sus enemigos. Esto está representado en miniatura en el propio sello real que muestra al rey enfrentándose personalmente a un león, hasta hoy el rey de los animales.

La escritura y los sellos

El sistema de escritura cuneiforme es al mismo tiempo el centro de la civilización mesopotámica y su influencia más destacada en el mundo circundante. Se puede seguir su origen hasta los años 3100 a.C. en que se encuentran en Uruk tablas de arcilla con pictografías y números. Paulatinamente se simplificaron los signos, que tomaron forma de cuña (de ahí «cuneiforme») y que se impresionaban con el extremo de un palo sobre arcilla húmeda. El sistema fue adoptado por Elam y Siria y más tarde utilizado para escribir en hitita, hurrita, urartita, etc. También se inventaron alfabetos cuneiformes para escribir en ugarítico y persa antiguo.

Una de las ventajas de la escritura sobre arcilla es que podía utilizarse como lacre en donde quedase impresionado un sello y, de hecho, la identificación de mercancías con sellos de arcilla pudo ser anterior a la escritura. Herodoto nos dice que los babilonios los llevaban constantemente consigo y que para autentificar un documento bastaba imprimir un sello sobre una tabla de arcilla húmeda o un sobre ante testigos. Con el tiempo, el sistema más simple de escritura alfabética aramea superó a la cuneiforme y las tablas de cera o rollos substituyeron a la arcilla. El último texto cuneiforme conocido se remonta al siglo I a.C.







THE EVOLUTION OF THE CUNEIFORM SIGNS

PICTOGRAMS ÚRUK UPRIGHT	c. 3100 B.C. TURNED 90° TO LEFT	JEMDET NASR c. 2800 B.C.	'CLASSICAL' SUMERIAN c. 2400 B.C. LINEAR	CUNEIFORM	OLD-AKKADIAN c. 2200 B.C.	OLD-ASSYRIAN c. 1900 B.C.	OLD-BABYLONIAN c. 1700 B.C.	NEO-ASSYRIAN c. 700 B.C.	NEO-BABYLONIAN c. 600 B.C.	PICTURE	MEANING
										NECK + HEAD	HEAD FRONT
										NECK+HEAD + BEARD or TEETH	MOUTH NOSE TOOTH VOICE SPEAK WORD
										SHROUDED BODY (?)	MAN
										SITTING BIRD	BIRD
										BULL'S HEAD	OX
										STAR	SKY HEAVEN-GOD GOD
										STREAM OF WATER	WATER SEED FATHER SON
										LAND-PLOT + TREES	ORCHARD GREENERY TO GROW TO WRITE

Desarrollo de la escritura cuneiforme
Arriba: Una de las bellas tablillas de la biblioteca asiria encontradas en Koyunjik por Layard. Es un «texto de léxico» con términos y frases legales en sumerio (en la columna de la izquierda) y a la derecha la traducción al acadio. Al pie de la columna izquierda está el colofón (o título). Siglo VIII a.C. Museo Británico.
Página anterior: Dos tablillas matemáticas del nivel de la antigua Babilonia, de Tell Harmal y Tell Dhibai (h. 1850 a.C.). La de la izquierda es un ejercicio para el aspirante a agrimensor basado en el triángulo rectángulo «pitagórico», con lados 45:60:75 (o sea, 3:4:5) y que depende para su solución del principio euclidiano por el que: «Si se traza una perpendicular desde el ángulo recto a la hipotenusa de un triángulo rectángulo, los triángulos de cada lado son iguales entre sí y a todo el triángulo». Bagdad.
Arriba, derecha: Antigua tablilla administrativa de Jamdat Nasr (h. 2900 a.C.) en que se relacionan áreas de tierras y cosechas. Se muestra comenzando el texto arriba, a la izquierda, pero en aquella época posiblemente se girase la tablilla 90 grados en el sentido de las agujas del reloj y se leyese desde la parte superior derecha. Museo Británico.
Abajo, derecha: Esta tabla muestra cómo evolucionaron algunos signos cuneiformes desde los grabados originales con dibujos reconocibles de objetos, hasta los grupos formalizados de trazos impresos en los últimos años. Véase cómo al principio del proceso los pictogramas están inclinados sobre un lado.







Sellos y sellado
Arriba, izquierda: Después de 2.000 años en los que dominó el sello cilíndrico, volvieron a Mesopotamia durante los siglos VIII y VII a.C. los cuños. Esta impresión en la arcilla, que data del 716 a.C. lo estampilló un oficial asirio con su gran sello elíptico (de 3,5 cm de ancho) en el que se ve al rey frente a Adad, montado sobre un toro y a Istar sobre un león. La inscripción cuneiforme indica el envío de 35 corderos. Del palacio noroeste de Nimrod.
Arriba: A fin de autentificar un documento legal y evitar posibles alteraciones fraudulentas, la tablilla se metería en un «sobre» de arcilla sellado, que con frecuencia contenía una copia del texto. Este contrato de venta de terrenos de Uruk lleva los sellos de los testigos en el lado del sobre (que aquí se ha separado de la tablilla interior) y data del reinado de Samsuiluna (h. 1750 a.C.). Museo Británico.
Izquierda: Cuatro cuños característicos del período de Jamdat Nasr, con sus impresiones (h. 2900 a.C.). Bagdad.
Página siguiente: Si bien arquitectos y agrimensores utilizaron tablillas de arcilla no disponemos –cosa nada sorprendente– de ejemplos convincentes de cartografía mesopotámica. Este mapa del mundo intentaba ilustrar un tratado mitológico más bien abstruso y señala el «mar salado» con un círculo, por encima de él un área «donde no se ve el sol»; dentro del círculo hay un arco titulado «montañas», debajo de él, la caja rectangular es «Babilonia» con un pequeño círculo señalado como «Asiria» justo a su derecha; al sur de todo tenemos «Bit-Iakin» y «los pantanos». (Neobabilonio.) Museo Británico.


82
7-14
509
92687





Izquierda: Cuatro sellos cilíndricos antiguos: los dos del centro son gruesos, con los dibujos típicos del período Jamdat Nasr; encima y debajo, sellos más finos del estilo «brocado» (h. 2800 a.C.). Bagdad. *Abajo:* Cuatro sellos de la antigua dinastía con sus impresiones: escenas de lucha de animales furiosos. Bagdad.

Arriba: A pesar de su escala diminuta el grabador podía conseguir auténticas obras maestras. En este sello asirio se readopta un motivo de 1.000 años antes: el héroe levanta por encima de su cabeza el león abatido. Véase cómo se han destacado sus garras. Sabemos por la inscripción que el sello se dedicó a Nabu. Museo Británico.

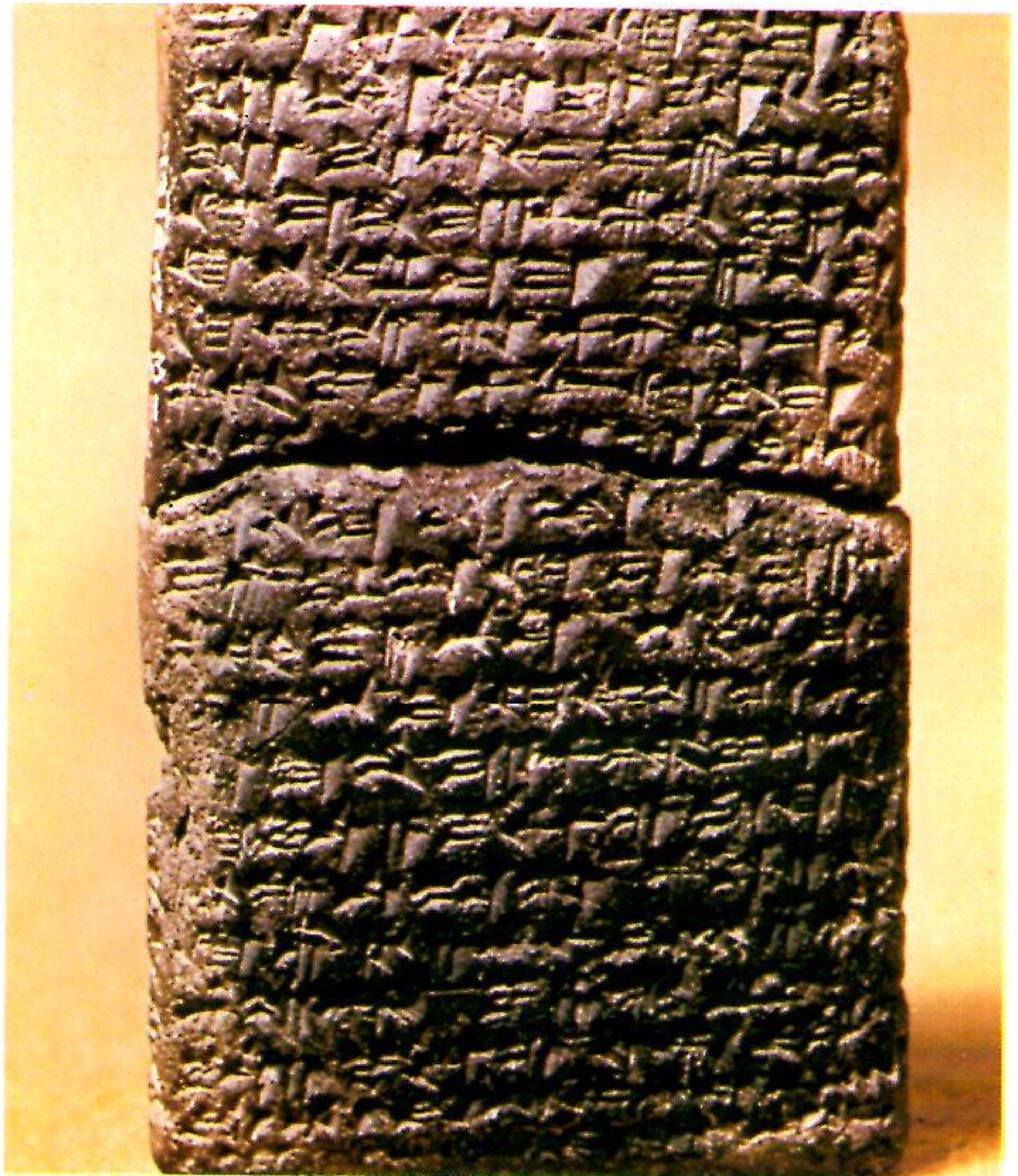


La escritura cuneiforme en el oeste

Derecha: Este tratado entre Idrimi, rey de Alalakh y un tal Pillia, de Kizzuwadna, estipula la extradición de esclavos fugitivos de ambos países (encontrado en Alalakh, Tell Açana en Orontes; h. 1480 a.C.). Museo Británico.

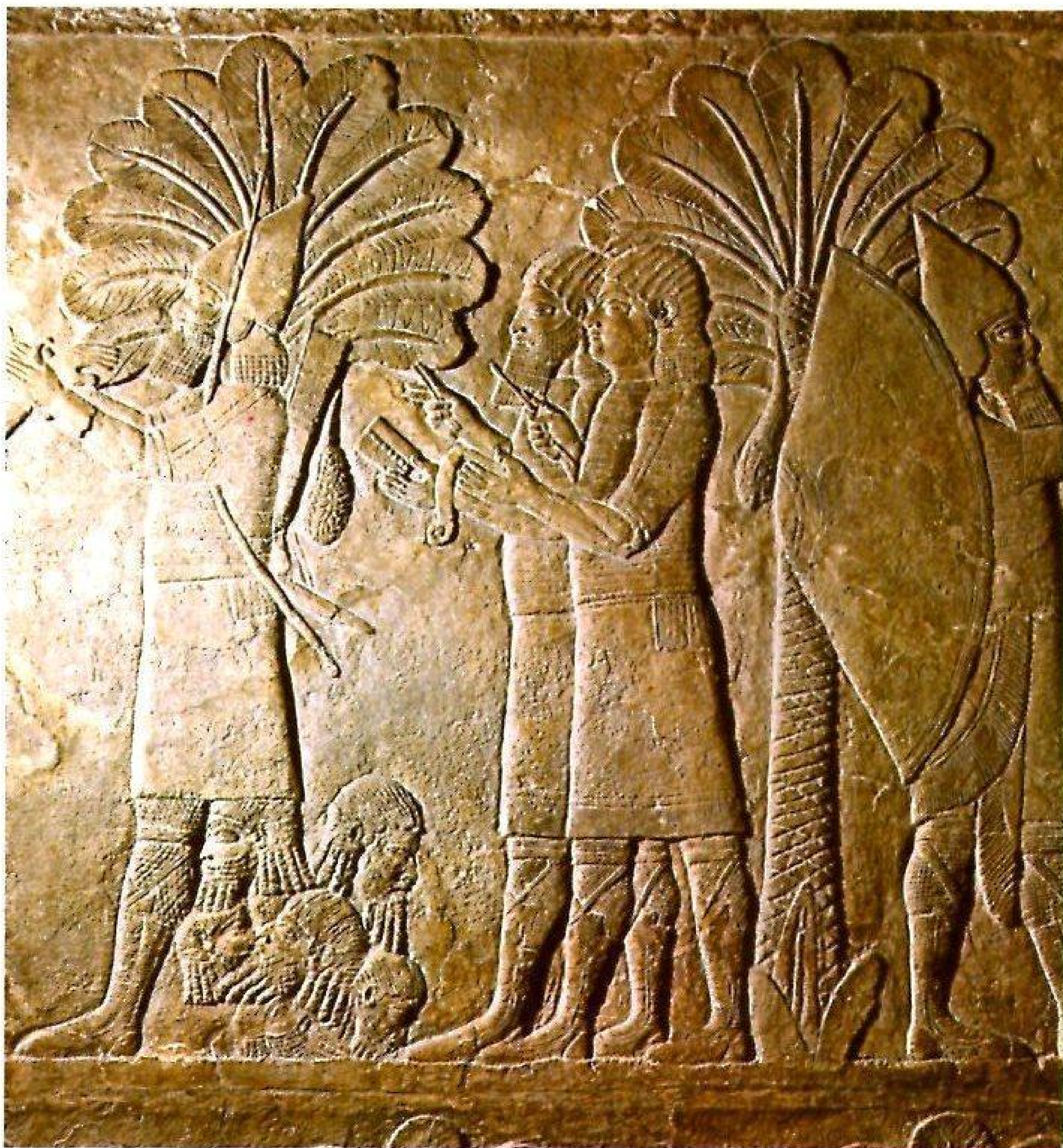
Abajo, derecha: Esta tablilla, que es claramente no mesopotámica con el sello impreso en el centro, es un tratado entre Ugarit y el rey de Carchemish, regulando las acciones que debían tomarse si un mercader de un país fuese asesinado en el otro, especificando la compensación. El sello es de Ini-Techup y su nombre consta tanto en cuneiforme como en «jeroglífico hitita», así como el nombre de su padre, Shahurunuwa, hijo de Sharri-kusukh. (Del palacio de Ugarit, h. 1250 a.C.) Damasco.

Abajo: Hasta ahora la escritura cuneiforme en el oeste se encontraba en la colonia asiria de Kanesh (h. 1850) seguida de Alalakh y Bogazköy. Ahora se remonta hasta los tiempos de Sargón de Akkad: aquí, en Tell Mardikh (antigua Ebla), al sur de Alepo, se encuentran grandes tablillas de léxico cuadradas y otras más pequeñas con informes económicos, que cayeron de las estanterías de madera colocadas en las paredes de la sala de archivos. Ahora, las más de 15.000 tablillas encontradas por el profesor Matthiae de la Universidad de Roma en 1975 prometen facilitarnos un nuevo capítulo de la historia del Oriente Próximo.









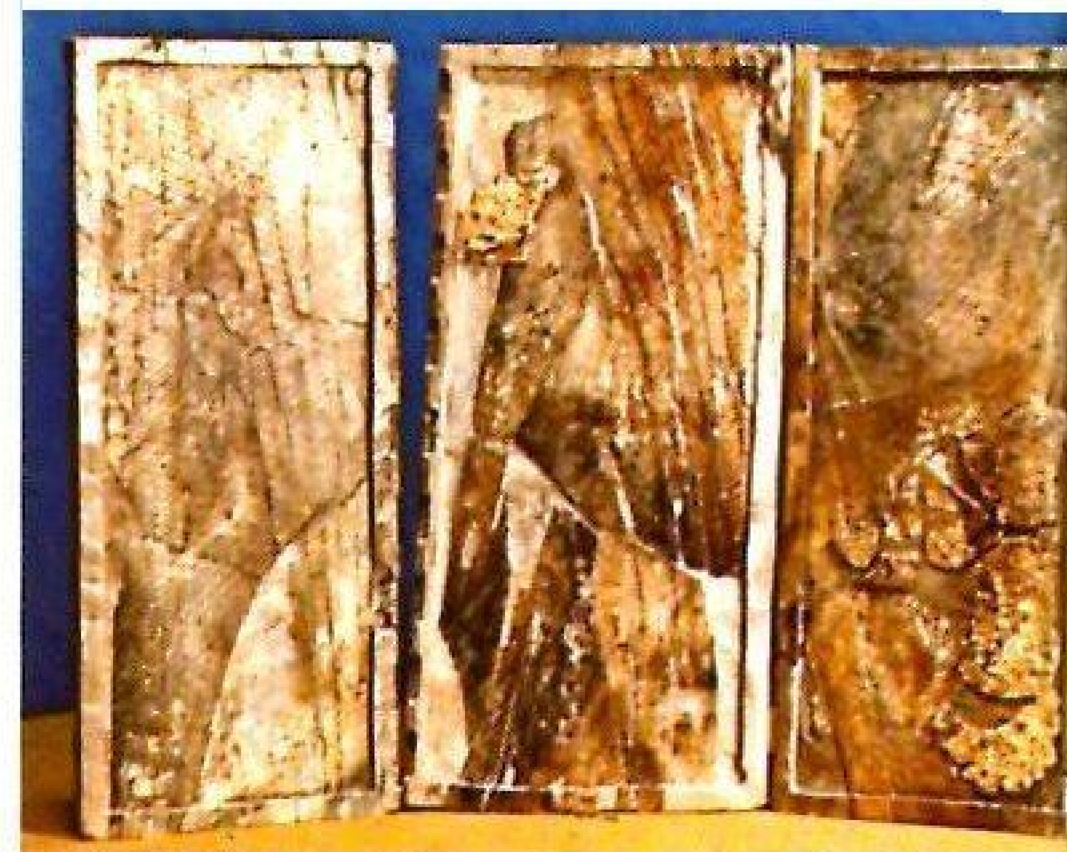
Nuevas escrituras y métodos

Izquierda: La complejidad de la escritura cuneiforme cedió rápidamente ante la nueva escritura alfabética del oeste, y a partir de Tiglath-pileser III incluso la administración real asiria utilizó ambas. Aquí, los escribas anotan los caídos y el botín de una de las campañas de Senaquerib de Babilonia; uno de ellos sostiene la tablilla con el fijasellos para cuneiforme y el otro tiene un rollo en el que escribe con pluma y tinta. Museo Británico.



Abajo, izquierda: Bar-rakib, rey del estado arameo de Sam'al, está sentado ante su escriba, que lleva bajo el brazo un plumier y una tabla de escritura. Bar-rakib, cuya inscripción en arameo aparece arriba, era vasallo de Tiglath-pileser III y «corría al lado de la rueda de su carro» (h. 730 a.C.). Vorderasiatisches Museum. Berlín.

Abajo: Uno de los más inesperados hallazgos de Nimrod fue una serie de 16 tablillas de escribir de marfil en un pozo del palacio del noroeste, en donde también se encontraron por primera vez fragmentos de las más usuales tablillas de escribir de madera que todavía tenían restos de cera y que utilizaban los escribas. Esta edición de lujo, cuyos fijasellos podrían muy bien haber sido de oro, lleva una inscripción incisa en la cubierta exterior que nos dice que «Sargón tenía las series (de presagios astronómicos llamados) *Enuma Anu Enlil* inscritos en una tablilla de marfil y depositados en su palacio de Dur-Sharrukin». Se ha rascado el interior de los paneles para facilitar la adherencia de la cera (33 × 15 cm cada una aprox.). Museo Británico.



Capítulo segundo: El redescubrimiento de la antigua Mesopotamia



Vista de Birs Nimrod (cara oeste), por sir Robert Ker Porter, pintado en la década de 1830, cuando se creía que era la «Torre de Babel». British Library.

Cuando occidente comenzó a preocuparse por primera vez por las antiguas tierras de Asiria y Babilonia, que se sabía que debían hallarse entre los grandes ríos bíblicos Tigris y Éufrates, la primera impresión fue de desolación. Aunque la tierra era potencialmente fértil y, por lo tanto, capaz de sostener una agricultura intensiva y una densa población, como había ocurrido en la antigüedad, el aspecto de esta provincia deprimida del decadente imperio otomano parecía responder en todo detalle a las amenazas fulminadas por los profetas bíblicos que habían presagiado para Nínive que su pueblo sería «diseminado por montañas sin que nadie los reuniera», y para Babilonia que se convertiría en «un montón de escombros» y que «sus ciudades son una ruina, una tierra reseca y un desierto, una tierra en la que no viviría hombre alguno». Incluso hoy, a cualquier visitante de Irak le sobrecoge esta desolación que se cierne sobre la mayor de las ciudades antiguas y –como tantas otras cosas– el contraste con otras civilizaciones fue mejor expresado por A. H. Layard, que escribió:

«La grácil columna que se eleva por encima del espeso follaje de arrayanes, encinas y adelfas; las gradas del anfiteatro que cubren una suave ladera, dominando las aguas profundamente azules de una bahía que parece un lago; la cornisa o capitel ricamente labrado medio escondida por la vegetación lujuriosa; han sido reemplazadas por grandes montones informes, que se elevan como una colina por encima de la llanura abrasada, los fragmentos de cerámica y la asombrosa masa de ladrillos ocasionalmente puestos al descubierto por las lluvias invernales... La escena alrededor es digna de la ruina que contempla; la desolación encuentra desolación: un sentimiento de pavor y respeto sigue a la sorpresa; porque no hay nada que consuele la mente, que sugiera esperanza o que explique lo que ha ocurrido. Estos grandes montones de Asiria me produjeron una gran impresión y dieron paso a los pensamientos más profundos, a reflexiones más serias que los templos de Balbec y los teatros de Ionia.»

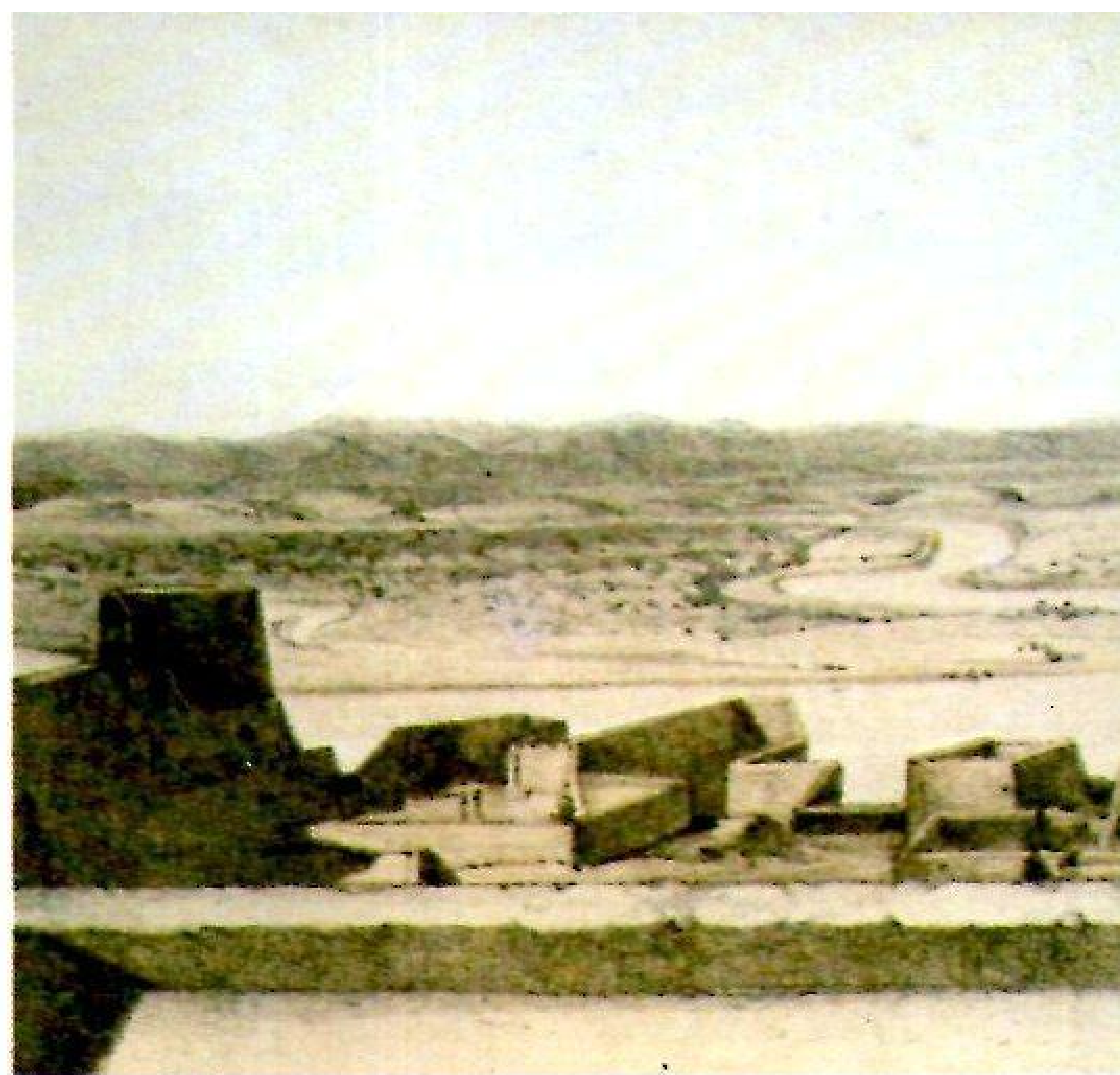
Setenta y cinco años más tarde, R. C. Thompson hacía una descripción igualmente verídica de Eridu, un típico enclave sumerio:

«El aspecto general del desierto es el de una masa llana y baja de tierra marrón, con laderas escarpadas que se

elevan unos cuarenta pies, la cresta aparentemente una llanura ininterrumpida, excepto en el norte en donde se hallan los restos de un elevado zigurat, ahora hecho pedazos por las lluvias hasta formar un pico agudo... Pero cuando uno se acerca al montículo ve los quebrados bloques de piedra caliza y piedra arenisca que todavía sostienen sus lados, desparramados en desorden. El propio montículo se ha convertido prácticamente en un pantano; el interior, formado principalmente por edificios de ladrillos sin cocer, se ha convertido en arcilla informe con las lluvias torrenciales que caen durante el invierno. La torre del templo... ha dirigido las aguas caídas por la ladera, que han perforado con facilidad canales tanto en la masa de ladrillos desintegrados de las casas del montículo como en las arenas arrastradas por el viento, que se han depositado en cada grieta y en casi cada pared... Hasta donde el ojo puede percibir, del zigurat no queda sino una impresionante soledad...»

Si bien las abatidas extensiones de ruinas que fueran en tiempos ciudades sumerias florecientes, como Ur o Warka, con su escenario de sal y arena depositado en ellas por los cambiantes cursos de agua, tienen una aridez distinta de los «enormes montículos de Asiria» llenos de maleza, los lugares del norte y del sur del país tienen en común que son el resultado de acumulaciones gigantes de ladrillo sin cocer, inseparable de la escena de Mesopotamia. Babilonia y las anteriores capitales del sur están situadas sobre tierras de aluvión, lejos de cualquier cantera de piedra para la construcción, e incluso la piedra de Asiria se reservaba generalmente para decorar fachadas y para casos determinados como un muelle, si se deseaba combatir la erosión del agua. Cualquier otra cosa, incluidos los palacios de los reyes y los templos de los dioses, se construía con el barato y omnipresente adobe. Evidentemente, los ladrillos se podían cocer y con frecuencia se hacía con propósitos determinados, pero el combustible necesario era un lujo caro incluso si Nabucodonosor de Babilonia hubiera confiado en la inmortalidad de sus construcciones por la prodigiosa cantidad de ladrillos cocidos preparados para sus fortificaciones y palacios, irónicamente la soberbia calidad de sus ladrillos traicionaron sus propósitos ya que sirvieron a las generaciones posteriores de cantera asequible en donde obtener el mejor material de construcción de todo el país.

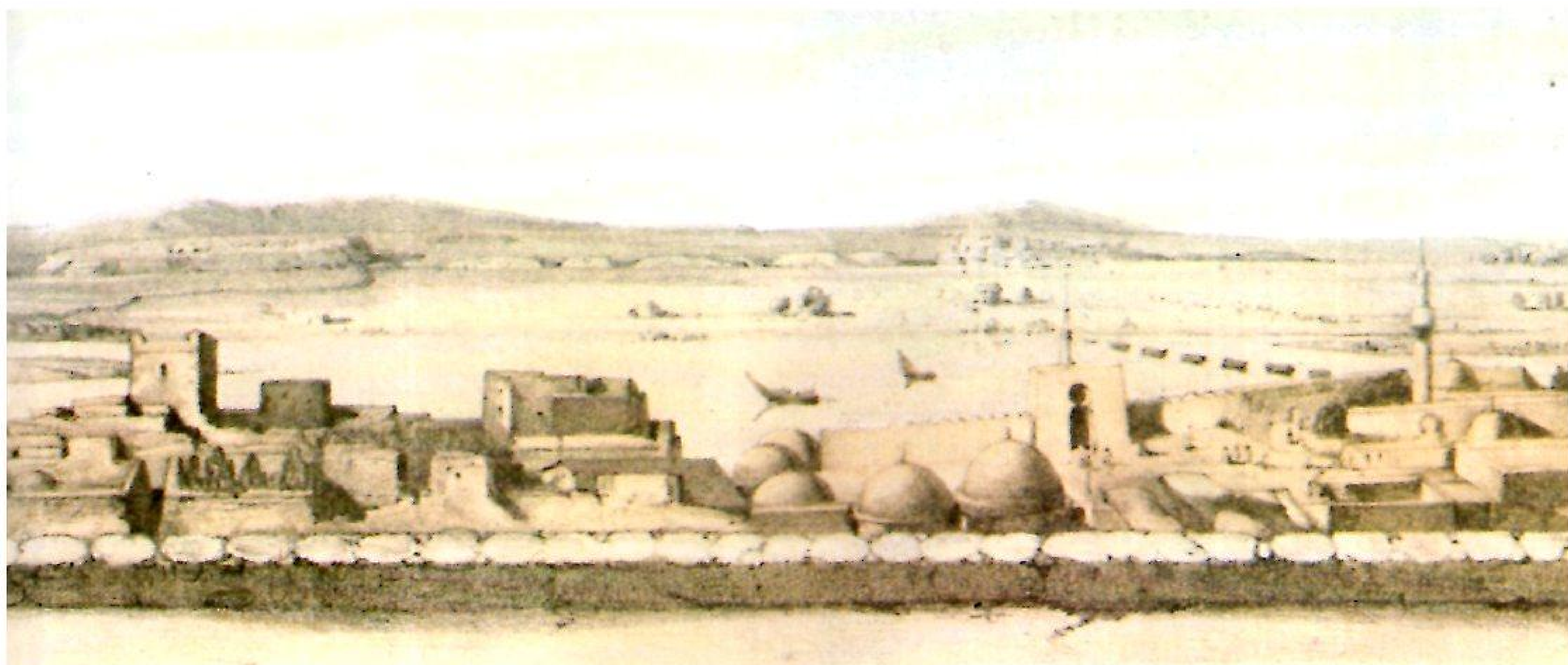
Sin embargo, el humilde adobe poseía ciertas ventajas, aparte de su baratura. Es versátil y puede moldearse o remoldearse fácilmente para adecuarlo a una necesidad determinada y es un poderoso aislante: las paredes de ladrillo sin cocer y los techos de cañas y barro aislaban del calor del verano y del intenso frío del invierno, lo cual no deja



Vista de Ker Porter de las montañas de Nínive. British Library.

de ser importante en el clima mesopotámico. Las temperaturas extremas y las lluvias torrenciales pronto comenzaban a desmoronar las paredes de las casas e incluso si se remozaban con cuidado anualmente, era corriente que este tipo de arquitectura se renovase a intervalos frecuentes. Era tan barato fabricar un nuevo material, que se derribaban las viejas paredes que pasaban a formar la base de una nueva casa o, de lo contrario, la familia se trasladaba a otra parte de la ciudad, dejando la casa abandonada a merced de los elementos. De cualquier manera, cada nuevo edificio incrementaba la acumulación de sucesivas capas de derribos, por lo que el asentamiento se transformaba en un montículo, cuyo volumen está determinado por la extensión y longevidad de su ocupación.

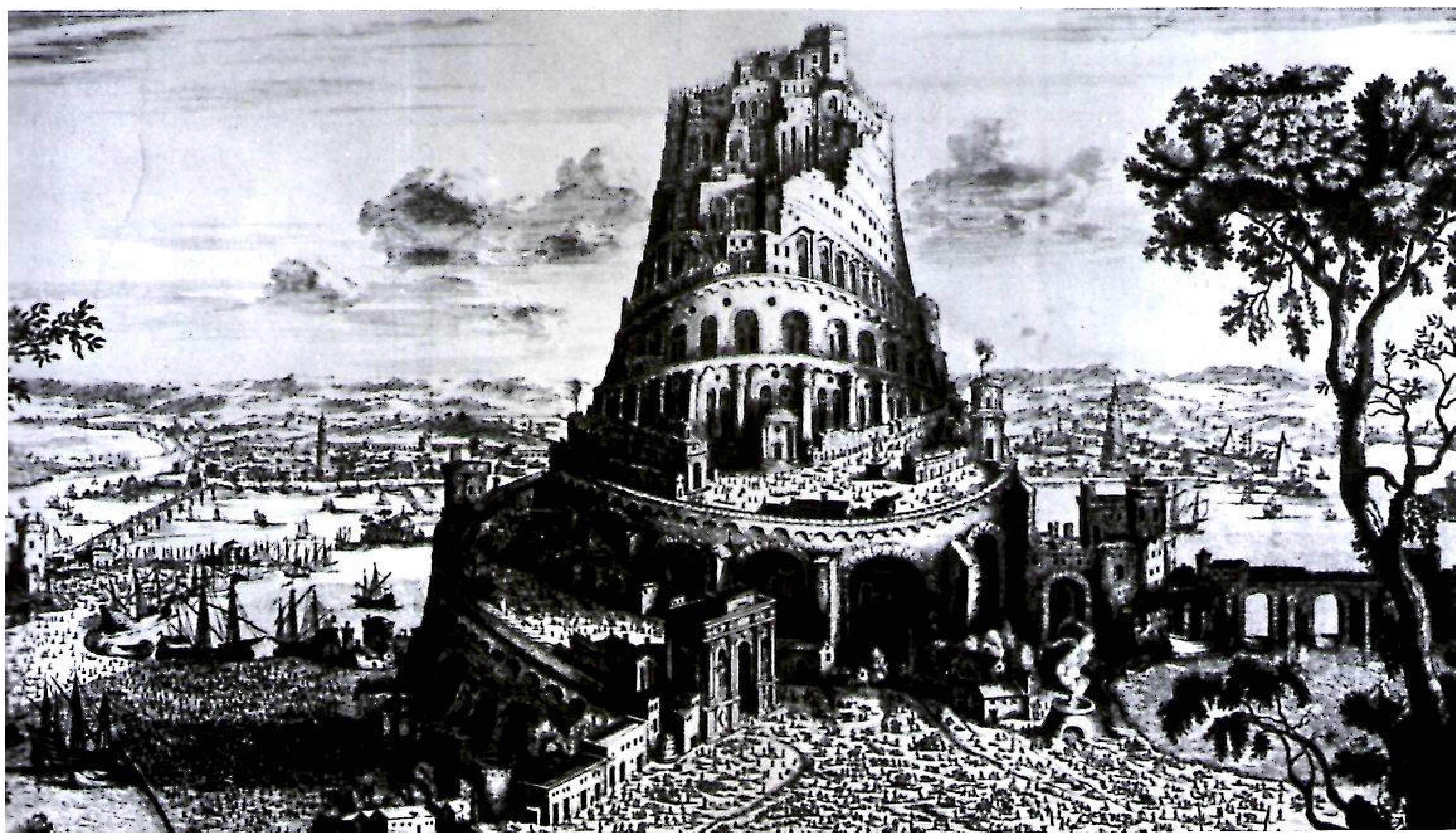
Ciudades de la Biblia. Cuando los europeos comenzaron a especular sobre la posible ubicación de las grandes ciudades bíblicas como Nínive y Babilonia, era natural que su atención fuese atraída en primer lugar por las enormes torres de ladrillos que todavía podían verse en la región de Bagdad y eran mucho más impresionantes que los montículos bajos, sembrados de cerámica, que apenas se diferenciaban entre sí. Destacaban dos torres en particular: el zigurat de Aqar Quf, muy cerca de Bagdad, se distinguía principalmente por su altura pero la otra, llamada Birs Nimrod sobresalía por los extraordinarios bloques de ladrillo vitrificado desparramado al pie de la torre, que daba fe de un calor inmensamente intenso que incluso hoy es difícil de explicar. No es sorprendente, por tanto, que se creyera que este impresionante monumento «representase una torre semejante, que atrajo la venganza divina y fue destruida, según la tradición universal, por el fuego del cielo». En otras palabras, la Torre de Babel.



Ciertamente había buenas razones para tal error: aparte de la Biblia, la principal fuente de información de que disponían los estudiosos de principios del siglo XIX eran sólo fragmentos escritos por historiadores griegos, como Herodoto, Estrabón o Diodoro Sículo y, si bien describían Babilonia a su manera, la precisión de sus varios relatos y en especial las dimensiones atribuidas a la gran capital, permiten una considerable amplitud de interpretación. Y fue así como un diletante inglés llamado J. S. Buckingham, que visitó las ruinas de Babilonia en 1816, pudo aportar argumentos de peso que demuestran que la torre de Birs Nimrod (perteneciente al templo de Nabu en Borsippa) era, de hecho, el «Templo de Belus» descrito por los clásicos y que la antigua ciudad se extendía no sólo desde allí hasta los grandes montes que sí que pertenecieron a Babilonia, una distancia de unas 10 millas, sino hasta una distancia equivalente más allá del zigurat de Oheimir. Éste fue proclamado como una de las torres orientales del gran muro fortificado, una muralla de la cual cuenta Herodoto que tenía 120 estadios de largo a cada lado y que por encima había espacio para que pasase un carro tirado por cuatro caballos. De hecho, ahora se sabe que Oheimir pertenecía a otra ciudad completamente separada y más antigua, la de Kish.

En sus observaciones, Buckingham –que a través de sus

La concepción medieval de la «Torre de Babel» se refleja en este grabado del siglo XVII, por Olfert Dapper (1636-1689).





escritos se nos aparece con un carácter claramente impetuoso– habría hecho bien en seguir más de cerca los pasos de su anfitrión en Bagdad, el prodigioso Claudio Rich, cuyos éxitos pueden equipararse sólo con su promesa incumplida. En el momento de la visita de Buckingham, Rich estaba firmemente establecido como delegado de la compañía East India en Bagdad, cargo que ocupó durante nueve años, desde 1807, cuando él tenía 21. Mientras se hacía rápidamente famoso por su dominio de las lenguas del Oriente Próximo y por una fuerte dosis de autocontrol que lo mantuvo en buenas relaciones con las autoridades locales, encontró tiempo para prestar un vivo interés a las antigüedades del país. Además de reunir una hermosa colección de manuscritos orientales y otras piezas más antiguas, pudo dedicar considerables esfuerzos a examinar las ruinas de Babilonia, y las «memorias» resultantes sobrepasaban en precisión y amplitud cualquier descripción previa del lugar. Las observaciones de Rich sobre el terreno nos muestran toda la prudencia de los expertos –cosa no siempre compartida por el visitante esporádico o por el erudito de despacho– por lo que no le confundió, como a Buckingham, el indiscutible parecido del zigurat de Birs Nimrod con el templo de Bel descrito por los autores griegos, y sólo escribió con precisión académica que: «Si hubiese estado al otro lado del río y más cerca de las ruinas, nadie podría negar que se trataba de los restos de la Torre». Tampoco Rich compartió el error de Buckingham de creer que las riberas muy antiguas y no tan antiguas de los canales en desuso que se encuentran en el camino de Babilonia a Oheimir, eran «filas de casas o calles en ruinas».

Rich también visitó el norte de Irak en 1820 y describió con igual atención las ruinas de Nínive y de Nimrod y, aunque murió muy joven en una epidemia de cólera en Shiraz, la publicación de sus trabajos hizo que el mundo culto se diese cuenta de que bajo aquellos montículos desiertos yacen enterradas las capitales de los antiguos imperios de Babilonia y Asiria. Sin embargo, la convicción se produjo lentamente y no fue hasta 1843 que Paul Emile Botta fue enviado a Mosul como cónsul de Francia con la intención específica de investigar los restos del imperio asirio. Comenzó su trabajo justo enfrente de Mosul, en el monte llamado Kouyunjik pero no encontró nada satisfactorio. Sin embargo, por un golpe de suerte, los vecinos dirigieron su atención a un monte similar en Khorsabad, unas 14 millas al noreste de Mosul, donde habían aparecido piedras de cuando en cuando. Allí, al primer golpe de pala, la tierra descubrió una estancia tras otra forradas de placas exquisitamente grabadas del rey asirio Sargón y Botta pudo informar de ello entusiásticamente a sus patrocinadores de la Academia Francesa. Su respuesta fue ejemplar: se envió inmediatamente un artista para dibujar los relieves recientemente descubiertos, se tomaron acuerdos con las autoridades otomanas para que emitiesen un *firman* permitiendo la continuación del trabajo, y se recogieron fondos que permitieran a Botta proseguir la excavación del vasto complejo del palacio en 1845.

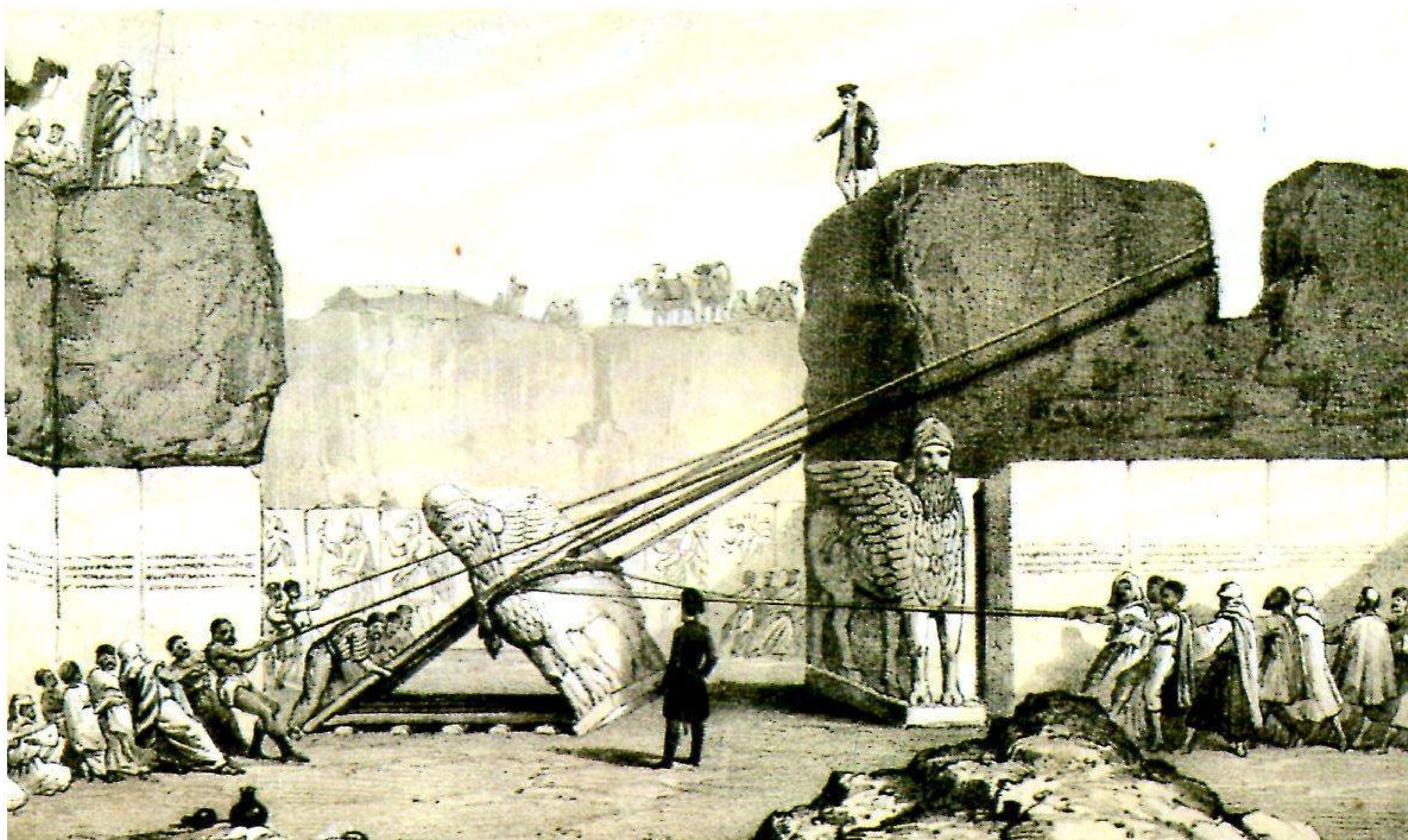
Página anterior: Layard en sus primeros años, cuando pasó varios períodos con una tribu Bakhtiari en conflicto con las autoridades persas, en las montañas del sudoeste del Irán. British Library.

Layard. Mientras tanto, el éxito de Botta sirvió para estimular el apetito de un joven inglés que, de hecho, había visitado sus trabajos en Kouyunjik en 1843 y que compartía su entusiasmo. Austen Henry Layard, que en 1845, a la edad de 28 años, trabajaba en la embajada en Constantinopla, había vagado por el Oriente Próximo desde 1840, cuando se había separado en Persia de su compañero de viaje con quien originalmente había planeado una excursión a Ceilán. Más tarde se había involucrado en una extraordinaria serie de escapadas por el mundo medieval de las tribus de Bakhtiari en la frontera persa-otomana, apareciendo de cuando en cuando en Bushire en el Golfo, o en Bagdad. Durante aquellos años Layard había adquirido, además de un conocimiento fluido de los dialectos locales y una comprensión íntima del comportamiento oriental, la percepción de la política del área que se demostró de considerable utilidad al embajador de Su Majestad ante la Sublime Puerta en Constantinopla, sir Stratford Canning. Enviado allá con una recomendación del coronel Taylor, entonces delegado de la compañía East India en Bagdad, había permanecido más bien extraoficialmente al servicio del embajador hasta 1845, en que se recibieron las noticias de los descubrimientos de Botta. Su frustración debió ser intensa; hacía años que había concebido la ambición de explorar las grandes montañas asirias y ahora Botta, que generosamente permitió a su amigo ver sus informes y dibujos al pasar por la capital otomana, le escribió: «Ven, te lo ruego, y disfrutaremos con los descubrimientos arqueológicos de Khorsabad».

Finalmente, en el otoño de 1845, el propio sir Stratford Canning accedió a adelantar los fondos para una investigación preliminar de los montes de Nimrod y a enviar a Layard como su agente personal. Éste no necesitaba que lo animasen y después de cabalgar durante doce días de Constantinopla a Mosul, el 8 de noviembre Layard cargó una balsa para navegar Tigris abajo hasta Nimrod, os-

tensiblemente acompañando a un británico llamado Henry Ross en una de sus famosas cacerías. Éste era sólo uno de los varios subterfugios que utilizaban todos los excavadores en Mesopotamia durante el siglo pasado. Incluso hoy en día, a toda persona corriente de cualquier parte del mundo le resulta difícil creer que los arqueólogos no busquen secretamente oro o un tesoro escondido, y las sospechas naturales y la codicia de los oficiales otomanos no cesaron nunca de cernerse malévolamente sobre las operaciones de Layard, sus colegas y sus sucesores. La situación no se veía facilitada por la rivalidad intereuropea; el propio Layard escribió que: «El espíritu liberal y comprensivo demostrado por el señor Botta, por desgracia no es generalmente compartido», y pronto pudo comprobarse que el secreto que se había guardado con respecto al primer ejercicio arqueológico de Layard estaba justificado. El primer día de excavaciones en lo alto del monte de Nimrod había descubierto grandes placas en las paredes con inscripciones cuneiformes en dos partes distintas del montículo. Una semana después Layard estaba de nuevo en Mosul, donde encontró que el bajá estaba bien informado de sus actividades, pero, a pesar de los esfuerzos de algunos «que podrían haberme ahorrado una interrupción adicional sin el sacrificio de su carácter nacional» (o sea, el señor Rouet, sucesor de Botta), de hecho no le fue prohibido trabajar y pudo enviar más hombres que tomarían parte en la excavación. Finalmente, el 28 de noviembre sus esperanzas se vieron realizadas: en el palacio del sudoeste aparecieron placas esculpidas en relieve con escenas de batallas. Hoy en día sabemos que se hicieron durante el reinado de Assurnasirpal II y más tarde fueron transferidas desde el palacio del noroeste para ser reutilizadas en un nuevo palacio de Asarhaddón, pero para Layard ésta era, por fin, la demostración de que Nimrod ofrecía compensaciones tan ricas como las de Botta en Khorsabad.

Fue sintomático de la situación que aquella misma noche Layard recibiera órdenes del bajá para suspender las operaciones, con la excusa característica de que estaba perturbando las tumbas de buenos musulmanes, tumbas que, según admitieron los oficiales del bajá, hubieron de ser creadas a tal propósito desmantelando otras tumbas de la vecindad que sí eran de musulmanes. Sin embargo, ahora Layard había justificado la operación tentativa que le habían confiado y, mientras continuaba descubriendo calladamente placas, hacía tiempo, esperando noticias sobre nuevos fondos y la obtención de un *firman* real desde Constantinopla. El *firman* llegó en mayo de 1846, pero la financiación era otro problema. Parece que Canning estaba poco dispuesto a renunciar a su control personal de la operación haciendo que el gobierno proporcionase los fondos necesarios, por lo que encontramos a Layard escribiendo: «No he recibido instrucciones de Su Excelencia sobre el tema de los gastos. Me he aventurado

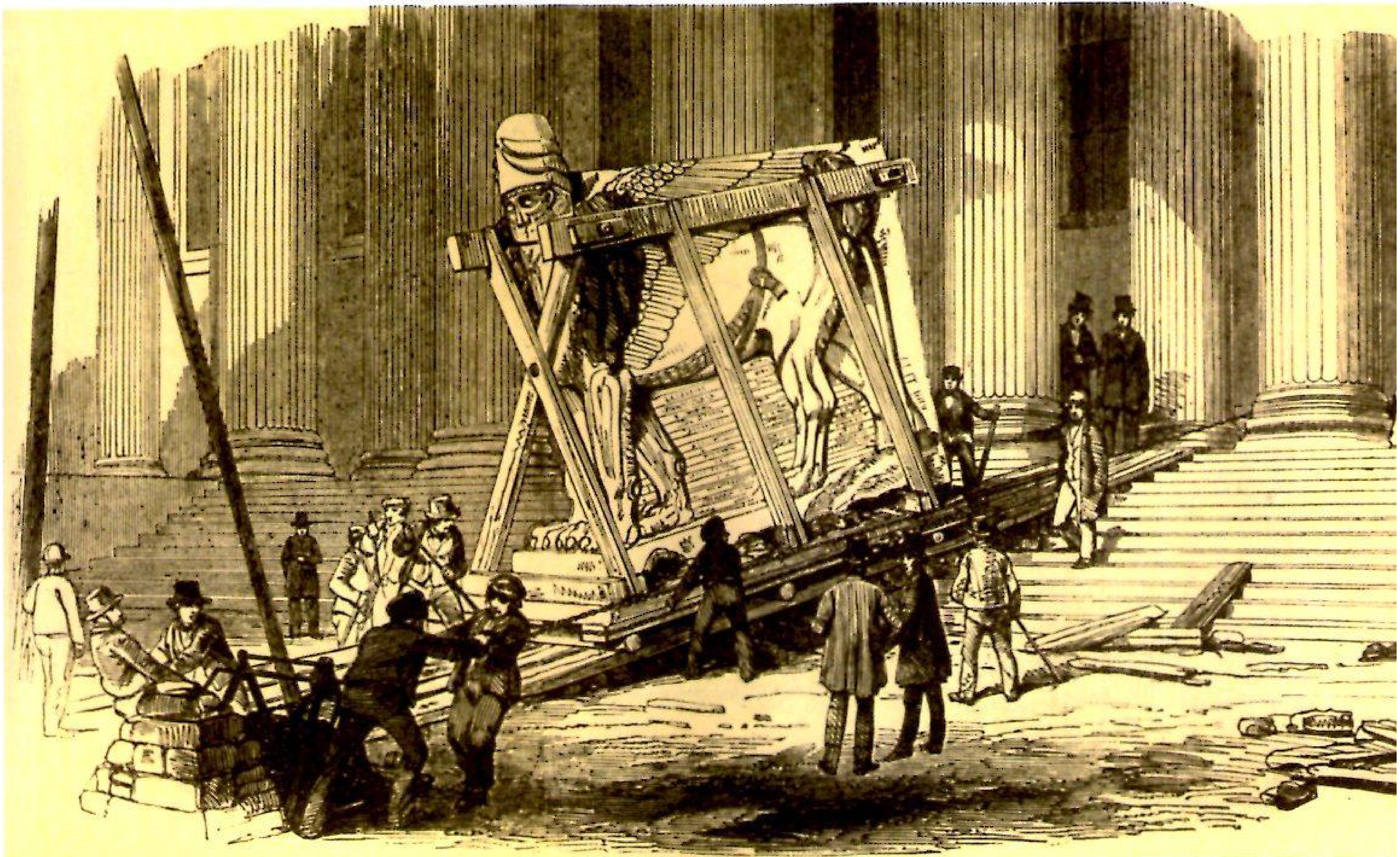


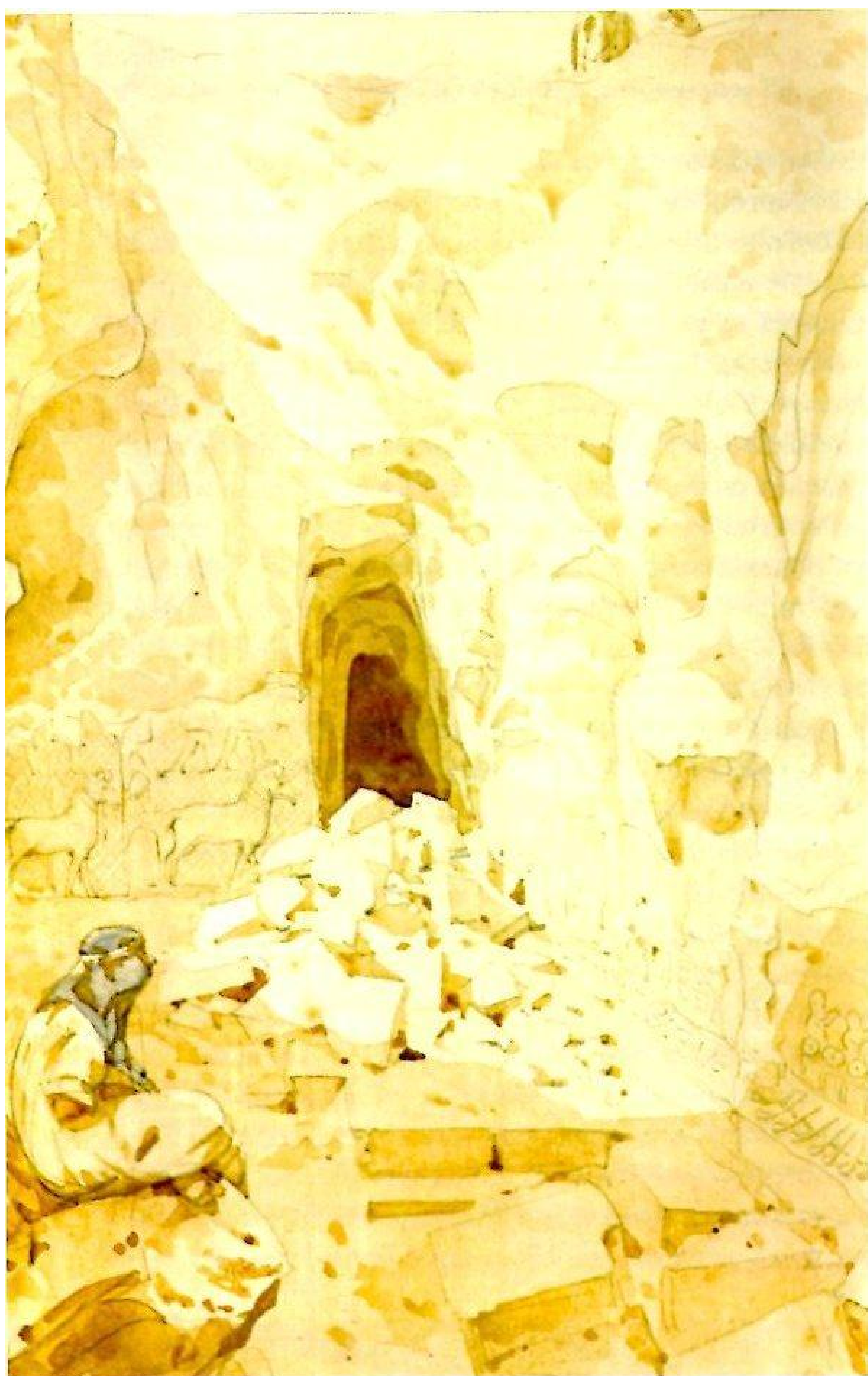
a pedir 2.500 piastras, ya que parece que usted desea que continúe las excavaciones. También he recurrido, hasta donde he podido, a mis fondos personales y continuaré haciéndolo hasta que tenga noticias suyas en la esperanza de que, si el gobierno desea continuar las excavaciones, me serán reembolsadas». Resultó una vana esperanza, ya que los temores de Layard del «horrible esqueleto de la generosidad del gobierno» estaban, en aquella ocasión, completamente justificados. Cuando llegó la subvención, fue solamente de 2.000 libras esterlinas, de las cuales no más de la mitad quedaban disponibles para proseguir los trabajos. Y aunque Layard, característicamente, hizo todo lo posible para obtener los máximos resultados con el mínimo gasto, no fue sino con un considerable disgusto por el trato que había recibido, tanto en lo que se refería a lo inadecuado de los fondos como por el tono displicente del documento del Foreign Office, en el que se contrataban sus servicios.

Página anterior: Layard dirige el descenso de uno de los toros alados de Nimrod hasta una plataforma de madera en la que fue transportado hasta el Tigris. Las sogas se rompieron cuando se hallaba a cuatro pies del suelo, pero el toro permaneció milagrosamente intacto. British Library.

Abajo: El interés público por los trabajos de Layard se refleja en este grabado del *Illustrated London News* que muestra un toro alado –quizás el mismo que aparece en la página anterior– que está siendo izado escaleras arriba del Museo Británico, en donde permanece hoy en día. British Library.

Los trabajos de excavación continuaron principalmente en Nimrod, en donde los dos palacios originales se juntaban con el palacio central de Tiglath-pileser y otros en la parte sudeste del montículo. Los trabajos prosiguieron durante 1846 y hasta el verano de 1847 en que, con el resto de su dinero, Layard llevó a cabo breves investigaciones en Qalat Sherqat (Assur) y Kouyunjik. Las condiciones de la subvención gubernamental incluían el transporte de esculturas a Gran Bretaña y durante los trabajos se hicieron tres envíos separados de las placas con relieves de Nimrod mejor conservadas, en balsa por el Tigris para ser embarcadas en Basrah hacia Inglaterra. En mayo de 1847 Layard decidió intentar embarcar uno de los grandes toros alados: Botta había enviado algunos a París, pero los había serrado para transportarlos. No obstante el peso de la figura de Nimrod que había seleccionado, más de 10 toneladas, Layard consiguió arrastrar hasta el Tigris uno de los toros alados de Assurnasirpal, que junto con un león monumental fueron cargados en una balsa construida para la ocasión por expertos llegados de Bagdad. Poco después de esto Layard volvió a Londres, vía Italia y París en donde sus resultados fueron calurosamente aclamados y, en un tiempo remarcablemente corto, había completado su libro *Nínive y sus restos,* lo cual le valió un bien merecido triunfo popular. Porque, además de demostrar un sorprendente dominio de los antecedentes históricos, Layard describía tanto los problemas de las excavaciones como sus excursiones incidentales en un estilo directo que





Layard haciendo un bosquejo de los relieves de Senaquerib en Kouyunjik; de esta estancia procede la mayor parte de la biblioteca cuneiforme encontrada por Layard. Museo Británico.

todavía hoy emociona leer y pone de relieve la calidad de sus consecuciones, cumpliendo con los deseos del gobierno en aquel rincón tan inhóspito del Oriente Próximo. Cuando el libro se hubo publicado y se exhibieron en Londres las esculturas y otras antigüedades quedaba claro que, como mínimo la opinión pública, quería que continuasen las excavaciones. Por lo tanto, en 1849, aunque la inquietud de Layard lo había trasladado de nuevo a Constantinopla formando parte del personal de la comisión de la frontera turco-persa, fue enviado de nuevo a Asiria con la cantidad de 3.000 libras esterlinas las cuales, aunque no eran una suma principesca, como mínimo le permitían continuar el trabajo en serio.

Antes de irse, en la ocasión anterior, Layard había conseguido localizar placas esculpidas en el montículo de Kouyunjik, donde estaban los restos del principal palacio de Nínive. Ahora volvió al mismo lugar, al tiempo que a sus antiguas excavaciones de Nimrod y comenzó a destapar estancia tras estancia del gran palacio de Senaquerib. Las placas diferían de las conocidas de Nimrod y Khorsabad en que representaban con detalles minuciosos las conquistas reales. Destacaba una en especial: mostraba al propio rey aposentado sobre un terreno montañoso, sentado en un trono suntuosamente grabado mientras los cautivos eran llevados frente a él. Por encima de la cabeza del rey había una inscripción, de la que Layard pudo leer correctamente la mayor parte, que decía: «Senaquerib, rey de Asiria, sentado en su trono y el botín de la ciudad de Lakisu pasa frente a él». Layard escribió: «Por lo tanto, aquí tenemos el auténtico dibujo de la toma de Lachish, la ciudad, como sabemos por la Biblia, sitiada por Senaquerib cuando envió a sus generales a recaudar los tributos de Ezequías y que capturó antes de su vuelta; prueba evidente que confirma la interpretación de las inscripciones y que identifica al rey que motivó su grabación con el Senaquerib de las Escrituras».

Otra diferencia entre Kouyunjik y los montes de Nimrod y Khorsabad era menos halagüeña. Aquí la ocupación no había cesado con la caída del imperio asirio y los relieves se hallaban enterrados bajo un grueso depósito posterior. El resultado de ello fue que «la acumulación de tierras sobre las ruinas ha sido tan considerable, con frecuencia superan los treinta pies, que los trabajadores... empezaron a excavar túneles a lo largo de las paredes, abriendo pozos a intervalos para que penetrase la luz y el aire... Los pasillos subterráneos eran estrechos y se apuntalaban, si era necesario, bien levantando columnas de tierra, como en las minas, o con vigas de madera. Estas largas galerías, escasamente iluminadas, revestidas con restos de arte antiguo, con urnas rotas sobresaliendo de los lados desmoronados y con osados árabes o robustos nestorianos moviéndose por sus intrincaciones o trabajando en sus oscuros recintos, eran singularmente pintorescas». Pintoresco o no, éste es un procedimiento arqueológico poco aceptable y, para ser justos, debemos recordar que Layard se vio obligado a ello por lo inadecuado de sus recursos económicos. No podemos dejar de relatar una de las consecuencias de este método de excavar, contadas por Hormuzd Rassam, mano derecha de Layard, en 1854: «Una noche, mientras estaba acampado en el monte de Kouyunjik, durmiento profundamente en mi tienda, se desencadenó una fuerte tormenta de agua y granizo y, de repente, me encontré cayendo en un hoyo con cama, tienda y todo lo que poseía... Parece que había colocado mi tienda sobre uno de los grandes túne-

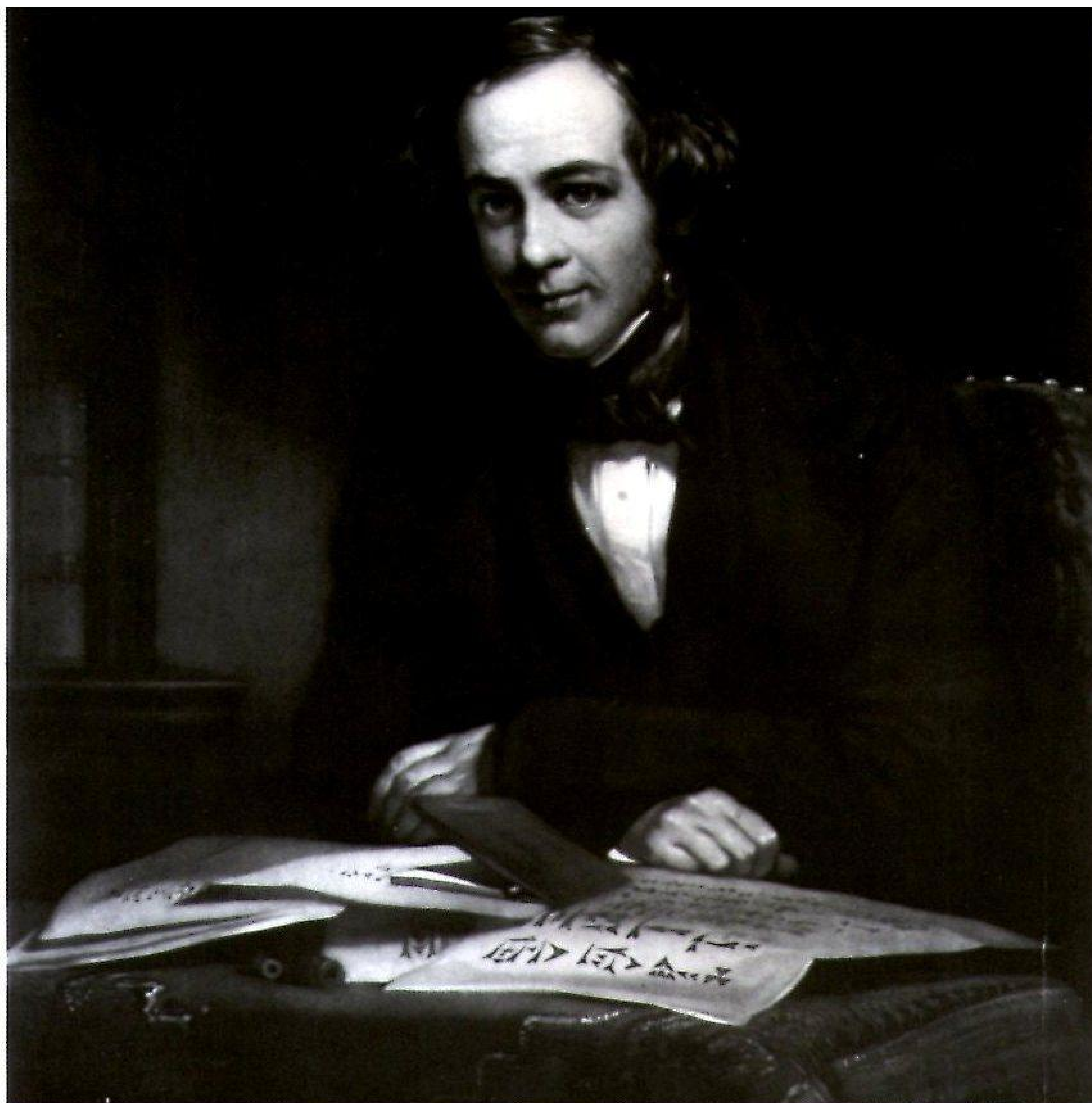
les perforados en tiempos de las excavaciones de sir Henry Layard, que estaba oculto a la vista».

El desciframiento de la escritura cuneiforme. Fue durante estas excavaciones en el palacio de Senaquerib cuando Layard hizo un descubrimiento que, si bien menos espectacular que las esculturas, tenía mucha más importancia. Se trataba de la biblioteca real de Assurbanipal, una colección de tablillas de arcilla tan grande que ciertas estancias estaban llenas de ellas «hasta la altura de un pie o más desde el suelo... algunas enteras, pero la mayor parte rotas en muchos fragmentos». Layard era muy consciente del significado de este descubrimiento y escribió acertadamente que: «No podemos estimar suficientemente su valor. Nos proporcionan los materiales para descifrar completamente los caracteres cuneiformes, para reconstruir el lenguaje y la historia de Asiria y para indagar sobre las costumbres, ciencias y, quizás podríamos añadir, literatura, de sus gentes». Hasta entonces, la mayor parte de las inscripciones cuneiformes que se habían remitido a los museos de Europa habían sido textos históricos más o menos largos, sobre piedra, ladrillo o los ocasionales cilindros de arcilla. Ahora, la gran variedad de la biblioteca de Kouyunjik, en la cual Layard pudo detectar fácilmente listas de palabras, decretos reales, documentos legales, etc., prometía una rica recompensa a cualquier descifrador y, para mayor fortuna, ocurrió que tal descifrador se hallase presente en aquel momento.

Las inscripciones asirias no eran las primeras que llevaban la escritura cuneiforme al conocimiento del mundo ilustrado. Los antiguos reyes persas usaban una versión del sistema cuneiforme y en 1778 el gran viajero danés Carsten Niebuhr había publicado copias excelentes de las inscripciones que había visto en Persépolis y otros lugares de Persia. Los reyes persas habían utilizado dos tipos de escritura y tres lenguas: las versiones babilónicas y elamitas de sus inscripciones estaban plasmadas en la escritura cuneiforme original, derivada de los primeros pictogramas sumerios, mientras que los antiguos textos persas estaban escritos en un alfabeto cuneiforme especialmente inventado, que sin duda estaba inspirado en los alfabetos arameos tan extendidos en aquellos tiempos. Fue el persa antiguo, con su repertorio de signos mucho más reducido, el que ofrecía las mejores oportunidades de ser descifrado, y ya por 1802, un estudioso alemán llamado Grotefend había hecho considerables progresos en esta dirección, sólo para que sus descubrimientos se vieran rechazados a causa de mezquinas rivalidades académicas en Göttingen. Un oficial del ejército inglés tomó una nueva iniciativa; se trataba de H. C. Rawlinson, que había aprovechado su tiempo en Kermanshah como ayudante militar del gobernador de Kurdistán para visitar el cercano peñasco de Behistun, que tiene en su cara perpen-

Se comprenden fácilmente las dificultades de Rawlinson para obtener copias fiables de las inscripciones de Behistun. Esta fotografía fue tomada mientras el profesor G. G. Cameron, de la Universidad de Michigan, tomaba, en la década de 1950, un molde de la escritura cuneiforme. En el centro hay una escultura en relieve de Darío, recibiendo la sumisión de diez reyes rebeldes. Abajo y a cada lado están las tres versiones de la inscripción.





Retrato de Rawlinson en 1850, con copias de las inscripciones asirias frente a él. British Library.

dicular la inscripción trilingüe más larga que se conoce. Entre 1835 y 1837 consiguió completar una copia de los textos alfabéticos persas y elamitas pero, a pesar de utilizar cuerdas y otras ayudas, el babilonio permaneció inaccesible. Trabajando en la misma línea que Grotefend, aunque no pudo haberlo conocido, Rawlinson descifró primero el nombre de los reyes en las antiguas inscripciones persas y, aplicando los valores de las letras obtenidas de esta manera pudo, en 1837, someter a la Real Sociedad Asiática una transcripción de la parte inicial de la inscripción.

Sin embargo, para conocer Mesopotamia el paso más importante era descifrar la versión babilónica y ésta era también una tarea ingente. En primer lugar, estaba la dificultad práctica de que, en su preocupación por preservar la inscripción de manos hostiles, los grabadores de Darío habían conseguido hacer la parte babilónica del texto inaccesible incluso para Rawlinson. Esto fue superado finalmente en 1847, cuando el propio Rawlinson volvió de la India y se instaló en Bagdad como delegado de la compañía East India y sucesor del coronel Taylor y de Rich. Visitó de nuevo la peña y, tal como informa: «un osado muchacho kurdo se ofreció a intentarlo» y consiguió «cruzar por encima de la fisura colgándose de manos y pies en las ligeras irregularidades de la pared desnuda del precipicio... salvando una distancia de veinte pies de roca perpendicular casi lisa del todo de una manera que al espectador le parecía casi milagrosa... Allí, con una corta escalera hizo una silla oscilante, parecida a la plataforma colgante de un pintor y, asegurándose en el asiento, tomó, bajo mi dirección, moldes en papel de la transcripción babilónica de los documentos de Darío».

No podemos seguir paso a paso el proceso de desciframdo, en parte porque el propio Rawlinson parece que no tenía idea clara de sus progresos, y en parte porque, al mismo tiempo, otros estudiosos, y especialmente Hincks, estaban trabajando en lo mismo. Con la ayuda de textos en persa antiguo se conoció aproximadamente el significado de la versión babilónica, pero el babilonio era, contrariamente al persa con su sucesor el pahlevi, un lenguaje completamente desconocido y el sistema de escritura cuneiforme era mucho más complejo que los simples carac-

teres alfabéticos del antiguo persa. Muchos signos tenían valores absolutamente distintos (por ej. *ud, par, lih*) y, aunque la mayor parte eran silábicos (por ej. *ma, gu* o *tum*), algunos signos podían representar también palabras enteras o simplemente indicar el tipo de palabra que seguía (los «determinantes»). Sin embargo, una vez la miel en sus labios, Rawlinson avanzó constantemente ayudado por sus conocimientos del lenguaje semítico a los cuales el babilonio es muy afín y pronto pudo facilitar a la Real Sociedad Asiática la traducción de inscripciones que su compatriota Layard estaba en proceso de desenterrar. Como consecuencia, en 1853 Layard pudo hacer la introducción de su segundo libro, titulado *Discoveries in the Ruins of Nineveh and Babylon* (Descubrimientos en las ruinas de Nínive y Babilonia), en la que comentaba que «se han hecho muchos progresos en descifrar los caracteres cuneiformes» por lo cual «estamos en deuda por la sagacidad y conocimientos de dos expertos ingleses, el coronel Rawlinson y el reverendo doctor Hincks», si bien no se olvida de añadir que «es consciente de que varios distinguidos eruditos ingleses... han contribuido a descifrar con éxito inscripciones asirias».

Al igual que con cualquier nuevo desciframiento, persistía el escepticismo y en 1857 la Real Sociedad Asiática acordó poner a prueba el asunto: cuatro expertos –Rawlinson, Hincks, el científico Fox Talbot y, por Francia, M. Oppert– enviaron traducciones lacradas de los anales históricos del reinado de Tiglath-pileser I, que se habían encontrado en Assur (Qalat Sherqat) en 1853. El resultado fue concluyente: si bien había, naturalmente, muchas divergencias de detalle entre las versiones, quedaba claro que las inscripciones asirias habían revelado sus secretos y, a partir de entonces, Rawlinson y sus colegas, en casa y en el extranjero, se dedicaron enérgicamente a la solución de los problemas más destacados y a la publicación de nuevos textos. La fuente principal fue la biblioteca de Assurbanipal y durante la segunda mitad del siglo XIX se vio claramente que los temas y los tipos de documentos eran incluso más variados de lo que Layard había imaginado, de tal manera que, con el adelanto en los conocimientos, surgió una nueva visión del conjunto de la civilización mesopotámica con sus variadísimos dialectos y 3.000 años de creatividad literaria.

Las postrimerías del siglo XIX. Layard dejó el mundo de la arqueología por el de la política después de su segunda estancia en Asiria y siguió un episodio más bien vergonzoso en la exploración de Mesopotamia. Se abandonó la excavación a gran escala de cualquier yacimiento en beneficio de una serie de sondeos insatisfactorios en un gran número de lugares. La evidencia de la documentación bíblica y clásica, combinada con la comprensión creciente de los textos cuneiformes, mostraba que Babilonia había sido tan importante como Asiria y, por lo tanto, podían obtenerse resultados igualmente sorprendentes. Sin embargo, las técnicas de excavación eran todavía inadecuadas y quienes las hacían sólo encontraban restos de ocupaciones posteriores o edificios nada importantes de barro sin cocer de los cuales eran incapaces de extraer ninguna información que se pudiese equiparar a las capitales asirias. Rawlinson, que había substituido a Layard como agente del Museo Británico, dirigió una serie de empresas: los trabajos de W. K. Loftus en Warka, los de J. G. Taylor, vicecónsul en Basrah, en Ur y Eridu y, bajo su propia supervisión, los de Borsippa. Los trabajos también continuaron en Kouyunjik, en donde se encontraron los espléndidos relieves de la caza de leones de Assurbanipal en un nuevo palacio, principalmente bajo la dirección del antiguo ayudante de Layard, Hormuzd Rassam. Los franceses, conscientes también del potencial del sur del Irak, enviaron una expedición de tres destacados hombres a Babilonia en 1852, pero la continuación de la inestabilidad política y el carácter poco prometedor del lugar hizo que no obtuviesen grandes resultados y confirmaba completamente los comentarios de Layard, basados en su visita de 1851 de que: «no se puede esperar nada del yacimiento de Babilonia, excepto con una concesión del Parlamento de 25.000 libras esterlinas e, incluso si se aprobase esta suma, yo solicitaría el favor de que no me encargasen su aplicación».

Con la partida de Rawlinson de Bagdad en 1855, se interrumpieron las actividades arqueológicas organizadas en Mesopotamia. Pero ocurrió que el cónsul francés en Mosul, Victor Place, que había reemplazado a Botta en Khorsabad con la mayor energía y talento, también abandonó la arqueología mesopotámica aquel año, después de la impresionante pérdida de la mayor parte de sus hallazgos, cuando su balsa zozobró y se hundió cerca de Qurnah. Ahora Rawlinson dedicó sus energías a la publicación de las inscripciones del Museo Británico, ayudado por ciertos miembros del personal a los cuales, a su debido tiempo, confió la mayor parte del trabajo. Uno de ellos era George Smith, un ayudante de grabador que había sido contratado por el museo en vista de su interés apasionado por los documentos cuneiformes y su destacado talento como descifrador de textos asirios. De hecho, él fue la causa directa de que el Museo Británico reemprendiese las excavaciones en Asiria porque, durante su clasificación rutinaria de la gran cantidad de tablillas procedentes de Kouyunjik, Smith descubrió «la mitad de una

curiosa tabla que sin duda había contenido originalmente seis columnas... Observando la tercera de ellas, vi que se afirmaba que la barca descansaba en las montañas de Nizir, seguido del relato del envío de una paloma que no halló dónde posarse y volvió. Inmediatamente me di cuenta de que había descubierto un fragmento del relato caldeo del Diluvio». En 1872 se anunció el resultado a la Sociedad de Arqueología Bíblica y causó tanta sensación que el *Daily Telegraph* ofreció inmediatamente 1.000 libras esterlinas para enviar una expedición a Kouyunjik a la búsqueda de la parte que faltaba de la tablilla. El propio George Smith debía conducir la expedición y en mayo de 1873 estaba excavando en las antiguas zanjas y montículos de ruinas de Layard y Rassan. Teniendo en cuenta las probabilidades en contra, uno casi se ve forzado a admitir la intervención divina, ya que al quinto día de los trabajos, Smith identificó, entre los nuevos fragmentos recuperados, la pieza que completaba la parte principal de la historia y que ahora sabemos que es la 11ª tablilla de la epopeya de Gilgamesh.

Esta situación hizo que los administradores del Museo Británico se diesen cuenta de cuánta parte de la biblioteca de Kouyunjik yacía aún desparramada en el lugar, y Smith fue enviado dos veces más a trabajar allí a costa del museo. Si bien alcanzó considerable éxito, no tenía experiencia del mundo oriental y sufrió muchos contratiempos que Layard hubiera soslayado, hasta que al final sucumbió a una enfermedad que contrajo mientras intentaba cruzar de Alepo a Mosul en lo más agudo del verano mesopotámico, cuando incluso Layard solía refugiarse en las montañas. Aunque, como consecuencia, el museo había perdido uno de los más expertos conocedores de la escritura cuneiforme de aquellos tiempos, creyó que debía continuarse la recuperación de las tablillas, y es comprensible que lo encargase a Hormuzd Rassam, cuya familiaridad con las condiciones locales lo avalaba. Como si lo hubiese dispuesto el azar, esta selección coincidió casi exactamente con la llegada de Layard a Constantinopla como embajador frente al sultán y en 1878, como resultado de su influencia, Rassam recibió un *firman* de generosidad sin precedentes, que le permitía trabajar en cualquier parte de las provincias de Van, Alepo, Bagdad y Mosul. Y, aunque el encargo del museo a Rassam era de que «intentase encontrar tantos fragmentos como fuera posible de las bibliotecas de Assurbanipal y Senaquerib», él estaba «más ansioso por descubrir nuevos lugares antiguos que confinar toda mi energía a una tarea tan insípida».

Por lo tanto, dejó encargados con brigadas de trabajadores en Kouyunjik y Nimrod y, después de una corta pero provechosa operación en la que salvó las magníficas placas de bronce de las puertas de Salmanasar y Assurnasirpal en Balawat, se dedicó a una carrera de obstáculos arqueológica por el sur del país, que incluía Assur, Sippar, Tell ed-Der, Babilonia, Borsippa, Cuthah y Tello, mientras en un segundo viaje también inició los trabajos en la capital urartita a las orillas del lago Van. En todos los lugares dejaba hombres excavando bajo la supervisión de un encargado local sin la más mínima preocupación por una observación o anotación detallada, que ya se encontraba en los informes de Layard. Uno no puede sino estar de acuerdo con la opinión de Hilprecht de que los métodos empleados por Rassam eran «diametralmente opuestos a cualquier principio serio de una estricta investigación científica». Si bien el propósito original del Museo Británico había sido asegurar el resto de la biblioteca de Kouyunjik, parece que Samuel Birch, el conservador, permitió que Rassam cambiase las tablillas por la búsqueda de tesoros porque creyó que sería la última oportunidad de hacer excavaciones antes de que la influencia rusa paralizase todos los trabajos futuros en Mesopotamia.

Por suerte, después de las actividades de Rassam, el nuevo director del Museo Imperial de Constantinopla introdujo leyes según las cuales nadie podía explorar más de un lugar a la vez y las autoridades turcas tenían derecho sobre las antigüedades que se hallasen. Sin embargo, después de que Rassam partiera hubo un contragolpe: enormes archivos de tablillas se abrieron camino hacia los museos de Europa y América, y se puso de manifiesto que los anticuarios de Bagdad habían llegado a un acuerdo muy beneficioso con los «encargados» que Rassam había dejado para salvaguardar los intereses del Museo Británico en los lugares que había excavado. Tanto si el Museo Británico había permitido los métodos de Rassam como si no, no le produjo ninguna satisfacción tener que comprar en el mercado tablillas que habían sido halladas en excavaciones a las cuales tenía derecho. Para remediar la situación, un miembro de la dirección del museo, Ernest Wallis Budge, fue enviado a Bagdad en 1888 con instrucciones expresas del propio Rawlinson, que no había cesado nunca de defender el incalculable valor de las inscripciones: «Hay una fuga de tablillas de nuestras excavaciones; o bien encuentre dónde se produce y haga que cese o consiga para el museo el producto de esta fuga... Lo que es realmente vital es asegurar las tablillas porque, comparado con ellas, el dinero no tiene valor, el dinero se puede reempla-

Página siguiente: Estatua de Gudea dedicada a la esposa de su dios personal, Ningizzida; sostiene un vaso del cual fluyen manantiales de agua con peces. Una de las piezas más hermosas encontradas por De Sarzec en Tello (h. 2130 a.C.). Louvre.



zar pero, una vez que hayan llegado a los museos de otros países, por lo que concierne al Museo Británico, han desaparecido para siempre». Budge consiguió su objetivo y, en dos ocasiones posteriores, después de haberse enredado en algunas maniobras dudosas para distraer la atención no deseada de las autoridades aduaneras turcas, llevó a Inglaterra una considerable cantidad de tablillas, principalmente de Sippar y Tell ed-Der. Con esto llegamos al final de este episodio y a partir de ahora como mínimo los propósitos, si no los métodos, de los europeos que han trabajado en Mesopotamia, han sido esencialmente científicos más que adquisitivos.

Los inicios de la arqueología sumeria. Si bien ya en 1850 la ciudades sumerias de Uruk, Ur y Eridu habían sido mencionadas por primera vez por Lofdtus y Taylor, éste fue un episodio breve y los resultados no lo suficientemente espectaculares para distraer la atención del público de los grandes palacios asirios. Los sucesores tampoco habían sido estimulados por las condiciones del área: la mayoría de las grandes ciudades sumerias estaban aisladas de las principales rutas de las caravanas por desiertos o pantanos y la población de estas regiones era especialmente salvaje y raramente reconocía las autoridades otomanas. Fue después de que el estudio de los documentos cuneiformes demostraran la gran antigüedad de la civilización del sur del país y detectaran la existencia de un extraño lenguaje antiguo no semítico (que ahora se sabe que es sumerio), que la investigación sobre sus orígenes atrajo la atención de los estudiosos hacia los desolados lugares del sur y les indujeron a desafiar los avatares del terreno.

Los primeros en el campo de la arqueología sumeria, como en la asiria, fueron los franceses. Al igual que muchos lo habían hecho antes y después, el vicecónsul francés en Basrah, Ernest de Sarzec, se procuró una agradable ocupación para sus ratos de ocio, dedicándose a la búsqueda de antigüedades. Sus informadores locales pronto le condujeron a los considerables montículos de Tello, donde se sabía que se habían encontrado inscripciones y estatuas y en 1877, habiéndose captado antes la buena voluntad del jeque Nasir, de los árabes Muntafiq que en aquellos momentos gobernaban el área de forma prácticamente independiente de Estambul, De Sarzec comenzó a excavar en el montículo. Desde el principio quedó claro que el terreno estaba siendo excavado por primera vez y entre los años de 1877 a 1881 recuperó una hermosa colección de antigüedades del período sumerio entre las que se encontraban especialmente, como mínimo, nueve hermosas figurillas de dolerita de la *ensis* de Lagash, antigua Gudea. Las envió a París y fue tal el entusiasmo que despertó su exhibición que De Sarzec fue votado miembro del Instituto de Francia y la colección fue adquirida por el Louvre, donde se estaba creando la sección de antigüedades orientales bajo la dirección de Leon Heuzey. Ambos, él y el excavador, empezaron a trabajar inmediatamente en el libro *Découvertes en Chaldée*, que se encargó de publicar los resultados en un formato muy cuidado, cosa rara en momentos en que los museos parecían contentarse con depositar sus adquisiciones en rincones polvorientos, para generaciones futuras.

En 1888 De Sarzec, ahora promocionado a cónsul en Bagdad, volvió a Tello con un *firman* especial y prosiguió las excavaciones hasta su muerte, en 1901, en que le sucedió De Cros y, en la década de 1930, De Genouillac y Parrot. De Sarzec fue recompensado con el descubrimiento de importantes antigüedades pertenecientes a la dinastía presargónida de Lagash, que hasta hoy sigue siendo nuestra principal fuente de conocimientos de la antigua civilización de Sumer. En períodos posteriores, aunque estaban fijados los objetivos principales, se pudieron añadir detalles importantes, especialmente debido a la colaboración del gran sumeriólogo francés François Thureau-Dangin, en cuyas manos se consiguió que los difíciles documentos históricos y económicos de Tello ilustraran brillantemente esta remota edad de Mesopotamia.

La primera participación estadounidense. Las escuelas y universidades estadounidenses, que tenían una fuerte tradición en las enseñanzas bíblicas, siguieron, naturalmente, con vivo interés los nuevos descubrimientos en las tierras de la Biblia. El primer signo externo del deseo de participar en el redescubrimiento del mundo mesopotámico, fue una expedición enviada por el Instituto Arqueológico de América en 1884, financiada privadamente y que, claramente influenciada por los recientes descubrimientos de Tello, concentró su atención en los grandes montes del sur. Esta expedición dio fruto sólo indirectamente, en forma de un ambicioso plan de excavaciones en la ciudad de Nipur, que fue emprendido por la universidad de Pennsylvania en 1888. Desgraciadamente, todo el asunto estuvo viciado desde el principio por amargas diferencias personales, principalmente entre H. V. Hilprecht, profesor de asiriología nacido en Alemania cuyo criterio –con frecuencia confirmado por acontecimientos posteriores– nunca fue lo suficientemente moderado como para hacerlo aceptable a sus colegas y a los directores de campo J. P. Peters, profesor de hebreo y J. H. Haynes.

Aunque se hizo una planificación cuidadosa, la empresa tuvo un mal comienzo, y fue de mal en peor: los fondos no eran suficientes, cada vez era más difícil encontrar

personal adecuado y la situación local en Nipur era francamente mala; debían habérselas con tribus descritas por Layard como: «los árabes más salvajes e ignorantes que se pueden encontrar en esta parte de Asia», y, ciertamente, la primera campaña acabó en caos después de que un ladrón nocturno de una tribu vecina fue abatido a tiros y, como venganza, el campo fue quemado y saqueado. Sin embargo, en el curso de ésta y de subsiguientes temporadas se hicieron importantes descubrimientos, especialmente el cuerpo principal de la literatura sumeria que hoy conocemos. Pero, contrariamente a Tello, el yacimiento de Nipur está cubierto por una pesada carga de restos menos significativos de períodos más tardíos y desgraciadamente Hilprecht tuvo razón en deplorar la falta de ayudantes experimentados para Haynes, que pasó tres años casi completamente solo «cerca de los pantanos apestosos infestados de mosquitos de 'Afej, donde la temperatura a la sombra alcanza unos elevados 120 grados Fahrenheit (unos 50º C) y las sofocantes tormentas de arena del desierto con frecuencia queman la piel humana como si fuera el calor de un horno».

En el trabajo de Nipur y Tello alienta un nuevo espíritu de investigación científica, en loable contraste con las actividades del Museo Británico, si bien en otros aspectos debe admitirse que estas empresas pertenecen al siglo XIX. Las aspiraciones de la expedición estadounidense no se cumplieron, pero el trabajo de De Sarzec, admirable por la firmeza con que él y sus partidarios en París llevaron la investigación de un solo lugar, casi alcanzó la perfección en lo que respecta a la técnica. Sus inexpertos hombres no sabían reconocer el valor de los muros de ladrillos sin cocer, por lo que se perdieron para la posteridad los planos de varios edificios sumerios importantes, aunque más tarde se pudo detectar su presencia por la disposición de los depósitos fundacionales y otros signos inconfundibles. Es más, el curioso fallo de De Sarzec de colocar encargados eficientes en las excavaciones durante sus distintas ausencias tuvo resultados desastrosos, porque durante su trabajo aparecieron más tabletas cuneiformes de Tello en los mercados de antigüedades de las que se encontraron en las excavaciones, incluso si estas últimas ascendían a más de 30.000.

Las excavaciones de Woolley en Ur

Los museos de Pennsylvania y Británico enviaron Woolley a Ur por primera vez en 1922 y acabó su trabajo en 1934, habiendo reconstruido la imagen más completa de una ciudad mesopotámica y de su historia que se haya conseguido nunca. Aunque esto era de esperar, Woolley no pudo prever nunca el Cementerio Real: durante su primera estancia encontró tumbas que contenían joyas de oro pero sólo volvió al lugar cuatro años más tarde, cuando consideró que sus obreros estaban debidamente entrenados, y descubrió la primera de las tumbas reales. El oro y otros espléndidos trabajos de artesanía fueron suficientes para que pudieran hacerse exhibiciones valiosas en los museos de Bagdad, Filadelfia y Londres, pero igualmente importante fue el descubrimiento de ritos funerarios que implicaban el entierro de esclavos junto con propiedades inanimadas, para acompañar a los reyes al otro mundo. Abraham procedía del «Ur de Caldea» y Woolley era consciente del interés despertado por asociaciones bíblicas, de aquí que el sondeo estratigráfico, en el cual se encontró cerámica prehistórica («Ubaid») bajo un profundo depósito lleno de agua, fue llamado el «Pozo del Diluvio». Todavía se debate si puede haber una conexión real con el «Diluvio Universal», pero estas consideraciones no interfirieron nunca con la precisión de sus observaciones arqueológicas o con la calidad de su documentación.

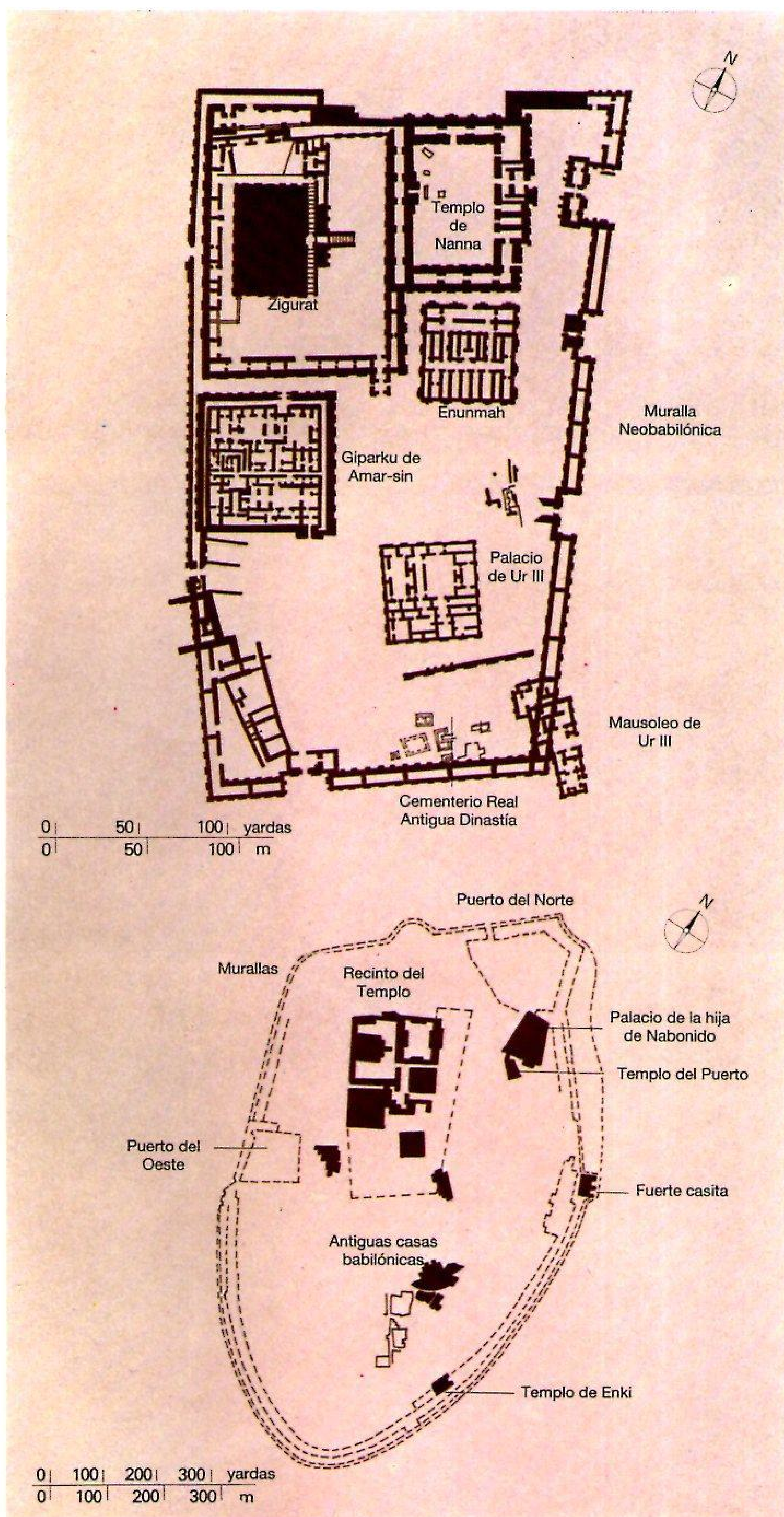




Arriba: El zigurat de Ur, con las escaleras que conducen al primer piso, construido por Ur-Nammu y restaurado 1.500 años más tarde por Nabonido. Los zigurats de los grandes templos eran tan característicos de Mesopotamia que en el Génesis se describen como «Torre de Babel». Éste de Ur es el mejor conservado de todos (excepto uno cerca de Susa, en Choga Zembil), y el trabajo concienzudo de Woolley le permitió distinguir los dos distintos períodos de construcción. Encontró evidencia de tres pisos, quizás todos los que hubo con la estructura de Ur-Nammu, pero sugiere cinco o siete para la versión posterior.

Página anterior: Woolley y su equipo ante la casa de la expedición en 1926. A la izquierda de la señora Woolley se encuentra el padre Eric Burrows, el epigrafista, a su derecha el propio Woolley, Hamoudi, el capataz que Woolley llevó desde Carchemish, y M. E. L. Mallowan.

Derecha: Aunque los grandes días de Ur ocurrieron en el tercer milenio a.C., continuó siendo una ciudad importante durante muchos siglos. En el plano de la ciudad (hecho por Woolley) vemos las casas del período de la antigua Babilonia, en donde Woolley encontró un abigarrado barrio de mercaderes, un fuerte casita y varios edificios neobabilónicos, la mayor parte trabajo de Nabonido, que profesaba una especial reverencia a Sin, dios de la ciudad. Reconstruyó completamente el zigurat así como los templos existentes y, fuera de los muros que circundaban el templo, una residencia para su hija, suma sacerdotisa de Sin.

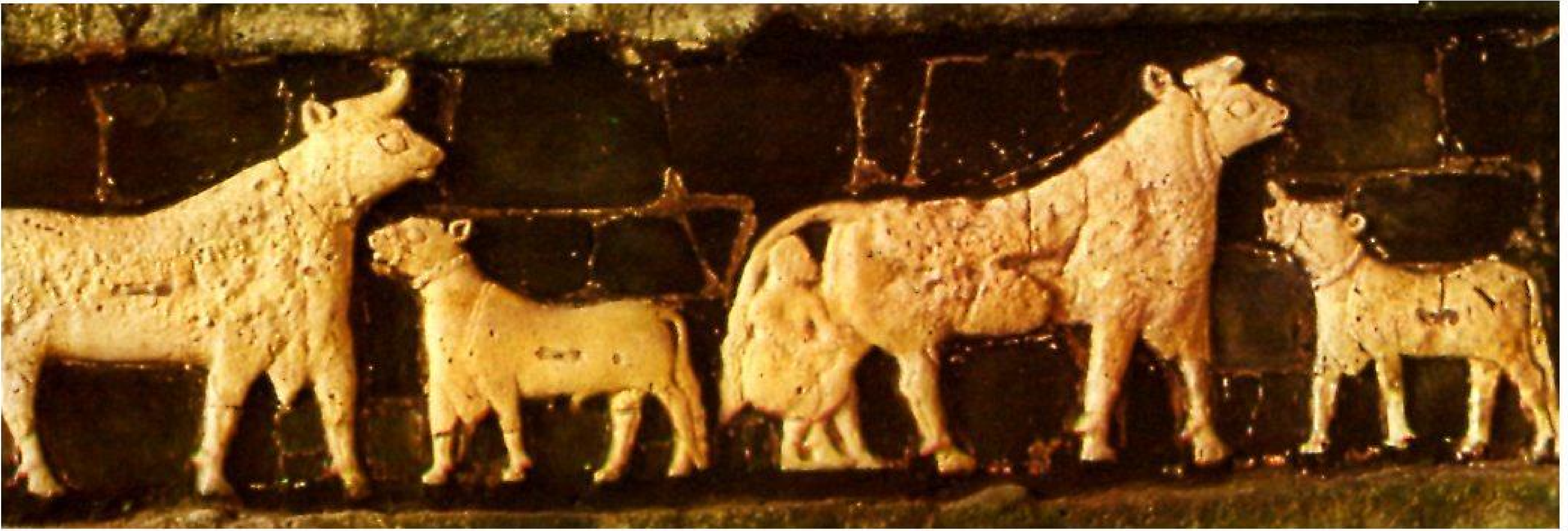


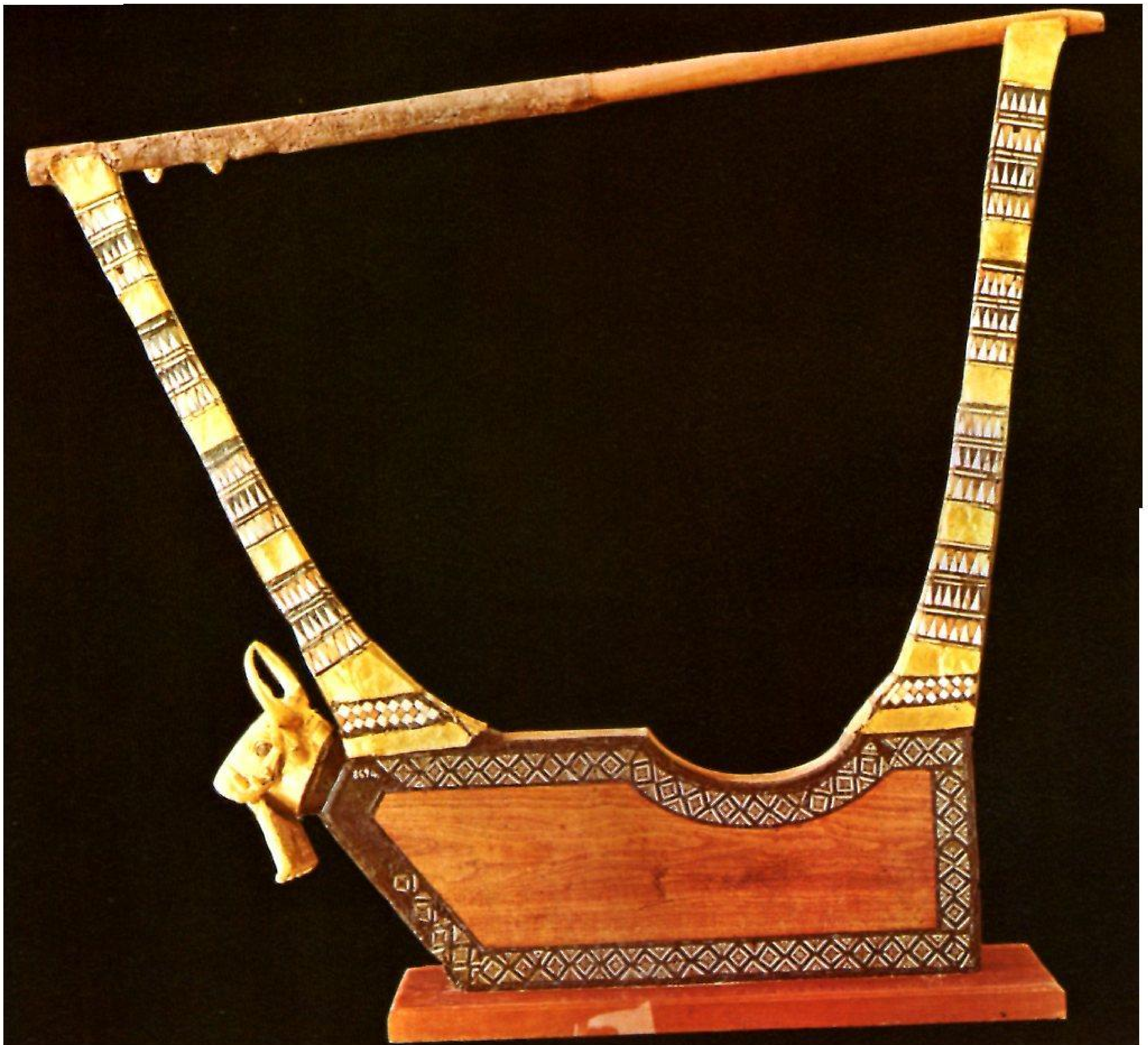




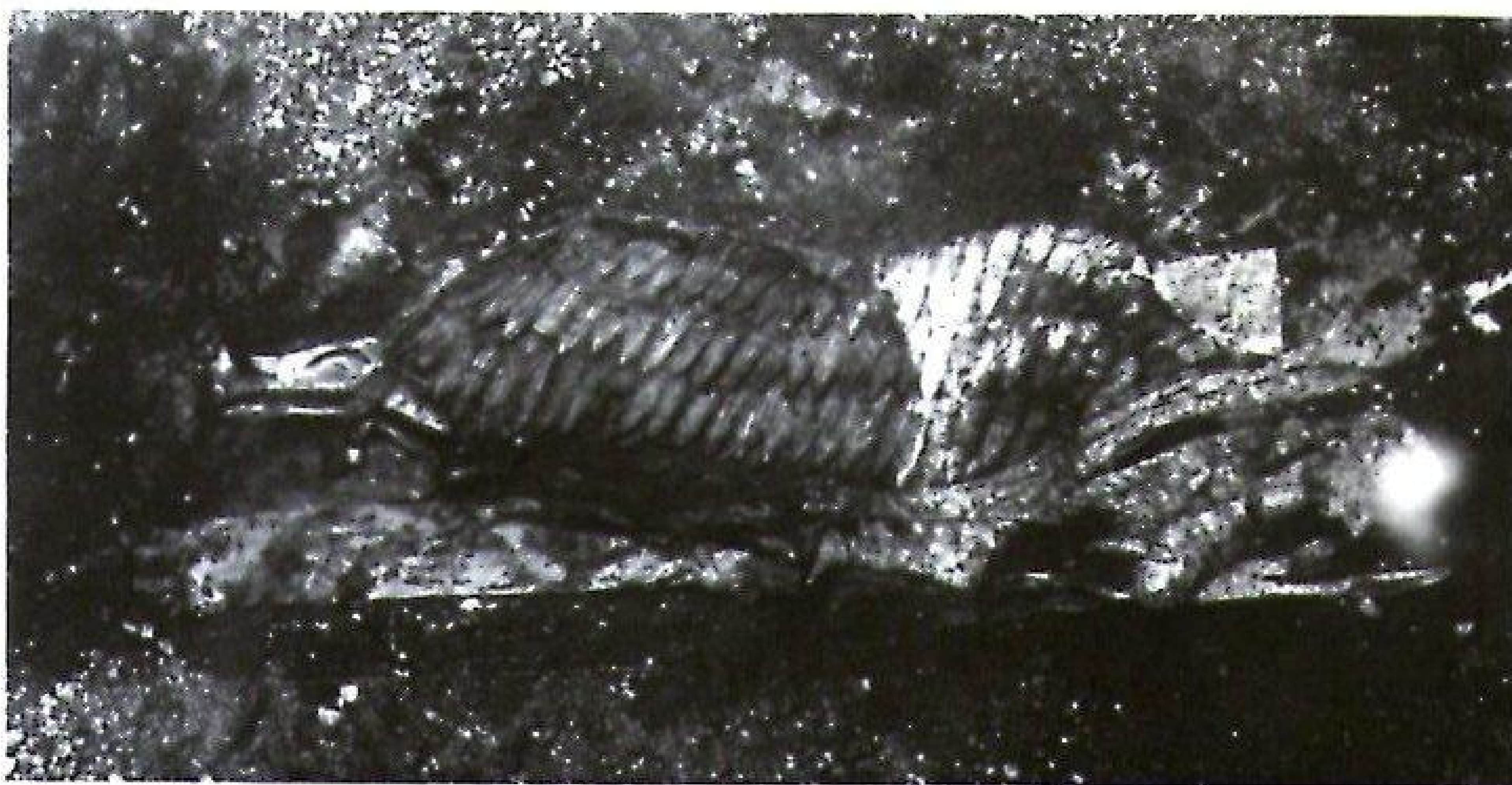
Arriba: Importantes edificios de la Antigua Dinastía de Ur estaban enterrados bajo capas posteriores, pero el trabajo se vio compensado por las espléndidas decoraciones del templo de Ninhursag. De este friso de piedra con incrustaciones, Gertrude Bell, responsable de seleccionar las antigüedades destinadas al museo de Irak, escribió: «Hube de decirles que debía llevarme la escena del ordeño. Es incomparable y refleja la vida del país en una época inmensamente antigua... Mr. Woolley se quedó enamorado de ella» (22 cm de altura). Bagdad.
Izquierda: Esta sólida daga de oro con empuñadura de lapislázuli y vaina de rejilla dorada, es uno de los más hermosos hallazgos de Woolley (37 cm de largo). Bagdad.
Abajo: A pesar del inmenso volumen de trabajo, parece que Woolley siempre encontraba tiempo para dedicarlo a anotar en detalle y rescatar delicadamente obras de arte. En la tumba apodada «Gran Fosa de la Muerte» (que contenía 74 esqueletos humanos) se encontraron estos tres instrumentos musicales: una gran lira con una cabeza de toro dorada que estaba sobre la caja de resonancia de una lira de plata más pequeña con una base en forma de barca y otra lira de plata en el centro de la imagen.
Página siguiente: La gran lira restaurada (1,20 m de altura). Bagdad.











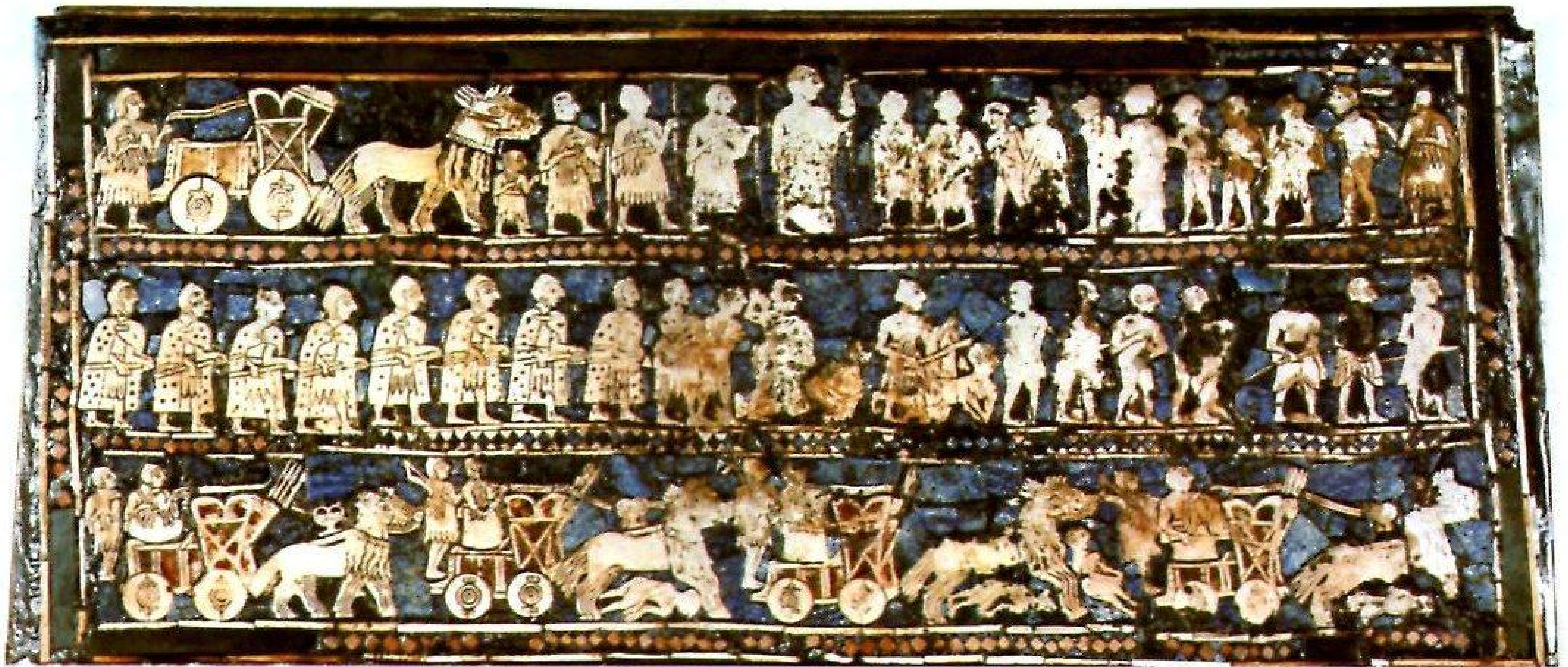
En la Gran Fosa de la Muerte se encontraron dos estatuillas iguales de una cabra sobre un árbol. Debían de haber sostenido algún objeto sobre el saliente dorado de la espalda. Ésta tiene 50 cm de altura y era de madera cubierta con láminas de oro y lapislázuli, el vientre es de láminas de plata y el vellón de concha; originalmente las dos estaban sujetas a las ramas del árbol con un alambre de plata alrededor de las patas delanteras. Museo Británico.

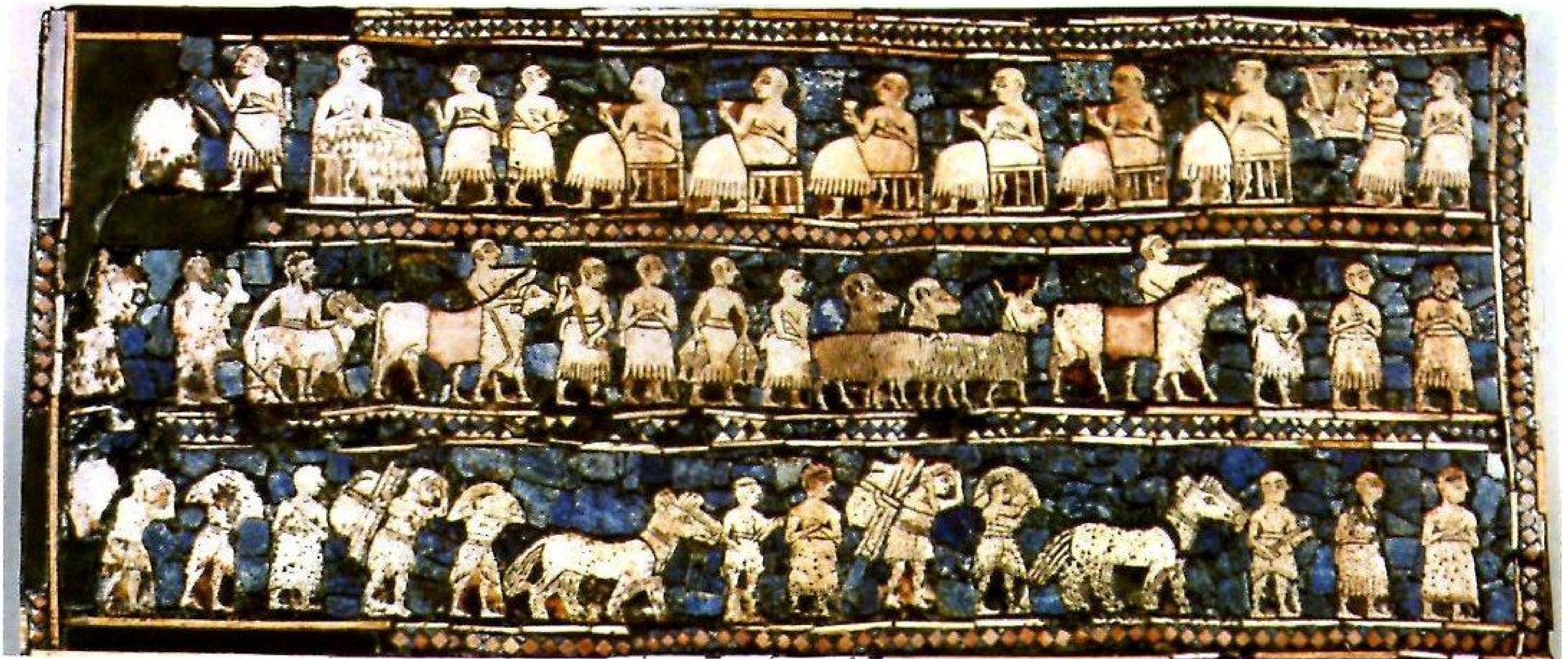


Arriba: En 1919 H. R. Hall ya había descubierto en Ubaid este relieve inusitadamente grande: mide 1,07 × 2,38 m y era originalmente de madera con revestimiento de cobre. Hall y Woolley sugirieron convincentemente que estaba puesto sobre el dintel de la entrada del templo de Ninhursag. El águila con cabeza de león es el símbolo de Ningirsu, de Girsu, pero agarra leones, no ciervos. Ninhursag es la diosa del nacimiento y de la fertilidad y, contrariamente a la escena del ordeño, es difícil de saber qué conexión tiene con ella este relieve. Museo Británico.

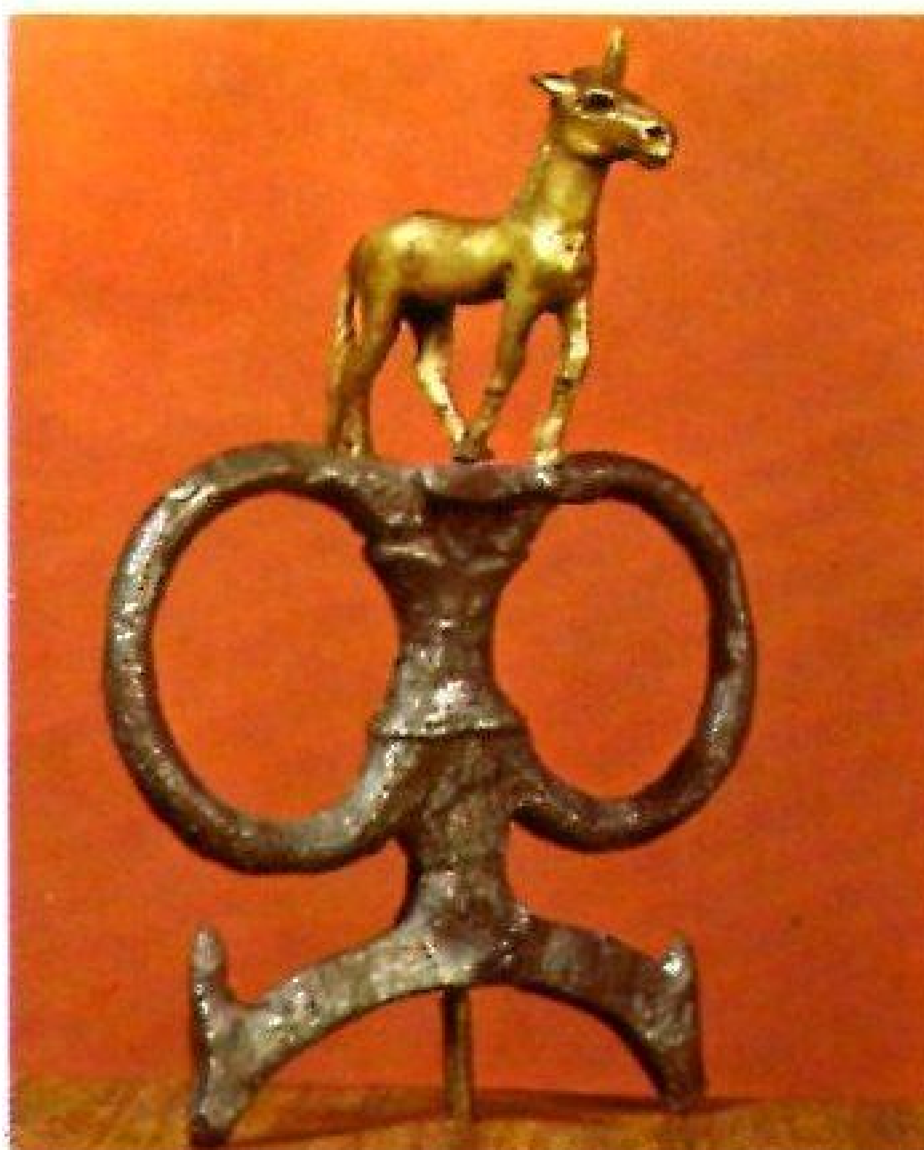
Derecha: Este casco se encontró en una tumba ricamente amueblada, que Woolley consideró que no era real, perteneciente a un cierto Meskalamdug. Es dudoso que fuese destinado a ser llevado, pero Ennatum, en la estela de los buitres lleva un casco muy parecido y Woolley observó que tenía un forro de tela en su interior que llegaba hasta el borde para sujetarlo en los agujeros. El elaborado peinado con ondas finamente trenzadas y sujetas con una cinta en la nuca, también se encuentra en la cabeza de bronce acadia y seguramente era signo de alta categoría. Bagdad.







La típica técnica sumeria del incrustado, que ya se encuentra en la escena del ordeño de Ubaid, alcanza aquí su máxima elaboración. El objeto, el propósito del cual es desconocido, fue apodado como el «Estandarte de Ur» y procede de la tumba 779. Seguramente pertenece a la época en que Ur tenía la «soberanía de Sumer». En uno de los lados (*imagen superior*) se ve la escena de una batalla, que va desde los carros de sólidas ruedas tirados por pares de onagros hasta las filas de infantería que empujan a los prisioneros, desnudos y atados, hacia el propio rey que está ante su carro para recibir su sumisión. En la otra imagen (*arriba*) se ve sin duda la celebración de la victoria: el rey –con falda lanuda– se sienta a beber con sus compañeros y músicos, mientras una procesión lleva tributos o provisiones para la fiesta. Museo Británico.



Izquierda: La figura de un onagro en electro (aleación de oro y plata) de pie sobre una doble anilla para las riendas, del tipo ilustrado en el estandarte. Se encontró en la tumba de la reina Puabi (Shub-Ad) con los huesos de dos bueyes (que al principio se creyó erróneamente que eran onagros). Algunos expertos dudan de la identificación de nuestro animal con el onagro, un asno de Mesopotamia que se extinguió en este siglo pero, a pesar de todo, es más probable que no que fuese una mula, ya que ello supondría la existencia del caballo. Los mismos animales tiran de los carros en el estandarte. Museo Británico.

Capítulo tercero: La arqueología de Mesopotamia en el siglo XX



El erosionado zigurat casita de Aqar Quf (h. 1400 a.C.).

El siglo XX empezó, por lo que respecta a la arqueología de Mesopotamia, el 26 de marzo de 1899, cuando Robert Koldewey, en representación de la Sociedad Oriental Alemana, comenzó sus excavaciones en Babilonia. Al igual que la decisión americana de trabajar en Nipur, esta empresa había estado precedida por una cuidadosa inspección preliminar de posibles emplazamientos, conducida por el profesor E. Sachau, acompañado de Koldewey, que ya había trabajado en 1887 durante un corto período en los lugares sumerios de Al-Hiba y Zurghul. Koldewey escribió del viaje: «He visto las ruinas de Abu-Habba, Babilonia, Nipur, Warka, Senkereh, Tello y Seleucia... sin duda Warka y Senkereh son excelentes candidatos para la excavación, pero después de mi reciente y más detallada inspección, Babilonia parece un lugar prometedor que merece la pena...». Influenciado por los brillantes ladrillos glaseados visibles en la superficie de los montículos de palacios, Koldewey estaba claramente a favor de Babilonia, pero su sola opinión no era suficiente: a su vuelta a Alemania oyó rumores de que la opción de Sachau había recaído en Warka, después en Assur, pero a su debido tiempo el comité responsable aceptó las recomendaciones del informe de Koldewey y seleccionó Babilonia.

Desde el principio quedó claro que Koldewey y sus profesores estaban determinados a efectuar un buen trabajo: en el personal se incluía no sólo un joven ayudante de arquitectura, Walter Andrae, sino también un experto asiriólogo para leer los textos, y al cabo de poco tiempo fueron enviados dos asistentes más para ayudar con la documentación y supervisión. Los fondos eran adecuados, sin duda en parte por el interés personal que el káiser Guillermo tenía en los trabajos y, citando al excavador: «hemos trabajado diariamente, tanto en verano como en invierno con de 200 a 250 obreros». Sin embargo, incluso Koldewey debió quedar desconcertado por el volumen de la operación que había emprendido; de nuevo escribe: «Las murallas, por ejemplo, que en otras ciudades antiguas miden 3 metros o, como máximo, 6 o 7, en Babilonia tienen sus buenos 17 a 22 metros de grosor». También ocurría que el líder de la expedición llevaba en su interior

un arquitecto, entrenado en la tradición de la arqueología clásica alemana. Sólo se necesita mirar los títulos de los capítulos de su popular libro sobre las excavaciones para ver que para él la ciudad era una colección de edificios rodeados por una muralla e incuestionablemente el principal resultado de los años de trabajo cuidadoso fue la serie de documentos meticulosos sobre templos, palacios, casas y planos de fortificaciones del último período de Babilonia.

En otros aspectos, el trabajo en aquel emplazamiento debió de ser algo decepcionante, aparecían pocas obras de arte y de tarde en tarde, e incluso los hallazgos de inscripciones eran relativamente escasos. Éste fue, quizás, uno de los motivos por los que Koldewey sentía poco afecto por su primer «asiriólogo», Bruno Meissner, de quien escribió en una ocasión: «Tengo poco asiriólogo aquí y la influencia de su actividad científica en la prosecución de las excavaciones es nula porque pasan semanas y meses antes de que me dé su informe de las inscripciones encontradas... por lo que, para entonces, las excavaciones ya se efectúan en otra parte». Sea como fuere, y afortunadamente, asiriólogos posteriores colaboraron con más eficiencia y podemos honradamente decir que fue en Babilonia donde por primera vez se combinó la adecuada observación y anotaciones arqueológicas con las inscripciones para extraer la máxima información posible sobre el emplazamiento.

Aunque Koldewey continuó recibiendo ayuda para los trabajos de Babilonia, la escasez de hallazgos y el haber llegado a la capa freática, que no le permitió penetrar por debajo de los niveles de la última Babilonia, produjo cierto desencanto en Alemania y, sin duda fue en parte por esta razón que la Sociedad Oriental Alemana decidió expandir sus actividades en Mesopotamia. En 1902-3, se pidió a Koldewey que excavara en Fara, una importante ciudad de la Antigua Dinastía, recomendada a la Sociedad Oriental Alemana por Hilprecht, que había hecho algunas prospecciones en el mismo montículo, pero el trabajo no era del agrado de Koldewey y se paralizó pronto. Mucho más significativa fue la inauguración de las excavaciones en Assur, en 1903. La dirección de los trabajos, que prosiguieron de forma continuada hasta la Primera Guerra Mundial, estaba en manos de Walter Andrae, que para entonces había hecho su aprendizaje en Babilonia y demostró ser merecedor del cargo. Assur no atraía mundialmente como Nínive o Babilonia pero, en palabras del excavador: «La decisión... fue sabia... aquí la antigua y la





Arriba: Mirando al norte, desde el zigurat de Assur, se ve esta parte del Tigris y las ruinas de una estación de policía otomana que impedía las excavaciones de Andrae en el templo de Assur.
Página anterior: El hallazgo más espectacular de Koldewey en Babilonia fue la puerta de Istar, con relieves en ladrillos vidriados, de dragones, leones y toros (reinado de Nabucodonosor II, 604-562 a.C.). Bagdad.
Abajo: Miss Gertrude Bell: estaba tan ocupada escribiendo o haciendo fotografías, que es extraño que posase para ésta.



primerísima historia de Asiria revela buena parte de sus secretos, y la decisión también fue sabia porque su extensión es relativamente pequeña... Assur fue superada por las capitales asirias posteriores sólo por su medida, no por su importancia histórica».

Si los trabajos de Babilonia fueron excepcionales en el área excavada, en Assur Andrae descubrió una secuencia histórica quizá más valiosa. La mayor parte del trabajo consistía en clarificar la compleja estratigrafía de la parte «pública» del norte de la ciudad, con sus templos y palacios y ello nos ha facilitado no sólo la imagen de la tradicional capital asiria durante el primer milenio, sino los restos de principios de Imperio Asirio Medio, y por debajo de ello, todavía otros niveles anteriores. El profesor Seton Lloyd describe uno de los resultados más interesantes: «Seleccionando un gran edificio, el templo de Istar... prosiguieron la excavación a través de las ruinas de media docena de templos anteriores hasta una capilla arcaica original, que databa de los días en que Asiria era una diminuta provincia en la frontera de la próspera Sumer. Fue un hito brillante en las excavaciones y el prototipo de todas las investigaciones estratigráficas de tiempos posteriores».

La arqueología en Irak entre las guerras. Todos los trabajos arqueológicos cesaron en 1914 y, teniendo en cuenta que después de la Primera Guerra Mundial el área de Mesopotamia se encontraba bajo la administración militar británica, transcurrió algún tiempo antes de que ninguna expedición alemana volviese al país. Después de complejas negociaciones políticas, emergió el estado de Irak en 1921 e incluía no sólo las tierras del sur de Bagdad, sino también la provincia de Mosul, por lo tanto, virtualmente el corazón de la civilización mesopotámica. Durante los primeros días del nuevo país, la mayor parte de la administración continuó, inevitablemente, en manos de oficiales británicos y uno de los más distinguidos entre ellos y que desde el principio había jugado un gran papel en la creación de Irak como unidad política, fue Gertrude Bell. Esto fue una suerte para la arqueología del país porque Miss Bell, que fue nombrada Directora Honoraria de Antigüedades tenía, además de un profundo conocimiento del país y de sus gentes, un interés absorbente en su pasado, y en especial en la arquitectura clásica e islámica del Oriente Próximo. Ésta fue la razón que la condujo al descubrimiento de, y a hacer una publicación sobre, la fortaleza-palacio islámico de Ukhaidhir y que la había llevado a Assur en 1909, en que Andrae escribe: «Quería conocerlo *todo* y se introducía infatigablemente conmigo por todas las grietas y zanjas de la exca-



Sir Leonard Woolley sosteniendo una de las arpas del Cementerio Real de Ur: el marco está relleno de yeso mate que fue introduciendo por los pequeños agujeritos que tenía la madera podrida, una intuición de la que estaba justificadamente orgulloso.

vación». Habiéndole sido confiado el cuidado de las antigüedades de Irak, llevó a cabo su trabajo con su acostumbrada escrupulosidad, encontrando al nuevo rey, Faisal, «perfectamente bien dispuesto hacia la arqueología ya que había sido entrenado por T. E. Lawrence» (que había estado excavando con Woolley y Hogarth en Siria antes de la guerra). Se inició un museo en Bagdad, y con una ley de antigüedades que reservaba para Irak todas las piezas únicas y la mitad del resto de cualquier excavación, pronto se necesitó otro edificio mayor y Miss Bell no daba abasto a catalogar las adquisiciones del museo y conseguir para ellas las vitrinas adecuadas. Porque no transcurrió mucho tiempo antes de que Irak fuese el anfitrión de más expediciones extranjeras que nunca hubiera visto siendo una provincia otomana y, afortunadamente, con las nuevas normas la calidad del trabajo también mejoró.

Cuando se preveía el fin de las hostilidades, el olor de una renovada estabilidad en Mesopotamia bajo la administración británica había ocasionado una salivación anticipatoria en la boca del Museo Británico, y ya en 1918 R. Campbell Thompson, un asiriólogo que servía con las fuerzas armadas en Mesopotamia, había hecho algunas zanjas exploratorias en los montículos de Abu Shahrain (Eridu), en representación del museo. Fue seguido en 1919 por H. R. Hall, que fijó su atención en Ur y especialmente en el pequeño montículo cercano llamado Tell Al Ubaid, en donde hizo algunos descubrimientos fascinantes antes de serle ordenado volver. Para entonces, el apetito ya estaba suficientemente estimulado y, en esta ocasión, el mundo puede estar agradecido a que el Museo Británico tuviese la suerte a dos bandas: encontró la Universidad de Pennsylvania capaz y deseosa de ayudar en la financiación de los trabajos propuestos y encontró, como director de las excavaciones, a C. L. Woolley, un hombre capacitado para el trabajo por su experiencia en Carchemish y otros lugares y que demostraría estar a la altura de una tarea cuya magnitud nadie hubiese adivinado al principio.

El resultado de las excavaciones de Ur se describe en otra parte, por lo que aquí debemos mencionar brevemente las demás expediciones que siguieron como consecuencia. Claramente, la atención del mundo ilustrado estaba ahora concentrada en las primeras fases de la historia de Mesopotamia por lo que, por los mismos motivos que se escogió Ur, encontramos expediciones a una serie de lugares sumerios. Los franceses volvieron brevemente a la escena de sus antiguos triunfos en Tello, los alemanes pudieron proseguir sus trabajos de la preguerra en Warka en 1928, donde su meticulosa recuperación del complejo extraordinario de los templos de los últimos cuatro milenios aún continúa hoy en día; una expedición norteamericana volvió a Fara durante un corto período y otra expedición conjunta de Oxford y Chicago empezó a trabajar en la importante ciudad norteña de Kish, primer asentamiento de la monarquía después del Diluvio, de acuerdo con la Lista de Reyes. Sin embargo, todas estas expediciones individuales se quedaron pequeñas con la llegada a la escena en 1927-1928 del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago.

Financiado principalmente con fondos de Rockefeller, el Instituto, bajo su director, J. H. Breasted, había estado dirigiendo, desde la guerra, un asalto cuidadosamente planeado a los centros de la antigua civilización en el Oriente Próximo que en Irak se realizó reexcavando el palacio de Sargón en Khorsabad y en nuevas excavaciones, en una escala sin precedentes, en cuatro emplazamientos separados en la región de Diyala, al este de Bagdad. La logística de la operación estaba en consonancia con la magnitud de sus aspiraciones. Uno de sus miembros escribió: «Estos complejos dedicados a la excavación... deberían ser centros de investigación de tipo occidental, establecidos en

estos países con la colaboración y protección del gobierno local. No hay razón para suponer que su eficacia se vería disminuida por la provisión de equipamiento y amenidades de las cuales disfrutan instituciones similares en América... en Tell Asmar, cuarenta millas al este de Bagdad, en una estación del desierto con estudios fotográficos y laboratorio completamente equipados se encuentra un centro para la excavación de todo un grupo muy productivo de emplazamientos sumerios».

Si bien el ímpetu inicial para escoger Khafajah y Tell Asmar fue consecuencia de la aparición en el mercado de antigüedades de Bagdad de estatuillas sumerias encontradas en aquellos lugares, la selección de estas dos ciudades estaba perfectamente de acuerdo con los propósitos expresados por el Instituto Oriental y las ideas del director de campo, Henri Frankfort. Frankfort trabajó siempre en estrecha colaboración con Thorkild Jacobsen, un erudito sumerio incomparable y, como arqueólogos, Seton Lloyd y Pinhas Delougaz y ello se tradujo en la constante interrelación de datos referidos a arqueología, arte histórico, arquitectura e historia, cuyo resultado fue reaplicado inmediatamente a los puntos de vista aceptados en la época, cosa que con frecuencia los ponía en entredicho. En 1929 se reunieron en un congreso en Bagdad los arqueólogos que trabajaban en Irak y determinaron, entre otras cosas, la nomenclatura de la historia antigua y de la prehistoria de Irak, determinando la secuencia de Al Ubaid, Uruk, Jamdat, Nasr y Antigua Dinastía. Durante todo su trabajo en los emplazamientos de Diyala, el propósito de Frankfort era establecer líneas de desarrollo dentro de estas «entidades estáticas» y en 1935 escribió que: «podemos emprender esta tarea con mayor seguridad y más precisión, ya que ahora contamos con seis series paralelas de restos estratificados que conectan el período de Jamdat Nasr con los tiempos de Sargón de Akkad».

Por lo tanto, este proyecto de Diyala consiguió su propósito de establecer un orden de sucesión arqueológico en el cual podían encajar los trabajos previos y contemporáneos en los emplazamientos sumerios: la corroboración de la estratificación del templo de Khafajah Sin por la secuencia del templo de Abu en Tell Asmar –por nombrar sólo los dos principales– evitaba el riesgo de error que podía resultar de condiciones locales especiales, que pueden confundir al arqueólogo incauto y, como consecuencia, la división de la Antigua Dinastía en las fases I, II y III, propuestas sobre la base de la secuencia de Diyala, fue la piedra angular por la cual se pudieron relacionar entre sí los hallazgos inconexos de Kish, Tello, Warka o Ur y todavía hoy sirven como norma para vincular los recientes descubrimientos de Nipur, Al-Hiba, Abu-Salabikh, Isin, etc.

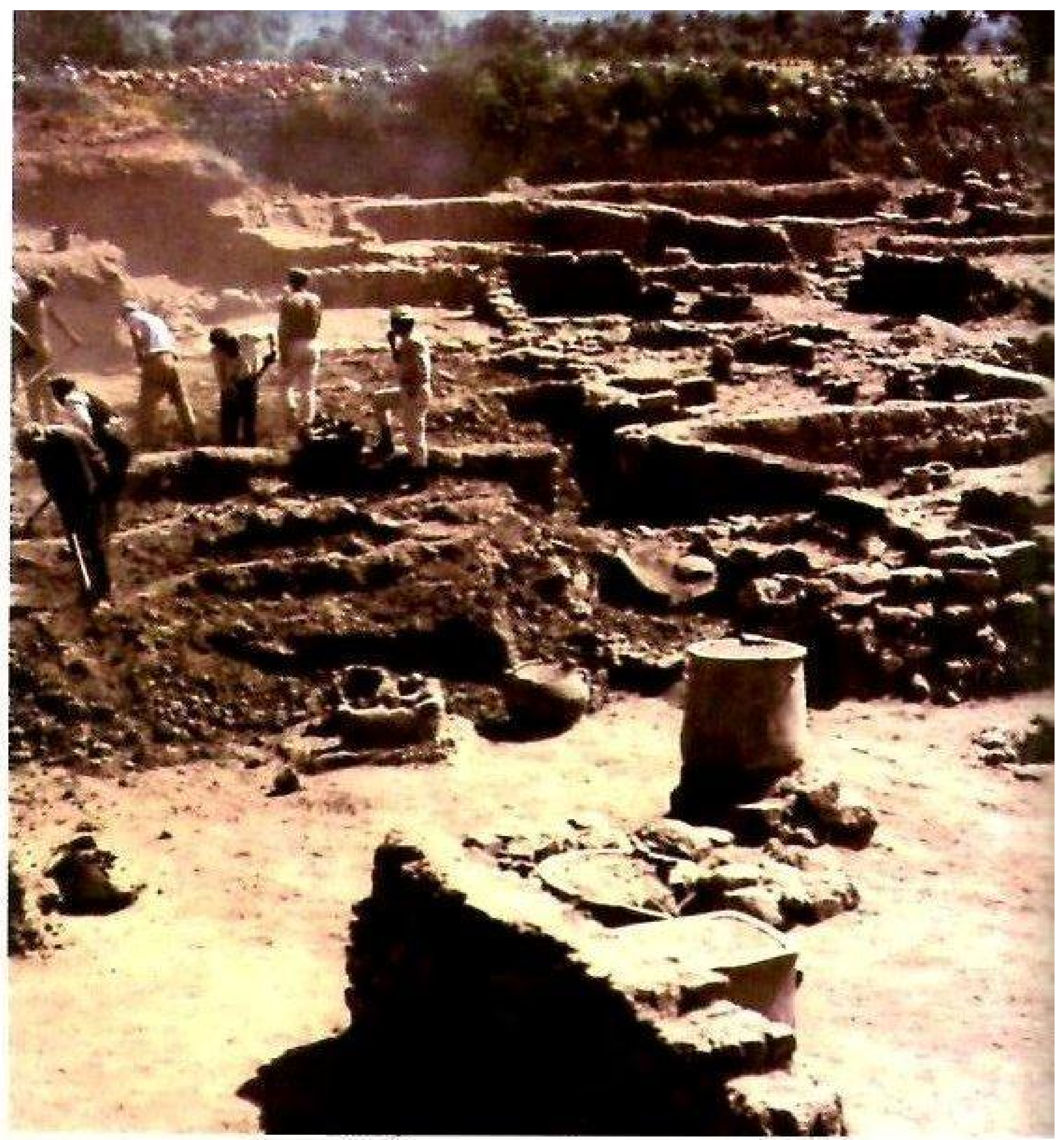
Fuera de Irak. Aunque el núcleo de la cultura de Mesopotamia se encuentra siempre dentro del moderno Irak, naturalmente, no acababa dentro de las actuales fronteras, como tampoco lo hicieron los arqueólogos de Mesopotamia. Los mercaderes sumerios, y más tarde los babilonios y asirios, se filtraron en Irán por el Tigris y el Éufrates y, a través del golfo, por el mar hasta el Indo. Por todas estas rutas surgieron avanzadillas de la cultura mesopotámica cuya afinidad con el área central se transformó poco a poco a medida que se hacían sentir nuevas esferas de influencia. La más cercana de estas ciudades es Susa, posteriormente residencia de los reyes de Persia, pero ligada íntimamente con la cultura del sur de Sumeria desde antes de los primeros escritos. Allí, al empezar el nuevo siglo, los franceses se vieron favorecidos con una concesión insólitamente generosa del gobierno persa y durante años, las excavaciones de Susa y de los lugares circundantes que han producido monumentos mesopotámicos como el código de Hammurabi y la estela de Naram-Sin, han sacado a la luz toda la envergadura de la civilización elami-

Una de las más bellas estatuas encontradas por Parrot en Mari: un agujero permitía la entrada de agua, que salía por la vasija que sostenía la diosa (h. 1800 a.C.). Alepo.



ta con su lenguaje, cultura local y las dinastías cuyos miembros decididamente fueron una espina persistente clavada en el flanco de Mesopotamia.

Después de la Primera Guerra Mundial, la influencia francesa fue muy importante en Siria y no hay duda de que, en parte como resultado de la situación política, su principal tarea en Mesopotamia se trasladó de Tello al ahora famoso emplazamiento de Mari, Tell Hariri, justo al norte de la frontera sirio-iraquí, en el Éufrates. Aquí, A. Parrot tuvo suerte tan pronto como sus picos rompieron la superficie del montículo y durante las 20 temporadas de trabajo, no ha dado signos de cesar el flujo de hallazgos que ilustran los períodos de la antigua Babilonia y el pre-sardónico. Las excavaciones de M. E. L. Mallowan al norte de los afluentes del Habur en 1930 proyectaron una nueva luz sobre la presencia de la cultura mesopotámica en Siria. En Tell Brak hubo un palacio militar construido por el rey acadio Naram-Sin, mientras en Chagar Bazar, un archivo del «período Mari» mostraba que allí se encontraba una de las mayores ciudades-estado tan características del norte de Mesopotamia en aquellos tiempos. Tanto Mari como la cuenca del Habur están situadas en la ruta de Asiria y Babilonia hacia el Mediterráneo y el interior de Anatolia, la moderna Turquía, y las inscripciones y otros hallazgos atestiguan las estrechas relaciones



Arriba: Kültepe, en la Turquía central. Se ven recipientes y otros objetos domésticos que están siendo desenterrados del barrio comercial de la ciudad de Kadesh, durante las excavaciones del profesor T. Özgüç.
Página siguiente: Vista del complejo del gran templo de Hatra en el desierto, al oeste de Assur.
Abajo: Vasijas rotas entre las ruinas de los almacenes del templo del dios de la tempestad en Bogazköy (Hattusas) descubiertas durante las excavaciones del profesor K. Bittel.





entre esas áreas a principios del segundo milenio. Un testimonio todavía más elocuente fue facilitado por el orientalista checo Bedrich Hrozny, que siguió la pista de los documentos de negocios de la colonia de mercaderes de la antigua Asiria, que habían aparecido durante muchos años en el mercado de antigüedades, hasta su origen en las llanuras debajo del montículo de Kültepe (cerca de Kayseri, en Capadocia). La capital del imperio hitita, Hattusas (actualmente Bogazköy) había empezado a revelar sus secretos en 1906, cuando comenzaron las excavaciones bajo la dirección del alemán Hugo Winckler, pero los archivos de Kültepe, con su vívida correspondencia, ilustraron las condiciones económicas de la época de forma absolutamente inesperada y ofrecieron una visión de Anatolia con sus variadísimos reinados en unas fechas en que estaban lejanos todavía los días de la guerra de Troya. Hoy la investigación del emplazamiento de Kültepe está en manos del profesor Tahsin Özgüç, de la universidad de Ankara, y él y otros colegas turcos han abierto el campo de la arqueología urartiense, que comienza a proporcionar una fuente complementaria de la historia de los días del imperio asirio. En el otro extremo de la red comercial de Mesopotamia, se encuentra la árida isla de Bahrein, identificada con el Dilum sumerio, que sirvió de centro de distribución para los marinos mercantes en el golfo desde antes de los días de Abraham. Aquí, en las décadas de 1950 y 1960, una expedición danesa descubrió las principales fases culturales del pasado de la isla y consiguieron vincularlas con el orden de sucesión arqueológico de Mesopotamia, demostrando los estrechos lazos con la civilización del valle del Indo. Aunque los arqueólogos no han encontrado archivos de mercaderes –que debieron haber existido– los hallazgos han sido suficientes para permitirnos reconocer que ésta fue una avanzada de la civilización sumeria y babilónica.

La iniciativa iraquí. Mientras en distintas partes se intentaba descubrir la expansión de la cultura mesopotámica, también se abrían nuevas investigaciones dentro del propio Irak. Quedan muchas zonas en blanco tanto en el panorama geográfico como en el cronológico, y a pesar de la cantidad de expediciones extranjeras, ha habido una tendencia, por otra parte comprensible, a concentrar su atención en los períodos que parecen significativos en el contexto de la historia mundial, especialmente en la época de los grandes palacios asirios y los primeros días de la alfabetización sumeria. Sin embargo, la Dirección de Antigüedades de Irak estaba naturalmente interesada en todas

las épocas de la historia y la prehistoria iraquí, y cuando la Segunda Guerra Mundial obligó a partir a las expediciones extranjeras, los iraquíes iniciaron excavaciones –especialmente en Taha Baqir y Fuad Safar– con el convencimiento de que había mucho terreno por explorar. Con el asesoramiento de Seton Lloyd, que había sido miembro de la expedición Diyala, de Chicago, emprendieron excavaciones relativamente cortas en lugares cuidadosamente seleccionados, a consecuencia de las cuales se tuvo conocimiento de toda una serie de períodos descartados anteriormente. Aunque Hammurabi y su código legal habían sido famosos durante muchos años, no había trabajos arqueológicos para complementarlos y en los emplazamientos de Tell Harmal (en la periferia de Bagdad) y de Tell ed-Der se encontraron no sólo cartas y documentos del período de la antigua Babilonia, sino un bien documentado contexto arqueológico para ellos, un complemento que se necesitaba urgentemente sobre la imagen muy detallada de las condiciones sociales, económicas y políticas proporcionadas por los cientos de tablillas contemporáneas de la época en que fueron a parar, sin ninguna documentación arqueológica, a los museos del mundo. También había sido igualmente descuidada en Irak la arqueología de finales del segundo milenio a.C. –excepto por la ciudad hurrita de Nuzi, excavada en 1920 por un equipo norteamericano– y, de nuevo aquí, los iraquíes excavaron en la capital casita de Dur-Kurigalzu, la actual Aqar Quf, en donde se localizaron un templo y un palacio con interesantes resultados. Si retrocedemos en el tiempo, encontramos excavaciones interesantres en Tell Uqair, que ilustran el más bien descuidado período de Uruk, y en Eridu, en donde la sucesión de cerámica prehistórica fue determinada sólidamente y arrojó una nueva y fascinante luz sobre la época de los continuos asentamientos en el lugar. Finalmente, debemos mencionar el inicio de un proyecto, que aún se está llevando a cabo hoy, el descubrimiento de la ciudad desértica de Hara, con sus templos de piedra, fortificaciones y casas.



Las actividades de la Dirección de Antigüedades de Irak, que han continuado hasta nuestros días, cambiaron el sistema de excavaciones en Mesopotamia e introdujeron una sensación de problema que anteriormente se había sofocado en el deseo de trabajar en los grandes emplazamientos, sin tener en cuenta sus características. Aunque después de la Segunda Guerra Mundial se reemprendieron muy pronto dos de los trabajos, en un vínculo consciente con los pioneros del siglo XIX –los británicos en Nimrod y los estadounidenses en Nipur– durante los últimos 30 años se han multiplicado el número de proyectos menos ambiciosos, como también los métodos empleados. Antes de mencionar algunos de los trabajos arqueológicos más recientes en Mesopotamia, es el momento de considerar el marco en el cual se debe operar y algunos de los objetivos subyacentes.

La arqueología de Mesopotamia hoy. Sir Leonard Woolley, en un escrito de la época de sus valiosos hallazgos en el Cementerio Real de Ur, afirmaba que: «El propósito del arqueólogo de campo es descubrir e ilustrar el curso de la historia de la humanidad», y, excepto en los días más oscuros de los arqueólogos mesopotámicos, se ha buscado siempre la información más que los tesoros. En el siglo XIX, el motivo inicial fue la curiosidad por el resurgimiento repentino de un mundo que había permanecido

La gran masa de tierras acumuladas obligó a Layard a excavar Kouyunjik practicando túneles a lo largo de los muros recubiertos de placas, en contra de lo que hubiese deseado. British Library.

muerto durante mucho tiempo, con la sorprendente revelación de que los acontecimientos de la Biblia se describían en documentos de la época y que podíamos descubrir la historia de Mesopotamia en un período hasta entonces sólo intuido confusamente en el Libro del Génesis. La caza específica de alusiones bíblicas se substituyó pronto por un interés más general en los orígenes de la civilización del Oriente Próximo y en la década de 1920, este interés fue racionalizado por J. H. Breasted, del Instituto Oriental de Chicago, que describió los propósitos del Instituto como «una contribución a la comprensión de la vida humana proporcionando un conocimiento más completo del proceso y etapas del largo desarrollo por el cual hemos llegado a ser lo que somos. Este objetivo supone para nosotros la tarea de recobrar un gran grupo de civilizaciones perdidas de Oriente Próximo, que contribuyeron a poner los cimientos de la civilización del mundo occidental». Si bien no todo el mundo lo expresaría con los mismos términos, seguramente esto refleja la justificación subyacente de cualquier historiador o arqueólogo que trabajase en el antiguo Oriente Próximo. La atracción especial por Mesopotamia está confiadamente expresada por el profesor S. N. Kramer en el subtítulo de uno de sus libros sobre Sumer: «veintisiete "principales" en la historia documentada de la humanidad». Aunque nuestro vocabulario puede modificarse con las modas cambiantes de la arqueología, la antropología, la economía y la sociología, el atractivo de la antigua Mesopotamia es constante y reside en las dos prioridades no faltas de relación: la primera civilización alfabetizada y la primera sociedad auténticamente urbanizada.

Medios y motivos. En Mesopotamia, quizás más que en cualquier otra parte, cada arqueólogo es prisionero de un triángulo de variables interconectadas: la financiación, los métodos y la información. La meta de toda arqueología respetable es la recuperación de información y el factor constante (y normalmente inadecuado) son los recursos. Esto pone la decisión principal del arqueólogo en la esfera del método y debemos admitir que incluso durante el siglo XX los métodos de los arqueólogos de Mesopotamia han sido merecedores de críticas. Mortimer Wheeler escribió en 1952: «A la vista de los buenos resultados en nuestro país, ¿cuál ha sido el error de la arqueología de campo en el Este o en el Oriente Próximo?». Y si bien no fue en Mesopotamia en donde se emplearon más de 1.300 obreros con sólo un director, se debe admitir que en ocasiones se han hecho «excavaciones en masa de las cuales se han obtenido planos extensivos de edificios y amplios



Tablilla de cuentas con anotaciones de objetos de cobre, entre los que se incluyen: «327 siclos de cobre, que pesan 1 talento y 1 mina» (de Umma, h. 2050 a.C.). Museo Británico.

hallazgos que gratifican al patrón, pero que no se parecen en nada a un trabajo preciso y documentado».

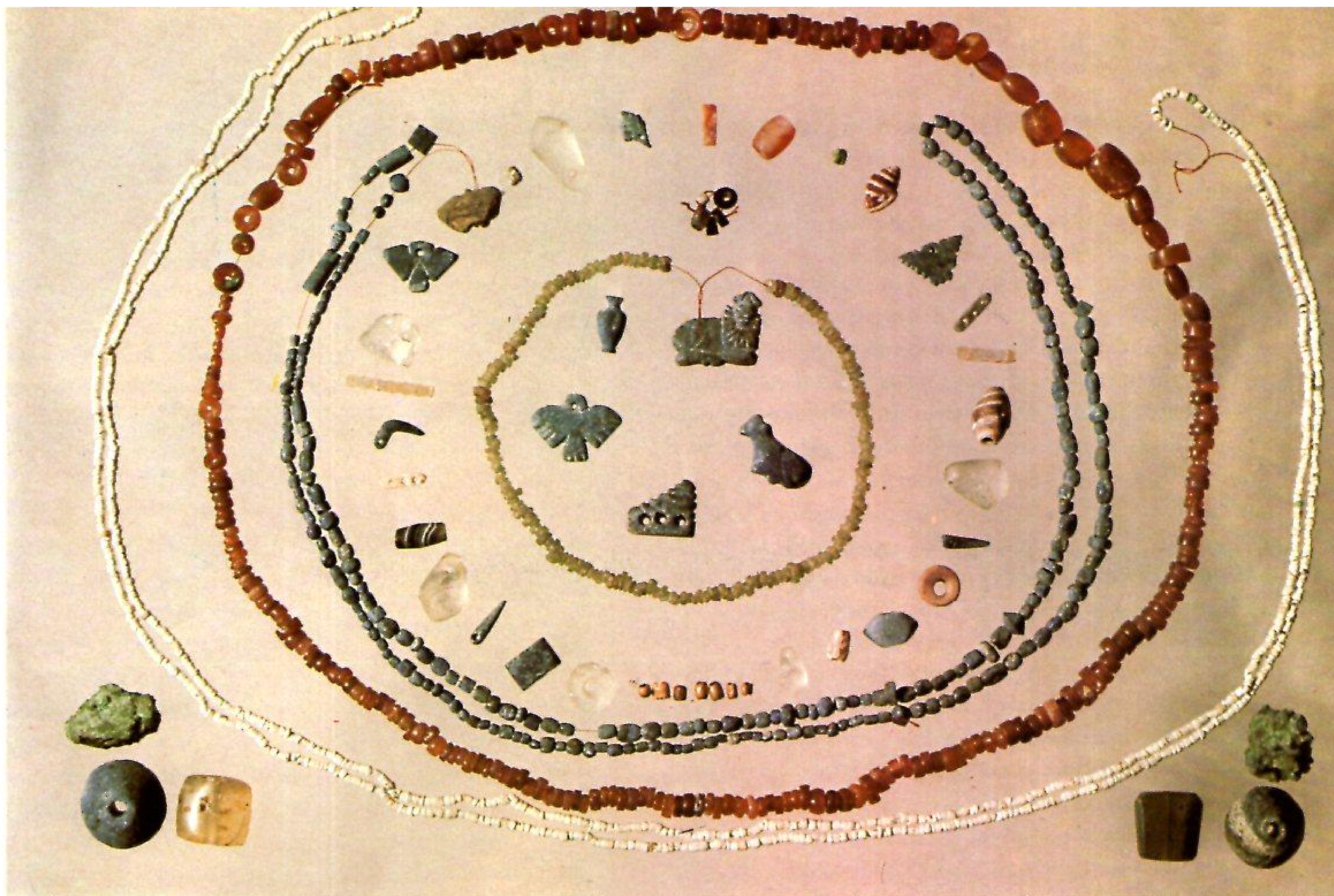
Presionado en contra de su criterio, con frecuencia la premura de obtener buenos hallazgos con los cuales atraer más fondos para futuras prospecciones –algo que ya comenzó con Layard– el excavador no siempre resistió la tentación de equiparar el volumen de tierra removida con la información recuperada, con la consecuente inexactitud en la documentación, cosa absolutamente deplorable ya que estas deficiencias no se pueden reparar nunca. Sin embargo, la aseveración de que las excavaciones del Oriente Próximo deberían hacerse servilmente de acuerdo con los métodos universalmente aplicados a los yacimientos de la Britania romana, han sido vigorosamente rebatidos por, como mínimo, un distinguido arqueólogo mesopotámico y hay que admitir que deben adaptarse al emplazamiento. Quizás: «No hay método adecuado para la excavación de un yacimiento británico que no pueda aplicarse –mejor dicho, debe ser aplicado– a otro de África o Asia» (R. E. M. Wheeler), pero ni incluso el más fanático insistiría en que las secciones de un período de un palacio asirio de Khorsabad deberían haber sido hechas a escala 1:10 y a intervalos de 5 m: la información adicional que hubiese proporcionado no justificaría de ninguna manera el enorme costo en tiempo y dinero y se hubiesen obtenido los mismos resultados de otra forma. Hay ciertos factores constantes en las excavaciones de la Me-

sopotamia histórica que deben permitir que el prospector escoja el método y que dicte las desviaciones de la práctica, si no del principio, de lo que se ha denominado «liturgia del procedimiento» de la arqueología romano-británica.

Para definir el problema, déjesenos citar las palabras de uno de los más experimentados arqueólogos prácticos del Oriente Próximo, David Oates: «El excavador del Oriente Próximo puede enfrentarse... a dos situaciones fundamentalmente distintas. Puede encontrar edificios monumentales, llenos de escombros áridos de sus paredes masivas y, con frecuencia, con poca o ninguna ocupación estratificada porque el suelo original de un templo o palacio era limpiado habitualmente y fue utilizado durante siglos... Por el contrario, el excavador puede encontrarse con niveles de ocupación esencialmente doméstica, en donde las estructuras más endebles eran reemplazadas a intervalos cortos y se llenaban paulatinamente de escombros». Un factor común a estas dos situaciones distintas es la presencia de adobes. La baratura y disponibilidad permanente de ellos son, en parte, el motivo por el cual los edificios públicos podían ser planificados a escala tan amplia y la razón por la que las casas particulares podían ser modificadas, derribadas y vueltas a construir tan habitualmente. Es más, son los adobes los que han suministrado al arqueólogo del Oriente Próximo uno de sus principales dolores de cabeza: los ladrillos sin cocer, especialmente los antiguos, los estropeados, son difíciles de distinguir, para una persona no entrenada, del suelo circundante y, al principio, generalmente no se reconocían las paredes de ladrillos. «Todavía hay dibujos que se han hecho familiares en todos los libros de texto sobre excavaciones, como los del palacio hitita de Sakjegeuzi, en donde las paredes de adobes de seis pies de grosor han sido laboriosamente cortadas y quitadas, dejando sólo en pie las planchas grabadas que habían adornado las fachadas.» Fue el instinto arquitectónico de Koldewey y Andrae, en Assur y Babilonia, el que primero concedió la atención debida a las paredes y edificios de adobe y cuando los excavadores norteamericanos, después de la Primera Guerra Mundial, buscaron picadores expertos en arqueología, los encontraron en Sherqat, entre los obreros de Andrae. Hoy, la mayoría de expediciones iraquíes y extranjeras confían, para el trabajo especializado de descubrir muros, en los descendientes de las brigadas de Assur, y muy acertadamente, porque después de toda una vida de convivir con distintos tipos de tierra y de ladrillos, el «sherqati», que vale su peso en oro, está mucho más capacitado para detectar la presencia de un muro de adobes, que el voluntario entusiasmado con su trasplantador de la Britania romana.



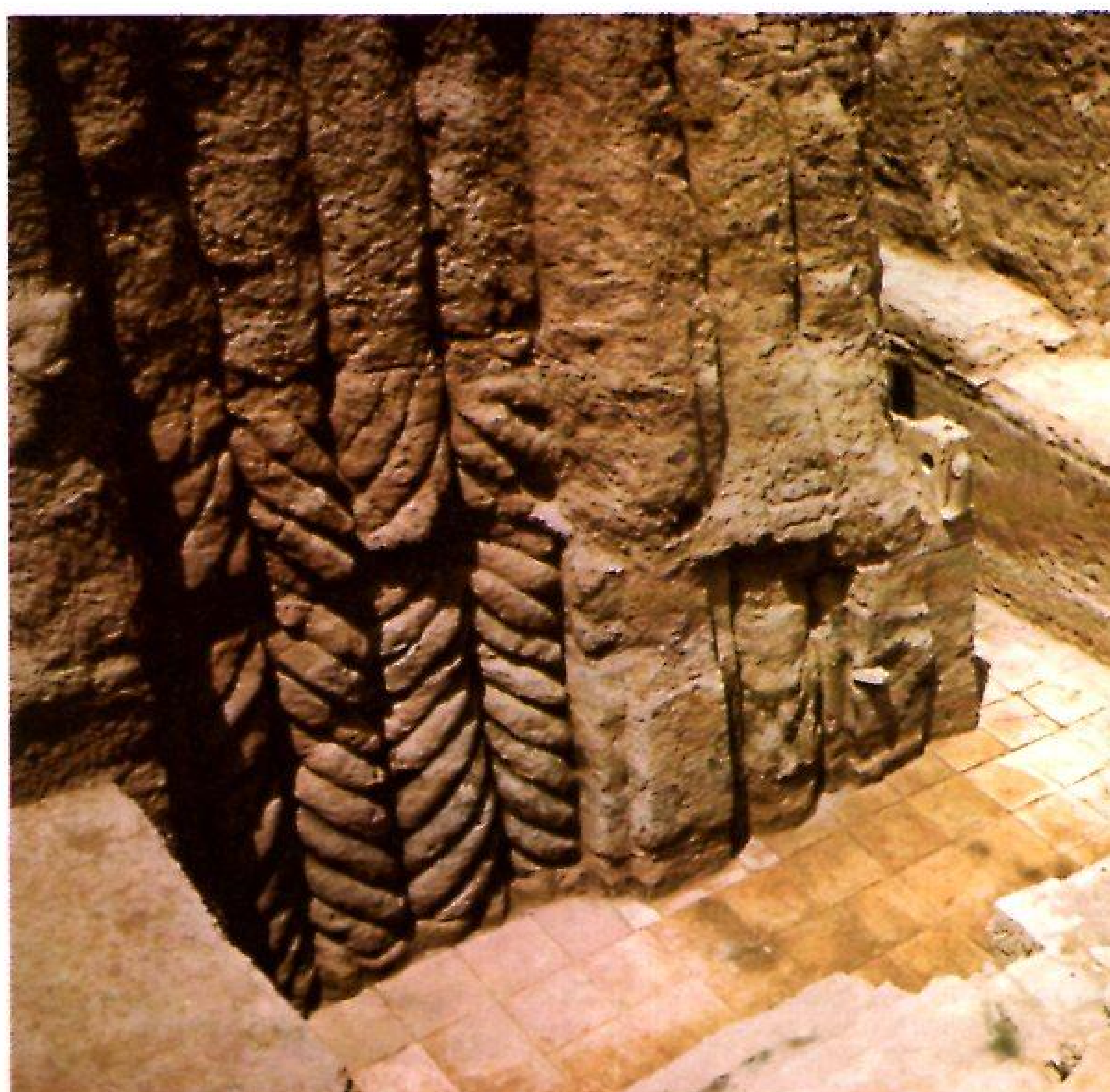
La evidencia escrita. Hay un aspecto en el cual los típicos lugares históricos de Mesopotamia difieren de casi todos los demás y es en la presencia de documentos escritos. Naturalmente, un templo u otro edificio público egipcio o griego tendrá, con frecuencia, inscripciones monumentales que permiten su identificación, en las cuales consta el nombre del constructor, restaurador, el dios al cual está dedicado y mil y un otros hechos relevantes que son apreciados por el arqueólogo. Con frecuencia también, el yacimiento en el que se está trabajando, ya sea en el Mediterráneo o incluso en un lugar tan apartado como en la Britania romana, juega un papel conocido en la historia y geografía del área, lo cual ayuda al asesoramiento de los historiadores respecto a los resultados arqueológicos, incluso si no han aparecido inscripciones en el propio lugar. Todas estas ventajas están presentes también en los emplazamientos históricos de Mesopotamia, pero la índole de las tablillas cuneiformes es tal que tenemos el privilegio de recuperar un tipo de documentación escrita que puede proporcionar al arqueólogo detalles específicos del edificio o estancia que está excavando, de una manera que debería transformar completamente el significado de su trabajo. No intentamos decir que la presencia de información escrita sobre una casa o su propietario



permita al excavador prestar menos atención a algunos detalles recuperables arqueológicamente, sino al contrario. Es cierto que si se encuentra una lista de vasijas pertenecientes al dueño de la casa, no será necesario descubrir un vaso de cobre en las paredes para creer que lo tenía; pero la combinación de la arqueología con las pruebas escritas refuerza el significado de ambas y, por lo tanto, la presencia de tablillas impone al arqueólogo una obligación aún mayor para mantener sus anotaciones impecables. Puede ser que la mayor parte de las casas en el barrio de una ciudad hayan sufrido pequeñas modificaciones en su vida y, con frecuencia, un arqueólogo tiene poco que decir, si no recibe ayuda. Sin embargo, si en la casa encuentra las escrituras de venta o de herencia, es posible que pueda aclarar la parte de uno y otro hermano o saber con seguridad el muro que se levantó cuando fue necesario vender parte de la casa después de la muerte del padre.

Lo que es cierto para una casa puede aplicarse a mayor escala. Estamos sólo empezando a darnos cuenta de las extraordinarias oportunidades a nuestro alcance por el hecho de que, intencionadamente o no, hayan llegado a nuestras manos incluso los documentos más nimios de la civilización mesopotámica. Los abundantes detalles de las transacciones comerciales de mercaderes asirios en Anatolia alrededor del 1800 a.C., la procedencia de las condi-

Las excavaciones dirigidas por el autor en Abu Salabikh en 1975 intentaban reconstruir una imagen de la ciudad sumeria durante el período de la Antigua Dinastía. Aquí vemos una jarra rota *in situ* con un conjunto de gargantillas *(página anterior)* y las mismas gargantillas después de la excavación *(arriba)*.
Abajo: Las excavaciones de Tell Al-Rimah descubrieron un magnífico templo del período de la antigua Babilonia (h. 1800 a.C.), con todos los muros exteriores decorados con medias columnas incrustadas de adobes imitando el tronco de palmeras datileras o el entramado la cebada (como aquí).



ciones sociales en la Babilonia de Hammurabi o las anotaciones diarias de la economía interna en la III Dinastía Ur, producidas en masa con sorprendente laboriosidad por la burocracia de Shulgi; éstas fuentes nos hacen ver un ángulo de la historia de Mesopotamia de especial significancia para el arqueólogo. De hecho, en muchos aspectos, el trabajo en una ciudad-estado de Mesopotamia es comparable con los problemas de la arqueología urbana medieval en Europa. Con este conocimiento detallado de las condiciones sociales y económicas, el excavador ya no depende de sus propios resultados y de extrapolar, ya sea intuitiva o estadísticamente, conclusiones más generales. Más bien debe alegrarse de poder prescindir de la especulación necesaria en un contexto arqueológico no alfabetizado y substituirlo por la investigación de hechos precisos: relacionar los planos de construcción con las condiciones sociales, distinguir los edificios privados de los públicos y establecer su identidad exacta y, por lo tanto, relacionar las fases estratigráficas con los acontecimientos históricos. O sea, que aunque a veces se haya expresado la opinión de que debería imponerse una moratoria en todas las excavaciones de Mesopotamia hasta que se hayan leído y sacado conclusiones de las tablillas cuneiformes que actualmente yacen sin publicar en los museos del mundo, se puede obtener provecho de la excavación controlada de la evidencia escrita, tanto por los arqueólogos como por los lectores de tablillas. El archivo de casi 2.000 documentos legales encontrado en 1975 en Tell ed-Der por una expedición belga aportará mucha más información que la cantidad mucho mayor de tablillas excavadas en el lugar en la década de 1880, sencillamente porque su contexto arqueológico fue anotado meticulosamente y será también meticulosamente publicado.

La elección de emplazamiento. Cuando los caballeros de Pennsylvania buscaban un lugar para comenzar sus excavaciones en Mesopotamia y se inclinaron por las enormes ruinas de Nipur, Hilprecht se pronunció enérgicamente en contra e intentó convencerlos para que lo cambiasen por Fara, que era una empresa menos ambiciosa. Más tarde persuadió a la Sociedad Oriental Alemana para que trabajase allí durante un año. Mirándolo retrospectivamente, hemos de admitir que el razonamiento de Hilprecht era, como siempre, acertado, pero también es fácil simpatizar con quienes prefirieron la atracción del emplazamiento mayor. De hecho, todavía hoy, el arqueólogo que busca un lugar en Mesopotamia se enfrenta al mismo dilema. Porque, si bien es cierto que para obtener resultados importantes en una gran civilización urbana uno se debe inclinar por las grandes ciudades, no lo es menos que cuanto mayor sea el yacimiento más pequeña es la proporción que se puede esperar descubrir y que la mayor parte de las grandes ciudades antiguas hoy yacen enterradas bajo capas posteriores –helenas, partas, sasánidas o islámicas–

El acueducto de Senaquerib en Jerwan (reconstruido *abajo* según Lloyd) llevaba agua desde Nínive, pasando sobre el cauce de un pequeño río. Construido con ladrillos, el lecho, por el cual pasaba el agua, estaba recubierto de alquitrán. Estaba sostenido por arcos en punta bajo los cuales discurrían las aguas del riachuelo después de las lluvias de invierno y primavera.





que son en sí mismas importantes y no pueden ser sencillamente arrasadas, sino que se deben anotar antes de excavarlas, cosa que requiere tiempo y trabajo. De hecho, fue el tamaño de las ciudades de Mesopotamia lo que provocó algunos de los peores crímenes cometidos en nombre de la arqueología: grandes emplazamientos requieren grandes excavaciones para obtener resultados significativos, y grandes edificios necesitan muchos obreros para desescombrarlos. R. E. M. Wheeler reconoce este dilema –si bien no da la solución– cuando dice: «Una de las ciudades más dramáticas y reveladoras de todas las excavadas es la prehistórica Mohenjo-Daro... Técnicamente, los métodos adoptados por una sucesión de excavadores fue casi un escándalo internacional... pero la principal maravilla de la gran ciudad del Indo no es que se desarrolló (o no lo hizo) de tal y tal manera... sino que llegase a existir de la forma singular en que la extensiva, si bien desproporcionadamente breve, excavación ha revelado... No hay duda de que Mohenjo-Daro ocupa un lugar representativo de una de las grandes civilizaciones del mundo, hasta cierto punto a causa de los crímenes de sus exploradores».

Hoy en día, con el cambio en la práctica aceptada arqueológicamente, no se pueden emprender tan a la ligera estas empresas al por mayor y una de las formas en las que se busca la adecuada cosecha de información sin excavaciones «desproporcionadamente sumarias» es con la selección cuidadosa del emplazamiento para conseguir un objetivo determinado o responder a un problema específico. El trabajo iraquí ya mencionado cumple con algunas de estas condiciones y otro ejemplo es la expedición británica a Tell Al-Rimah (1964-1971). David Oates, el excavador, notando la escasez de información sobre la historia de Asiria durante el segundo milenio a.C. escribió al iniciarse los trabajos: «El motivo de esta falta de información sobre Asiria propiamente dicha, es de índole práctica. Las ventajas geográficas y climáticas que hicieron de la llanura que circunda Nínive un núcleo suficiente para la

conquista de un imperio, han asegurado la ocupación intensiva y continuada de la mayor parte de pueblos y ciudades. Los asentamientos de la Antigua y Media Asiria, así como las ciudades y pueblos del tercer milenio a.C. yacen bajo los imponentes restos del Último Imperio Asirio y son inaccesibles al excavador. Los materiales y documentos de períodos anteriores deben buscarse en áreas menos favorecidas, en las que los asentamientos individuales tuvieron una vida más corta».

El yacimiento de Tell Al-Rimah justificó el cuidado y la experiencia con que fue escogido. Un gran templo con trazos arquitectónicos únicos, un palacio, y en cada edificio un archivo de cartas y tablillas administrativas de la antigua Babilonia, revelan la situación de la ciudad en la compleja política de principios del segundo milenio; sigue una valiosa orden de sucesión arqueológica que continúa ininterrumpida hasta el período de la expansión del Imperio Asirio Medio, del cual tenemos un archivo de documentos administrativos y de negocios que revelan el rango de la ciudad y las actividades de algunos de sus ciudadanos más destacados y, después que una perforación significativa en la estratificación refleja los años de la decadencia asiria, los nuevos habitantes nos dejaron un altar que contenía una hermosa estela neoasiria con evidencia valiosa sobre la política de la repoblación del área. Aunque esta excavación fue muy provechosa en cuanto al peso de la información recobrada respecto a los recursos, las capas más antiguas están enterradas a bastante más profundidad, por lo que las mismas consideraciones que aconsejaron escoger este lugar, aconsejaron también suspender las excavaciones, como mínimo temporalmente. Woolley reconoció que hay un punto, en cada emplazamiento, en el que el futuro trabajo proporcionará menos información y hallazgos, y escribió que si bien «sólo se exploró concienzudamente una fracción diminuta del área de la ciudad, sin embargo obtuvimos una imagen razonablemente detallada de Ur durante sus cuatro mil años de existencia e hicimos descubrimientos que sobrepasaban con mucho nuestras expectativas; ahora había el peligro de que ulteriores perforaciones darían resultados más o menos repetitivos y que no se podía emprender la preparación de nuestro material para su publicación, una imperiosa tarea, mientras continuase el trabajo de campo».

Este último punto se olvida con demasiada frecuencia. Sin embargo, se recupera mucha información y, no importa cuán científicamente se haya hecho una excavación, es inútil hasta que el excavador ha interpretado los resultados y los ha hecho accesibles al público. Aunque hay buen número de publicaciones sobre muchos trabajos de Mesopotamia –como Assur, Babilonia y Ur– también hay excepciones, entre las cuales se encuentran las expediciones que se han hecho a Warka (Uruk) de cuando en cuando, desde antes de la Primera Guerra Mundial. Si tenemos en cuenta sus bellas monografías sobre cierto tipo de hallazgos y los informes anuales conteniendo muchos planos y descripciones arquitectónicas detalladas, éste puede parecer un ejemplo injusto. Sin embargo, el formato de un informe anual es tan poco adecuado para la presentación ordenada de los resultados arqueológicos y los edificios de Warka son tan complejos, que el mundo de los eruditos apenas está mejor informado que el público en general sobre las grandes series de templos del cuarto milenio que son de extrema importancia en la historia de la arquitectura. El defecto no reside en la cualidad científica de las excavaciones o de los informes, sino en que no hay ni una sola publicación en la cual quienes estuvieron presentes en los distintos períodos hayan elaborado las anotaciones convirtiéndolas en una descripción coherente de los edificios, más que de los procesos de excavación.

Warka es ahora la decana de las excavaciones históricas que se están llevando a cabo en Mesopotamia; la vieja tradición de seleccionar una gran ciudad, que abarque numerosos períodos y de dedicarle un tiempo casi infinito, también la comparten las expediciones de Nipur, Isin y Larsa. En Lagash (Al-Hiba), una expedición estadounidense ha seleccionado una gran ciudad, pero como fue abandonada después de la Antigua Dinastía, los niveles sumerios más interesantes son accesible en la superficie y las mismas consideraciones se pueden aplicar a la prosecución de las excavaciones en el lugar de la Antigua Dinastía de Abu Salabikh, cerca de Nipur, en donde hay una pequeña ciudad directamente debajo de la superficie del montículo, sin el impedimento de ocupaciones posteriores. Otra expedición extranjera con objetivos más limitados es la belga, que investiga en Tell ed-Der: aquí las capas de la antigua Babilonia son accesibles inmediatamente y por una observación cuidadosa de la estratigrafía de un barrio de casas ha sido posible relacionar el orden de sucesión arquitectónico con tablillas fechadas de diferentes reinados en tres niveles distintos.

Hasta ahora hemos mencionado casi exclusivamente emplazamientos de pueblos o ciudades y, de hecho, es difícil encontrar cualquier otra cosa en Mesopotamia. Los pequeños montículos normalmente son sólo pueblos y, por lo tanto, quienes buscan datos históricos les han prestado poca atención, ya que no se pueden comparar con los túmulos y villas romanas de la Europa occidental, que han proporcionado unidades pequeñas independientes extraordinariamente valiosas para el arqueólogo. Naturalmente, hay algunas excepciones. En Jerwan la expedición

de Chicago de 1933 descubrió un acueducto asirio construido con piedra, y otra operación igualmente bien hecha fue la investigación de un puesto fronterizo romano en Ain Sinu, cerca de Jebel Sinjar, al norte del Irak. En ambos casos, los datos históricos y arquitectónicos esenciales se encontraron en una sola sesión de trabajo y, si comparamos la información recuperada con los medios empleados, éstas deben contarse entre las excavaciones históricas de Mesopotamia más afortunadas.

El emplazamiento en su contexto. Las dos empresas que acabamos de mencionar se emprendieron en el marco de proyectos de mayor envergadura: en Jerwan la inspección del acueducto formaba parte de la investigación que se hacía sobre el curso del canal al que era tributario y de un estudio del relieve de las rocas y de los trabajos hidráulicos al principio del canal, en Bavian. El trabajo que hizo David Oates en Ain Sinu era complementario de sus sondeos en las fortificaciones romanas de Sinjar y de la iglesia cercana del siglo VI y formaba parte de un estudio general de la geografía histórica de aquella área, con especial referencia a la frontera romana. Una preocupación similar por el estudio de toda una región, más que de la de un solo lugar, se impuso sobre los arqueólogos en la década de 1950, cuando la construcción de dos pantanos en el norte del Irak inundó las llanuras de la Rania y Shehrizor, y con ellos un gran número de lugares antiguos. El Departamento Iraquí de Antigüedades supervisaba ambas áreas y se excavaron parcialmente un cierto número de montículos, obteniéndose datos tanto históricos como prehistóricos de áreas que, de otra manera, hubiesen tenido que esperar largo tiempo antes de atraer la atención de los arqueólogos. Un enfoque regional similar ha surgido de la construcción de un pantano en Turquía y Siria, en el Éufrates, en años recientes y aquí también, la combinación de yacimientos ha dado a las áreas en cuestión una profundidad de identidad arqueológica completamente distinta de lo que hubiese podido obtenerse en la excavación de una sola capital.

No querríamos dar la impresión de que la excavación es el único método para el arqueólogo interesado en la historia de un área determinada. Tenemos suerte de que en Mesopotamia la mayor parte de los grandes y muchos de los pequeños lugares antiguos se pueden detectar inmediatamente como montículos grandes o pequeños, y los cascotes que llenan la superficie dan pruebas al experto del período o períodos de ocupación de tal modo que en teoría, observando los emplazamientos visibles en un área y anotando los períodos de su utilización, se podría hacer un mapa de la distribución de asentamientos en cualquier fecha, lo cual proporcionaría una indicación valiosa de las condiciones sociales, económicas o incluso políticas. Los primeros exploradores no dejaron de tener en cuenta el principio de que los restos superficiales pueden traicionar el período de un emplazamiento y la mera realidad de la existencia en aquellos días les agudizó la percepción de las circunstancias geográficas. Los trabajos de Layard y Place abundan en referencias a lugares antiguos buscados por ellos e inspeccionados por su potencial arqueológico. Tampoco eran las únicas pistas los fragmentos superficiales de loza: incluso en un sitio sin excavar, la configuración de los montículos puede permitir a la persona entrenada distinguir con seguridad las murallas de una ciudad, las puertas, el zigurat y otros edificos públicos. De hecho, en Tell Taya, cerca de Tell Al-Rimah, se puede trazar un plano de las calles y casas de una ciudad del tercer milenio sin hacer excavaciones, ya que se ven en la superficie los cimientos de piedra y parece seguro que en el futuro la fotografía aérea permitirá ver detalles fascinantes tanto del conjunto del antiguo panorama, como de la superficie de los montículos individuales.

Las llanuras del norte de Mesopotamia, en donde Layard vio «hasta donde alcanza la vista» los «promontorios cubiertos de hierba que señalan el lugar de antiguos habitáculos» y pudo contar hasta 200 de ellos, son especialmente adecuados para este tipo de prospección. En el sur la tarea es más complicada, pero potencialmente los resultados son también más significativos. Los primeros esfuerzos conscientes para una inspección de área, fueron llevados a cabo en la región de Diyala por la expedición de Chicago y subsecuentemente han sido los expertos estadounidenses –Jacobsen, Goetze, Crawford y Adams– los que han pulido el proceso y gradualmente llenado el mapa. Desde el principio era evidente que la distribución de los emplazamientos en el sur eran significativos solamente si podían ser localizados en relación con el sistema de regadío de la época. No es tarea fácil determinar la posición de los dos grandes ríos y sus canales de derivación en distintos períodos: las pruebas textuales son escasas y con frecuencia ambiguas, y el procedimiento antiguo de reconstruir una vía de agua en donde destacase una alineación de promontorios contemporáneos, si bien era correcto en muchos aspectos, es metodológicamente sospechoso, ya que parte de la presunción de que los antiguos sistemas de irrigación son lo que nosotros estamos intentando probar. Afortunadamente se pueden encontrar testimonios más imparciales: las expediciones de Tell ed-Der ya utilizan los métodos geomorfológicos en un esfuerzo de trazar, mediante perforaciones, el curso del Éufrates y sus principales canales cerca de Sippar y, evidentemente, se

pueden aplicar en cualquier otro sitio. En el actual desierto entre el Tigris y el Éufrates, Adams, ahora el protagonista, con mucho, de la supervisión del área, ha detectado recientemente, mediante la fotografía aérea, cursos de antiguos meandros, que pudieron ser creados solamente por uno de los dos grandes ríos, y apunta hacia cambios del curso mucho más drásticos de lo que anteriormente se había sospechado. Finalmente, las riberas visibles de los canales más recientes proporcionan una base segura para la reconstrucción de los sistemas de regadío islámicos y sasánidos.

Incluso si se pudiese trazar un mapa con toda la red de canalizaciones de un período determinado, su interpretación queda sujeta a gran variedad de factores. Los sedimentos no se depositaron uniformemente, son más gruesos cerca de las riberas que en cualquier otra parte, y esto puede inducir a error: un montículo aparentemente pequeño en un lugar con muchas tierras de aluvión, puede ser simplemente el pico de un sedimento mucho mayor ahora enterrado, y mucho más importante que un emplazamiento contemporáneo aparentemente mayor en un área que no tenga sedimentos. Con respecto a sus recientes prospecciones, Adams ha escrito que «un escrutinio detallado de los procesos geomórficos deja claro que la superficie de tierra inspeccionada por el arqueólogo es un producto complejo de agentes variables e interactivos más que el resultado de sedimentos uniformes, como se ha supuesto generalmente. Tanto la erosión como la deposición originada por los vientos han tenido una parte muy significativa, en donde, especialmente la última, probablemente ha servido mucho más que las tierras de aluvión para destruir toda huella en la superficie de pequeños asentamientos».

A pesar de los obstáculos, no es probable que ningún lugar importante, o incluso de segunda categoría, escape a la detección por mucho tiempo pero, para el geógrafo humano, incluso los asentamientos más pequeños son significativos: es aquí en donde los métodos de muestreo estadístico deben invocarse inevitablemente, no porque no haya evidencia, sino porque llevaría demasiado tiempo el recogerla. Para trazar un mapa de «los restos diseminados de asentamientos rurales» que complementen los centros con construcciones, Adams sostiene que «sólo se podría hacer mediante el examen detenido, intenso y a pie de una pequeña área». Otro problema es que en el asesoramiento cuantitativo de emplazamientos individuales, la presencia de cerámica en la superficie puede ser un reflejo muy inadecuado de lo que está situado debajo. Sin duda las capas inferiores estarán menos representadas entre los cascotes de la superficie y las irregularidades naturales de los yacimientos arqueológicos significan que incluso el procesamiento estadístico sofisticado de los resultados proporcionaría solamente una imagen confusa de las fases antiguas del asentamiento.

Sin embargo, no hay por qué ser pesimistas. El volumen de las muestras disponibles debe compensar substancialmente la multitud de posibles obstáculos en detalle y la técnica de la prospección arqueológica ocupa su lugar al lado de las excavaciones y de la utilización de fuentes escritas como una tercera vía por la cual podemos acercarnos al mundo de la antigua Mesopotamia. Puede arrojar lúz sobre materias más allá del alcance de otras técnicas y su valor potencial es evidente para cualquier persona interesada por temas como la estructura agrícola que sostenía la expansión militar del Imperio asirio o la índole exacta de la revolución urbana en la antigua Sumer. En cada uno de los tres métodos tanto la cantidad como la calidad de la evidencia son de una riqueza difícil de manejar y la tarea del arqueólogo en el futuro será combinar los tres y sacar provecho de esta combinación. Sin embargo, este proceso está todavía en sus inicios, pero queda claro que la vinculación estrecha entre los excavadores y prospectores de yacimientos, junto con los lectores de tablillas proporcionarán a la antigua Mesopotamia la oportunidad de resucitar hasta el más mínimo detalle la mecánica de la sociedad que fomentó una de las grandes civilizaciones antiguas. El único factor restrictivo parece ser la escasez de trabajadores tanto en el país de origen como en el campo, y el problema no es tanto refinar las nuevas técnicas científicas o estadísticas a través de las cuales se puede extraer el máximo de evidencia del material disponible –si bien, evidentemente, se aplicarán tales técnicas– sino más bien decidir la estrategia por la cual obtener los mejores resultados de la desconcertante riqueza de fuentes epigráficas, geográficas y arqueológicas.